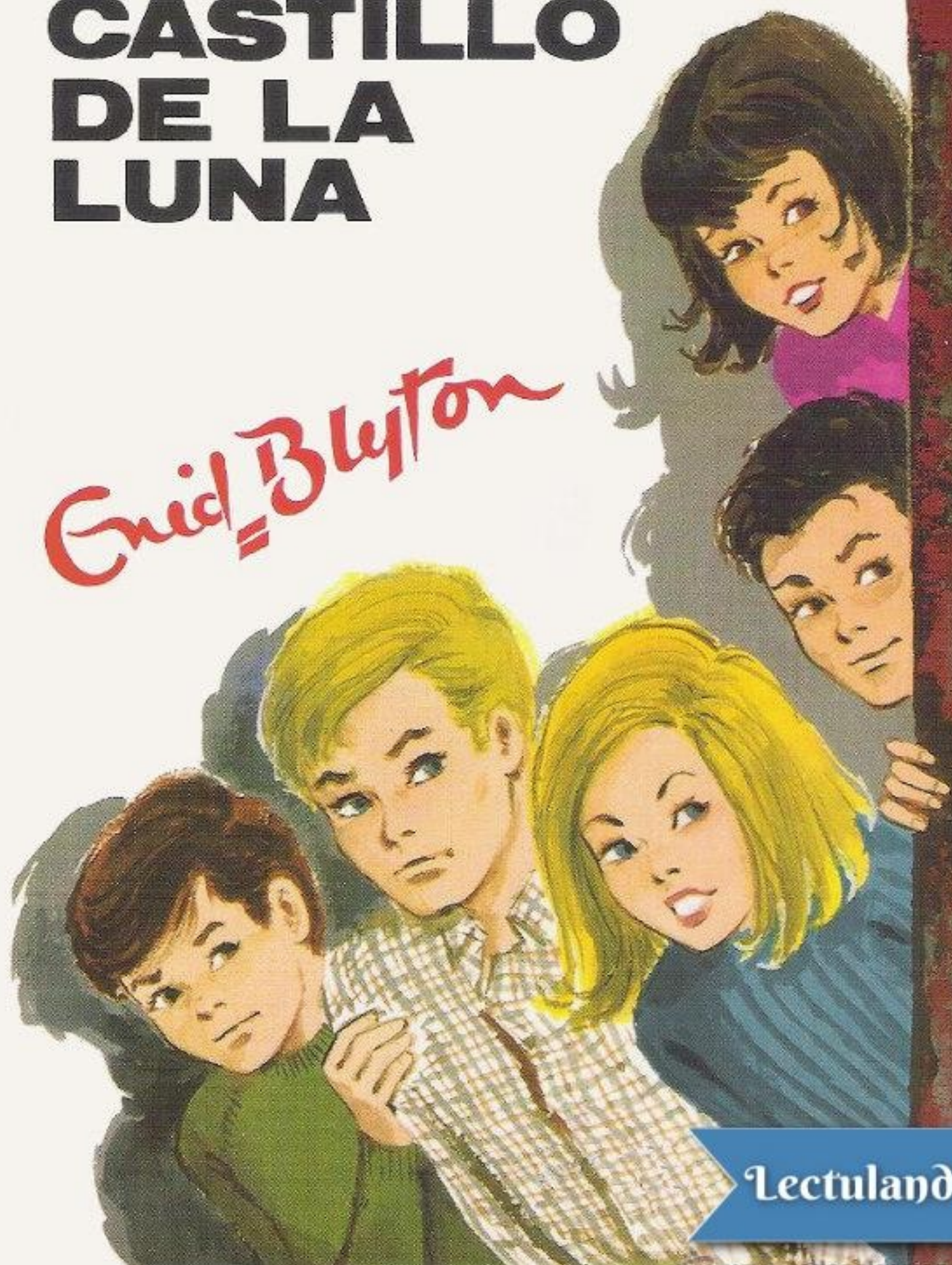


EL SECRETO DEL CASTILLO DE LA LUNA

Enid Blyton



Lectulandia

Estos textos relatan las trepidantes andanzas de unos niños siempre en camino hacia la aventura: Nora, Peggy, Paul, Mike y Jack, un grupo solidario que todo lo realiza en equipo.

Esta vez se van a ver envueltos en una emocionante aventura cuando la madre de Paul, la reina de Baronia, encarga a los señores Arnold, padres de los chicos, que alquilen un castillo en la campiña inglesa para ir todos juntos a pasar las vacaciones. El castillo resulta ser un sitio precioso, y los chicos se instalan a la espera de que lleguen sus padres y los padres de Paul a pasar las vacaciones con ellos, pero hay tres hermanas cuidándolo que parecen ocultar algo.

¿Qué misterio será el que esconde el fascinante castillo?

¿Serán capaces de resolverlo antes de que lleguen sus padres?

Lectulandia

Enid Blyton

El secreto del Castillo de la Luna

Colección Secreto - 05

ePub r1.0

Prometheus 21.05.14

Título original: *The secret of Moon Castle*
Enid Blyton, 1953
Traducción: María Victoria Oliva Buxton
Ilustraciones: José Correas
Diseño/Retoque de cubierta: José Correas

Editor digital: Prometheus
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO DE REGRESO DE LA ESCUELA

En una soleada tarde de julio, dos niñas se hallaban de pie junto a la verja del jardín de su casa.

—El coche ya debería estar aquí —dijo Nora—. Espero que no haya sufrido un pinchazo u otra cosa por el estilo. Tengo ganas de ver a Mike. Y también a Jack, claro está.

—También yo —respondió Peggy, su hermana—. ¿Vendrá con ellos Paul? ¿Pasará con nosotros sus vacaciones o regresará a Baronia? Me gustaría saberlo.

Paul era el pequeño príncipe de Baronia y el gran amigo de Nora, Peggy, Mike y Jack. Iba al mismo colegio que los chicos y había disfrutado con ellos de un gran número de aventuras.

—Espero que por lo menos pase con nosotros unos días —dijo Nora, mientras se balanceaba asida a la reja—. Siempre suele hacerlo, ¿verdad? Después, seguramente tendrá que regresar a Baronia, para ver a sus padres y a todos sus hermanos y hermanas.

—¡Qué cosa más tonta es ésa de que nuestro colegio de las vacaciones dos días antes que el de los chicos! —exclamó Peggy—. ¡Y lo que aún es peor, también empezamos las clases dos días antes que ellos!

—¡Un coche...! ¡Y en él vienen los chicos! —gritó de repente Nora—. Vienen en el coche de Paul..., en el azul y plateado. ¿Lo conducirá Ranni?

Ranni era el ayo de Paul, y había sido destinado a velar por el niño desde el momento que nació. Quería muchísimo al pequeño príncipe y había compartido con él muchas aventuras. Y ahora aquí venía, conduciendo el gran coche azul y plateado de Baronia y trayendo en él a los tres niños.

Las niñas abrieron de par en par las verjas tan pronto como el coche se acercó. Y una vez que éste hubo entrado, comenzaron a gritar:

—¡Mike! ¡Jack! ¡Paul! ¡Viva! ¡Bienvenidos!

El coche se detuvo con un chirrido de frenos y Ranni, que estaba al volante, les sonrió a través de su barba, roja como el fuego. Tres cabezas se asomaron a la ventana más próxima.

—¡Hola, niñas! Subid. Ya imaginábamos que nos estaríais esperando —gritó Mike.

La portezuela se abrió de par en par y las niñas se deslizaron en el interior del coche, junto a los muchachos, que les hacían sitio.

Nora dio un abrazo a Mike. Era su gemelo y los dos se querían mucho. Además se parecían extraordinariamente, exceptuando que Nora era algo más baja que Mike. Ambos tenían el pelo negro y rizado y ojos vivos y alegres. La rubia Peggy era un año mayor, pero Mike estaba tan alto como ella.

—¡Hola! —dijo Jack, dando una amistosa palmada a cada una de las niñas—. ¿Qué es esto de empezar las vacaciones antes que nosotros?

Jack no era su hermano. No tenía padres y los Arnold lo habían adoptado y lo trataban como si fuera el hermano mayor de Mike, Nora y Peggy. Creía que el mundo era suyo y sonreía con aire feliz. Sus azules ojos relucían en su cara morena.

El príncipe Paul nunca daba a las niñas amistosas palmadas como lo hacían los otros muchachos. La educación de Baronía no permitía tales franquezas. Se inclinó cortésmente ante cada una de las niñas y sonrió alegremente. Sin embargo, ellas, que no poseían la refinada educación de Baronía, se arrojaron sobre él como si fueran dos cachorrillos.

—¿Tienes aún tantas cosquillas? ¡Oh, sí, las tienes! ¿Paul, te quedas con nosotros para pasar todas las vacaciones, o solamente estarás unos días? ¿Qué es lo que piensas hacer?

—No me hagáis más cosquillas —protestó Paul intentando apartarlas—. Ranni, Ranni, por favor, para el coche y ayúdame a quitármelas de encima.

El coche llegó frente a la puerta principal y Ranni descendió de él sonriente. Abrió el portaequipajes y sacó de él las maletas de los escolares.

Se abrió la puerta de la casa y apareció sonriente la señora Arnold.

—¡Bienvenidos, muchachos! —dijo.

Mike corrió a abrazar a su madre.

—¡Estamos en casa! —gritó—. ¡En nuestra querida casa!

Jack besó a la señora Arnold y Paul, tal como acostumbraba, se inclinó para besarle la mano con una profunda reverencia. Los otros solían burlarse antes de las corteses maneras de Paul, pero ahora estaban ya tan habituados a ellas que casi ni se daban cuenta.

—Entrad —dijo la señora Arnold—. Mejor será que dejemos pasar delante a Ranni. Va cargado con el equipaje. ¡Oh, Ranni! ¿Cómo puede usted llevar a la vez esas dos pesadas maletas?

Ranni sonrió. Era alto y muy fuerte. Las dos maletas le parecían muy poca cosa. Subió las escaleras transportándolas con gran facilidad.

—¡Oh, madre! ¡Qué olor más agradable! —exclamó Mike husmeando—. Huele a pan tostado con mantequilla y a bollos calientes.

—Lo has adivinado —respondió su madre—. Sin duda has olvidado que me habías pedido eso para la primera merienda de las vacaciones... aunque no entiendo cómo se te ocurrió pedir semejantes cosas para una tarde de julio tan calurosa.

Jack se asomó por la puerta entreabierta del comedor. El té ya estaba servido.

—¡Qué sorpresa! —exclamó—. ¡Pasteles de bizcocho con nata y empanadas de chocolate! ¿Cuándo merendamos?

—Cuando os hayáis lavado las manos —replicó la señora Arnold—. Voy a decir

que traigan las tostadas y los bollos, así es que no tardéis.

No tardaron. Los cinco subieron las escaleras de tres en tres, riendo y gritando y sintiéndose muy felices por estar de nuevo juntos. El príncipe Paul estaba también muy alegre. Quería mucho a esta familia inglesa, tan acogedora y generosa.

Cuando volvieron a bajar, alguien más se encontraba con la señora Arnold. Los tres chicos sonrieron a la mujercita de ojos grises que estaba sentada al lado de ella.

—¡Pero si es Dimmy! —exclamaron, y se dirigieron a saludarla. Paul, como de costumbre, se inclinó profundamente y luego, de un modo inesperado, le dio un abrazo.

El verdadero nombre de Dimmy era señorita Dimmity. Venía con mucha frecuencia para ayudar a la señora Arnold, sobre todo cuando los niños estaban en casa. Todos la querían y le gastaban bromas. Aunque parecía tan amable y tímida, sin embargo era muy capaz de actuar con firmeza, cosa que había demostrado en varias ocasiones.

—¡Mi buena Dimmy! —dijo Mike, que demostraba tener la intención de levantarla en sus brazos. Ella le apartó.

—No, no, Mike. Ya sé que eres casi tan alto como yo ahora, pero no quiero que me manejes como si fuera un saco de patatas. Sentaos antes de que las tostadas se enfríen.

Durante un rato reinó el silencio, mientras los niños se servían generosamente de los buenos manjares que había en la mesa. Por fin Paul lanzó un profundo suspiro.

—A esto le llamo yo verdadera comida... Es casi tan buena como la de Baronia. ¡Oh, señora Arnold, en el colegio casi me muero de hambre!

—¡No lo creas! —le desmintió Jack—. Deberías ver los enormes paquetes que recibe de Baronia cada semana.

—Puedo imaginármelos —repuso la señora Arnold—. La madre de Paul me manda uno a mí de vez en cuando y viene atiborrado de las cosas más deliciosas. Esta mañana he recibido carta de tu madre, la Reina, Paul. Te manda un abrazo y dice que desea verte pronto.

—¡Ah! ¿Se marchará Paul a Baronia muy pronto? —preguntó Nora con voz triste—. Peggy y yo no lo hemos visto durante varios meses. ¿No podría quedarse con nosotros una temporada?

—Tengo una sorpresa para vosotros —dijo la madre, mirándolos a todos con cara sonriente—. El padre y la madre de Paul dicen que les gustaría venir aquí a pasar un mes o dos, a fin de conocernos mejor a todos. Quieren traer consigo a los dos hermanos de Paul, para que viajen un poco por Inglaterra antes de ingresar en el colegio.

—¡Oh, madre! ¡Esto es magnífico! —gritó Peggy—. Pero no habrá lugar aquí para el rey, la reina y los criados, porque con toda seguridad traerán con ellos a su

séquito, ¿no te parece, Paul? Nunca deben viajar sin ir acompañados de criados, sirvientas y otras personas. No creo que todos puedan venir aquí.

—¡Claro que no, hija mía! —exclamó su madre—. No seas tonta. Aquí hay apenas lugar suficiente para acomodaros a los cinco durante las vacaciones. No, el padre de Paul desea que le busquemos alguna casa espaciosa, en la cual pueda habitar con su esposa, dos de sus hijos y unas veinte personas de servicio.

—¡Vaya! —comentó Mike—. Lo que necesita es un castillo.

—Eso es exactamente lo que pide —confirmó la señora Arnold, ofreciéndoles una fuente llena de bollos mantecosos y azucarados.

—¡Caramba! ¿Eso piden? —dijo Nora—. Paul, ¿sabías tú algo de eso?

Paul denegó con la cabeza. Tenía la boca demasiado llena para poder hablar. Sus ojos relucían. Intentó tragar rápidamente el contenido de su boca, tan rápidamente que rompió a toser.

Todos comenzaron a golpearle en la espalda, intentando ayudarle. La cara de Paul se volvió escarlata.

—Dejadle —ordenó la señora Arnold—. Con eso no le ayudáis. Bebe un poco de té, Paul.

—¡Un castillo! ¡Vaya, qué divertido! Llamaremos a las agencias de alquileres y diremos: «Por favor, mándeme referencias sobre una docena de castillos, más o menos», bromeó Mike.

—Madre, ¿sabes ya a qué castillo irán? —preguntó Nora—. ¿Hay alguno por aquí cerca? ¿Podemos verlo?

—¡Qué idiota eres! Bien sabes que no hay ningún castillo por aquí —dijo Mike.

—Deja que mamá conteste a mis preguntas —protestó Nora—. ¿Sabes a qué castillo irán, madre?

—Queridos niños, ya os he dicho que he recibido la carta esta mañana —contestó la señora Arnold—. A la madre de Paul se le acaba de ocurrir la idea. Me ruega que indague si puedo encontrar algo y que, si me es posible, vaya yo personalmente a visitar los castillos que me ofrezcan y escoja el que me parezca aprovechable... aunque, en realidad, yo no tengo ni idea de cuándo un castillo es aprovechable o no.

—Supongo que querrán solamente alquilarlo, no comprarlo —intervino Mike—. Mejor será que te lleves contigo a Paul y que le hagas visitar todos los viejos castillos que se encuentren por aquí cerca. Él debe saber lo que su madre desea. ¿Quiere alguien este último bollo? Si alguien lo quiere, que lo diga inmediatamente.

Nadie dijo nada y Mike se lo comió. Todos empezaron a hablar excitados sobre las noticias que la señora Arnold acababa de darles. Paul, que ya se había repuesto, hablaba más alto que nadie. Estaba muy emocionado.

—Todos podréis venir a vivir conmigo —anunció muy satisfecho—. Compartiremos ese castillo. Conoceréis a mis dos hermanos y...

—Tu madre quizá no nos quiera —le interrumpió Mike.

—Seguramente que no os querrá por mucho tiempo —dijo la señora Arnold sonriendo—. ¡Sois una pandilla demasiado ruidosa! En su carta dice que espera que todos nosotros pasemos una temporada con ellos, así que será muy divertido.

—¡Ojalá encontremos un castillo que esté muy bien! —exclamó Nora.

—¿Qué entiendes por eso de «que esté muy bien»? —preguntó Mike.

—No creerás que vamos a buscarlo entre los que estén medio en ruinas, ¿verdad? Madre, ¿has oído hablar de alguno?

—Ya os he dicho que he recibido la carta hoy mismo —les recordó la madre—. Acabad de merendar de una vez. La semana que viene nos dedicaremos a visitar todos los castillos que podamos localizar.

—Le llamaremos «la caza del castillo». ¡Esto me va a gustar! —comentó Jack—. ¿Qué clase de castillo elegiremos? Uno que sea muy emocionante... ¡Al menos eso espero!

CAPÍTULO II ESCOGIENDO UN CASTILLO

Los días siguientes fueron emocionantes en diversos sentidos. En primer lugar, resultaba muy divertido estar de nuevo en casa (no tener clases, no vivir a toque de campana, no tener que hacer deberes por las noches...). Además, era excitante leer los informes de los diversos castillos que estaban en alquiler.

No eran muchos. La señora Arnold examinó los papeles que le enviaban y rápidamente decidió que algunos de ellos no servirían. También le ofrecieron grandes mansiones y la señora Arnold pensó que una de ellas podría utilizarse para la familia de Paul. Los castillos solían estar situados en lugares muy apartados o bien habían permanecido vacíos durante largo tiempo, con sólo un guardián para cuidarlos.

—¡Oh, no, madre! Yo creo que un castillo es preferible —protestó Mike—. Una gran casa sería mucho menos divertida.

—Es que yo no pienso en que sea o no muy divertida para los niños —replicó su madre—. Estoy pensando en las dificultades con que la madre de Paul habrá de enfrentarse si alquilo para ellos un gran castillo vacío, con instalaciones eléctricas y de calefacción muy pasadas de moda.

—Pues Baronia tampoco es un país moderno —dijo Mike—. El castillo de Paul no tiene la serie de comodidades que se encuentran en cualquier buen hotel inglés. Madre, te lo ruego, busca un castillo. Es mucho más emocionante que una casa grande.

—Está bien, repasad eso —respondió ella—. Llevaos los papeles que hemos recibido y miradlos todos juntos. Ninguno de ellos me parece aprovechable. Ya veréis a lo que me refiero cuando leáis los informes.

Mike cogió los papeles. Se sentía emocionado. Sería divertido intentar elegir un castillo. Llamó a los otros cuatro y se llevaron los papeles al jardín para leerlos.

—Leed uno cada uno de vosotros —dijo Mike—. Los leeremos todos por turno y luego comentaremos lo que pensamos de ellos. A mamá ninguno le parece apropiado.

Con gran solemnidad, se leyeron todo el papeleo.

—«Castillo con cincuenta mil acres» —dijo Jack—. ¡Caramba! ¿Hay alguien que pueda alquilar cincuenta mil acres de tierra? Este castillo no sirve. Sólo tiene once habitaciones amuebladas. No sabemos cuántas habitaciones necesitan tus padres, Paul. Debe de ser enloquecedor ser un rey y una reina y necesitar viviendas tan enormes para vivir.

—Me gusta nuestro castillo en Baronia —contestó Paul—. Sin embargo, preferiría ser un muchacho corriente y vivir como vosotros, Jack.

—No me extraña que nuestra madre haya rechazado todos éstos —comentó Mike dejando los papeles—. No valen nada. O bien los propietarios pretenden seguir

viviendo en una de las alas del castillo, o quieren que la familia de Paul lo alquile por un año entero, o bien el castillo está sin amueblar. Resulta más difícil de lo que yo creía alquilar un castillo para un par de meses.

—Aquí hay uno que parece muy emocionante —exclamó Peggy—. No sé por qué lo rechazó mamá. Oíd lo que dice el informe.

Los otros volvieron sus rostros hacia ella. Todos se hallaban tumbados en la hierba y los papeles yacían en desorden a su alrededor. Peggy les explicó lo que había leído en el informe que tenía en la mano.

—Se llama el «Castillo de la Luna» —dijo—. El nombre es bonito, ¿verdad? ¡El «Castillo de la Luna»! Es grande, pero no demasiado. Justo lo que la familia de Paul necesita. No hay en él guardianes, así es que debe de estar bien cuidado. Se puede entrar en él inmediatamente, porque sus propietarios no lo habitan. Está construido en lo alto de una colina: «La vista panorámica es hermosa. Domina una campiña de pantanos, bosques y riachuelos».

—Todo eso suena bien —dijo Mike sentándose—. ¿Dice algo más?

—Que es muy antiguo —prosiguió Peggy—. Aquí dice: «Un castillo lleno de mitos y leyendas». No sé exactamente qué quiere decir todo esto. Y dice también: «Si sus muros pudiesen hablar, relatarían historias de violencia y misterio, de odio y de venganza». Pues menos mal que los muros no pueden hablar, si ésas son las cosas que podrían contar.

—Todo eso parece estupendo —dijo Nora—. No sé por qué mi mamá lo habrá desechado.

—Por allí viene —exclamó Mike, al ver que su madre salía al jardín llevando un cesto y unas tijeras para cortar flores—. ¡Mamá; oye, mamá! ¿Por qué has desechado el «Castillo de la Luna»? ¡A nosotros nos parece algo magnífico!

—¿El «Castillo de la Luna»? Pues porque está muy aislado —respondió la señora Arnold—. No hay cerca de él ninguna ciudad y el único pueblo que se halla un poco próximo es uno que lleva el curioso nombre de Luna. Supongo que ésa será la causa de que el castillo se llame así.

—¿Pero tú crees que importa que esté un poco aislado? —preguntó Peggy.

—Me parece que sí —contestó su madre—. Para sostener una casa grande, con tanta gente como va a traer consigo la familia de Paul, es necesario tener cerca buenas tiendas, al menos relativamente cerca. Sin embargo, las tiendas más cercanas a ese castillo están a unos treinta y cinco kilómetros. Me da la impresión de que ha de ser un lugar triste y solitario. Me ha dado escalofríos.

—¡Pero, madre! Ésta es la clase de castillo que todos deseamos —dijo Nora—. Además, la madre de Paul traerá consigo varios coches, ¿verdad, Paul? Así es que le será fácil ir de compras.

—Bueno, no digo que vaya a traer muchos —replicó Paul riéndose—, pero sí que

traerá más de uno.

—Otra cosa en contra es que allí no habrá nadie con quien hacer amistad —continuó la señora Arnold—. Por ejemplo, no hay vecinos. No sé cómo se las arreglarán los pobres guardianes del castillo.

—Probablemente comprarán provisiones para todo un mes, me imagino —dijo Jack. Y volviéndose hacia los demás, añadió—: ¿Os acordáis de cuando estuvimos en la Isla Secreta, donde no había tiendas ni vecinos, excepto conejos y pájaros y todo era solitario y desolado? ¡Pero pasamos unos días maravillosos!

—Sí. Es verdad —asintieron todos.

Mike se volvió hacia su madre:

—Madre, vayamos a ver ese «Castillo de la Luna». ¿Quién sabe cómo es? ¿A ti qué te parece, Paul? ¿Te parece que a tu madre le importará estar tan lejos de todo y vivir rodeada por viejas paredes «que podrían contar cuentos de misterio y de violencia»?

Paul se echó a reír.

—No. Estoy seguro de que a mi madre no le importará. Creo que probablemente los muros de nuestro propio castillo son más antiguos que los del «Castillo de la Luna» y podrían contar historias igualmente apasionantes. Señora Arnold, ¿cree usted que el castillo está demasiado lejos para que vayamos a visitarlo?

Mike consultó los papeles que Peggy sostenía en sus manos.

—Está cerca de la estación de Bolingblow —dijo—. Nunca había oído ese nombre. ¿Dónde se encuentra Bolingblow?

—A unos ciento ochenta kilómetros —respondió la madre—. Cogió los papeles que tenía Peggy y los miró de nuevo. —Claro, yo no sé si el castillo estará amueblado. Es decir, aquí dice «parcialmente amueblado», lo cual puede significar que sólo hay muebles en dos o tres habitaciones y no sabemos siquiera si esos muebles serán aprovechables o no. Es posible que estén completamente carcomidos.

—Madre, te lo ruego, vayamos a verlo —suplicó Mike casi con impaciencia—. Nos ahorraremos muchas cartas si vamos personalmente. Debo confesar que todo esto me gusta. Suena... suena a misterio..., a cosa olvidada. Parece pertenecer al pasado y no a nuestros días. Le...

—Mike se nos vuelve romántico —interrumpió Nora riéndose—. Mike, sin duda esperas que los caballeros del rey Arturo salgan del castillo montados a caballo.

—No seas tonta —replicó Mike—. ¿No podemos ir a verlo? ¿No puedes telefonar y decir que iremos?

—No hay teléfono —respondió su madre—. Ésa es otra de las razones por la cual lo rechacé. La reina de Baronia no esperará encontrarse sin teléfono en el castillo.

—Es verdad —dijo Mike, pensando que su madre tenía razón en eso. Entonces intervino inesperadamente la señorita Dimmity. Se había acercado para oír la

conversación.

—Estaba pensando que el «Castillo de la Luna» podía ser muy adecuado para la familia de Paul —dijo—. Excepto porque está a treinta y cinco kilómetros de las tiendas y porque no tiene teléfono, por lo demás parece ideal. La madre de Paul tiene buenos coches para enviar a la compra de provisiones. Yo creo que vale la pena verlo. Debemos darnos prisa en encontrar alguno, porque la familia desea venir inmediatamente.

—Vayamos hoy mismo —propuso Mike—. Lo mejor es hacer las cosas en seguida. Madre, di a Ranni que traiga el coche. Vayamos hoy mismo.

—¡Oh, sí, vayamos! —insistió Paul—. Conozco a mis padres. Sé que cambiarán de opinión respecto a pasar las vacaciones aquí si no saben pronto que se ha encontrado un lugar adecuado.

—¡Oh Dios mío! ¡Cómo me apresuráis! —dijo la señora Arnold riéndose—. Está bien, será mejor que nos decidamos y vayamos a ver ese lugar ahora mismo. Paul, busca a Ranni y díselo. Dentro de un cuarto de hora estaremos a punto. No nos llevaremos nada para comer en el campo, aunque me gustaría hacerlo así. Pero tardaríamos demasiado en prepararlo. Tú, Mike, busca los planos; debemos hallar el mejor camino para ir hasta allí.

Después de esta decisión, todo el mundo se apresuró y todos gritaban y hablaban con excitación. El día era muy caluroso y las niñas se pusieron frescos vestidos limpios de algodón. Los niños se ataviaron con camisas de color y pantalones cortos, excepto Jack, que se consideraba demasiado mayor y llevaba pantalones largos de franela gris.

Dimmy no fue con ellos. Incluso sin ella, el gran coche azul y plateado que pertenecía al príncipe Paul aparecía repleto hasta los topes.

—Os veré esta noche —dijo Dimmy, que salió a despedirles—. Espero que no asustaréis a los guardianes llegando de una manera tan imprevista. Tengo ganas de oír todo lo que me contaréis del castillo a vuestro regreso.

Todos estaban muy emocionados. Paul y Mike se acomodaron delante, junto a Ranni. Detrás iban la señora Arnold, las niñas y Jack. Mike había desplegado el plano y lo estaba estudiando, dispuesto a indicar el camino a Ranni.

Pronto se hallaron en pleno campo, corriendo a gran velocidad, entre campos en donde el trigo amarilleaba. Las amapolas relucían aquí y allá, y en los bordes del camino florecían las azulinas.

—Ahora, tome por ese camino —dijo Mike cuando llegaron a un recodo—. Tenemos que ir hacia el este durante un largo trecho, hasta que lleguemos a un puente. Después hemos de dirigirnos a la ciudad de Sarchester. Y a continuación hacia el norte, hacia Bolingblow. Luego encontraremos sólo carreteras de segundo orden, que están indicadas en el plano. Espero que no sean demasiado malas para este

magnífico coche.

—¿Dónde comeremos? —preguntó Peggy.

—Estaba pensando que alguien preguntaría eso antes de que transcurrieran un par de minutos —contestó la señora Arnold—. Comeremos a la una, si es que nos encontramos cerca de una ciudad.

—Seguramente a esa hora ya estaremos en Bolingblow —opinó Mike—. Este coche corre muchísimo. Se traga los kilómetros.

—En Bolingblow podremos informarnos un poco respecto al castillo —dijo la señora Arnold.

—Eso podemos hacer —replicó Peggy. Y comenzó a cantar una canción inventada, que hizo reír a los demás.

*Oh «Castillo de la Luna»,
pronto vamos a verte.
Oh «Castillo de la Luna»
ya vamos a conocerte.*

Sus compañeros recogieron en seguida la tonadilla de Peggy y el coche siguió avanzando a gran velocidad, mientras todo el mundo cantaba esta tonta canción:

*¡Pronto vamos a verte,
oh «Castillo de la Luna»!*

CAPÍTULO III

EL «CASTILLO DE LA LUNA»

A la una en punto, Ranni se internó con el coche en la ciudad de Bolingblow. Era una hermosa ciudad, con amplias calles y el mercado en el centro.

A la señora Arnold le gustó.

—Aquí hay buenas tiendas —dijo—, y el hotel al que Ranni nos ha conducido tiene buen aspecto. Es antiguo, pintoresco y perfectamente limpio.

Todos estaban hambrientos y disfrutaron al comprobar que la comida que se les sirvió era muy buena.

—Melón helado. ¡Qué bueno! —comentó Mike—. ¿Y qué más? Pollo frío, jamón y ensalada. No puede ser mejor. Después de esto, no desearé nada más que uno o dos helados.

La camarerita sonrió a los niños hambrientos y anotó rápidamente lo que le encargaban. Al poco tiempo, todos se encontraban comiendo con afán, demasiado ocupados para charlar.

Cuando hubo pagado la cuenta, la señora Arnold preguntó a la camarerita un par de cosas.

—¿Sabe usted si hay buen camino para ir al «Castillo de la Luna»? ¿Y cuánto tardaremos en llegar allí en coche?

—¡El «Castillo de la Luna»! —exclamó la camarera, sorprendida—. No pueden ustedes ir allí. No está abierto para el público. Nadie puede ir a visitarlo.

—Me han dicho que este verano estaba en alquiler —dijo la señora Arnold—. Nos gustaría visitarlo.

—¡En alquiler! —dijo la camarera—. Nunca imaginé que nadie quisiera alquilar un lugar tan antiguo y desolado como aquél. Ningún criado querrá ir allí. ¡Y está tan lejos de la ciudad más cercana! Nadie ha vivido en él desde hace muchos años.

—¡Oh Dios mío! Entonces creo que no se debe hallar en buenas condiciones —dijo la señora Arnold, pensando que probablemente habían hecho el viaje en vano—. Hay guardianes en él, según tengo entendido.

—No lo sé —respondió la camarera—. He oído decir que una vez al mes alguien va hasta allí en un carro, para llevar provisiones, alimentos y petróleo. Así es que supongo que alguien debe habitar en el castillo. Pero a mí no me gustaría vivir en esa vieja y solitaria mansión. He oído decir que allí ocurren cosas extrañas... cosas muy extrañas.

—¡Ooooh! ¿Qué clase de cosas? —preguntó Nora con afán.

—No lo sé —replicó la camarerita—. Lo único que sé es que unos individuos muy sabios fueron allí una vez para ver unos libros que hay en la gran biblioteca y se asustaron muchísimo. Contaron que los libros salían solos de las estanterías y se ponían delante de ellos, o algo por el estilo.

Todos se echaron a reír.

—¡Eso va bien! —dijo Mike—. Me gustará vivir en un castillo en que los libros salen por sí solos de las estanterías. Yo les diré: «¿Hay alguna interesante historia de misterio para mí? Entonces, por favor, salid de vuestras estanterías. ¡Yo os recogeré!».

A la camarera no le gustaba que se rieran de ella. Enderezó la cabeza.

—Es un sitio raro y nadie lo conoce muy bien en nuestros días. Yo no me acercaría a él ni aunque me pagaran por hacerlo.

Los niños se dirigieron al coche, sonriendo ante la cara de indignación que ponía la camarera. Se instalaron en él y Ranni se volvió hacia la señora Arnold, con aire interrogante.

—¿Vamos al castillo, señora? —preguntó.

Ella asintió y Mike estudió el plano.

—Desde ahora, los caminos no son muy buenos —dijo—. Gire usted a la derecha cuando llegue a la salida del pueblo, Ranni.

—Debo decir que no me gusta lo que he oído del «Castillo de la Luna» —dijo la señora Arnold, mientras se dirigían hacia allí—. Si nadie ha vivido en él desde hace mucho tiempo, el lugar debe estar bastante abandonado.

—Es verdad. Las apariencias no son muy buenas —asintió Mike—. ¡Qué rara es la gente! Poseer un castillo y no preocuparse de él. ¡Vaya, qué malo es el camino!

Ranni tuvo que aminorar la marcha porque el camino se había vuelto en efecto muy malo y siguió siendo malo en todo el trecho restante. Estaba lleno de baches, era desigual y en algunos sitios muy pedregoso. El coche avanzó con precaución.

—Pronto encontraremos una encrucijada —dijo Mike—. Sí, aquí está. Debemos coger el camino de la izquierda, Ranni.

—Menos mal —respondió Ranni—. El otro no habríamos podido cogerlo. Apenas si es un camino.

Era cierto. La desviación de la derecha no constituía un verdadero camino. Era tan sólo una senda por donde, en otro tiempo, debieron de pasar los carros. Se veía que no había sido utilizado desde hacía años.

Peggy señaló algo que se vislumbraba en la distancia, aproximadamente a un kilómetro.

—Mirad —dijo—. Allí hay casas. Madre, ¿crees que eso es todo lo que queda del pueblo de Luna, que está en ruinas? ¿Por qué causa crees que está en ruinas?

—¿Cómo voy a saberlo, querida Peggy? —respondió su madre.

—Seguramente los habitantes lo encontraban demasiado solitario y lo abandonaron.

—Puedo ver lo que queda de los tejados —anunció Peggy—. Todos están medio hundidos. Debe ser divertido explorar un pueblo en ruinas.

—Bueno, entre gustos no hay disputas —dijo la madre—. A mí me parece que hay cincuenta mil cosas mejores que pasearse por las calles malolientes de un pueblo abandonado, en el que no queda ni un alma.

—¿Por qué ha de ser maloliente? —preguntó Peggy.

En aquel mismo instante, el coche se hundió en unas roderas tan profundas que la señora Arnold se asustó, temiendo que algo se estropeará. Pero Ranni le aseguró que el coche era muy, muy fuerte.

—Los automóviles de Baronia están contruidos para correr por caminos como éste —dijo—, llenos de baches, charcos y piedras. Puede usted estar tranquila, señora Arnold, el coche resistirá. Pronto veremos el castillo. Primero se encuentra una colina. Debe de estar por aquí cerca.

Todos miraron hacia la colina que se alzaba muy próxima. Era muy empinada y estaba recubierta de árboles.

De pronto, Jack lanzó una exclamación.

—¡Mirad, ya se ve el castillo! ¡Allí a la derecha, cerca de la cima! Está situado un poco por debajo de la cima, para que ésta le proteja del viento, seguramente. ¡Fijaos qué torre más alta! Rebasa la colina. ¡Qué raro! Solamente tiene una torre.

—Pues a pesar de que sólo tenga una torre, el aspecto es de un gran castillo —dijo Nora—. Me parece magnífico. Hay muchos pequeños torreones y almenas por todas partes. La vista desde ese castillo debe de ser maravillosa. Sin embargo, sería triste vivir aquí siempre.

—Me parece que es bastante hermoso para que puedan vivir en él tu padre y tu madre, Paul —opinó Jack—. Quiero decir que es un verdadero castillo, fuerte y grande y de aspecto imperial. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Paul lo entendía. También a él le gustaba mucho el aspecto del castillo. Y, además, el paisaje de los alrededores era típicamente inglés y a su madre le encantaría el pueblo de Bolingblow, el mercado, los campos de trigo y los campesinos.

—Tanto si el aspecto es imperial como si no lo es, supongo que el interior resultará imposible, al menos en cuanto a muebles se refiere —dijo la señora Arnold—. Los muebles deben de estar completamente carcomidos. Bien, pronto lo veremos. Ya estamos llegando.

Ascendían por la empinada colina. Ranni había puesto la primera y el coche subía lentamente, ronroneando. La senda era tan mala como la carretera que acababan de dejar. El camino torcía primero a la derecha y luego a la izquierda, para hacer más fácil el ascenso a la colina.

A medida que se acercaban al castillo, parecía aún más grande y más impresionante.

—¡Nos está mirando! —exclamó de repente Nora—. Se dice: «¿Qué es ese artefacto horrible y ruidoso que viene a estorbar mis sueños?». Estoy segura de que

nos está observando.

—No seas tonta —dijo Peggy, que se sentía molesta—. ¡Dices unas cosas tan tontas, Nora! Me parece un lugar magnífico. Sus torreones se recortan sobre el cielo. Su única gran torre se eleva muy alto. ¡Me gusta! Pertenece a la época de los viejos caballeros y de sus gentiles damas, no a nuestros días.

Llegaron a un gran portal, cuyas verjas aparecían cerradas. Jack saltó para abrirlas. Ranni temía que estuvieran cerradas con llave, pero no lo estaban. Jack consiguió abrirlas, a pesar de que rechinaron y se resistieron como si no les gustara que las abrieran.

El coche pasó por la entrada y siguió por una avenida cubierta de hierba, que llevaba hasta la entrada. Una amplia escalinata conducía a una gran puerta claveteada de hierro.

—Ya hemos llegado —dijo la señora Arnold en un tono de voz que parecía indicar que aquello no le agradaba mucho. Descendió del coche con ayuda del príncipe Paul.

Mike subió la escalinata para llamar a la puerta. A un lado de la misma colgaba una gran cadena con una argolla de hierro en el extremo.

—¿Será esto la campanilla? —dijo dudando—. No hay picaportes. Fíjate, madre, hay telas de araña alrededor de la puerta, incluso en la cerradura. Parece que hace muchos años que esta puerta no ha sido abierta.

—Así debe ser —dijo la señora Arnold, que empezaba a temer lo que iban a encontrar en el interior del castillo, si es que llegaban a penetrar en él.

—¿Qué os parece? ¿Tiro de la cadena para ver si suena alguna campanilla? —preguntó Mike—. Voy a hacerlo.

Dio un fuerte tirón a la cadena. No ocurrió nada. No se oyó nada, ni un campanillazo, ni un timbre: ningún ruido. Mike dio otro tirón. Pero tampoco ahora sucedió nada.

Ranni probó a su vez. Tiró con tanta fuerza que la cadena se desprendió y cayó sobre sus hombros. Él se la quitó de encima con desagrado.

—Todo esto es tan viejo que incluso la cadena está carcomida —dijo—. Voy a golpear la puerta.

Golpeó con sus duros nudillos y luego comenzó a llamar a gritos. El eco resonó por todas partes y todos brincaron con espanto.

Pero nadie acudió. La puerta siguió cerrada.

—Está bien —comentó la señora Arnold—. Esto es muy desalentador. Creo que debemos abandonar nuestro intento.

—¡Oh, no, mamá! No podemos regresar a casa inmediatamente después de haber llegado hasta la puerta principal —dijo Mike mostrando su desacuerdo—. Caminemos por aquí un poco y veamos si encontramos otra puerta, alguna puerta

trasera quizás. ¿O es que los castillos no tienen puertas traseras? ¿Tiene tu castillo puerta trasera, Paul?

—Más de una —respondió Paul sonriendo—. Vayamos por aquí. Parece que hay un camino.

Siguieron a Paul. No obstante, a la señora Arnold no le agradaba nada la idea de andar por allí buscando otra puerta. Ya había abandonado el proyecto de alquilar el castillo para los padres de Paul, pero sabía que los niños protestarían mucho si les obligaba a marcharse en seguida.

El camino rodeaba los muros del castillo. Llegaron a una pequeña puerta situada en medio de la muralla, pero ésta no tenía campanilla ni timbre. Siguieron caminando y, de repente, vieron un espacio abierto, circundado por un muro bajo.

—Mirad —dijo Peggy, indicándolo con la mano—. Hay ropa tendida en una cuerda. Tiene que haber alguien aquí. Sí, allí hay una gran puerta, en medio del muro. Conduce al interior del patio, tendedero o lo que sea. Por este lado deben de estar las cocinas. Si gritamos, alguien podrá oírnos.

Mike empezó a gritar y todos dieron un brinco, porque tenía una voz estentórea cuando quería.

—¡Eh! ¿Hay alguien por aquí? —llamó.

Nadie respondió. Algunas gallinas que picoteaban por el patio huyeron a esconderse bajo los matorrales. Un gato dio un salto y también huyó a toda velocidad.

—¡Eh! —repitió Mike, y luego se calló. Alguien había salido cautelosamente por una gran puerta que se encontraba allí cerca.

Era una mujercita arrugada y de pelo gris. La seguían dos mujeres muy parecidas a ella, aunque ambas eran altas y delgadas. Las tres miraron a los visitantes con sorpresa.

—¿Qué desean ustedes? —dijo la primera mujer que había aparecido y que era la más regordeta. Su voz parecía asustada—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué han venido? ¿No saben ustedes que no está permitido venir aquí?

CAPÍTULO IV EN EL INTERIOR DEL CASTILLO

La señora Arnold se adelantó. Llevaba en la mano el papel que la agencia le había facilitado.

—Hemos venido a visitar el castillo —dijo—. ¿Podemos hacerlo ahora? No hemos podido telefonarles porque el castillo no figura en el listín de teléfonos.

—¡Pero... pero a nadie le está permitido visitar el castillo! —dijo la viejecita. Y sus dos compañeras asintieron vigorosamente con la cabeza.

—No venimos en plan turístico —explicó la señora Arnold—. La agencia de alquileres nos ha mandado la reseña de este castillo y nos ha indicado que podríamos visitarlo a cualquier hora si mostráramos su autorización. Esta autorización nos la mandaron juntamente con los detalles del castillo. Es posible que este castillo convenga a una amiga mía que quiere alquilar una casa grande por uno o dos meses.

—Es que... mi hijo no está en casa —tartamudeó la mujer, que parecía sobrecogida—, y me ha dicho que nadie debía penetrar en él. Ha dicho que nadie alquilaría este lugar. Hasta ahora, nadie había venido para visitarlo, ni para comprarlo, ni para alquilarlo. Nadie. Creo que no debo permitirles entrar.

—¡Pero si hemos venido *ex profeso* para visitarlo! —protestó la señora Arnold—. ¡Esto es ridículo! Me temo que los propietarios se enfaden mucho si ustedes se niegan a dejar visitar el castillo a los que vienen con el propósito de alquilarlo. Les hará usted perder mucho dinero. ¿No se da usted cuenta? Su hijo no debe meterse en esto. Ha de hacer lo que se le mande.

—Pero ha dicho que no debíamos dejar entrar a nadie.

Se volvió indecisa hacia sus dos compañeras. Las tres sostuvieron en voz baja una pequeña conferencia. Los niños y la señora Arnold esperaban con impaciencia. ¡Qué tontas eran aquellas mujeres!

Por fin, la más regordeta de las tres se volvió hacia ellos.

—No sé qué va a decir mi hijo —repitió—, pero creo que debo dejarles entrar. Mis dos hermanas y yo somos las guardianas de este lugar.

—Sí, creo que deben dejarnos entrar y además acompañarnos a visitarlo —dijo la señora Arnold con firmeza—. ¿Qué hace aquí su hijo? ¿Está también al cuidado del castillo?

—Oh, no. Mi hijo es muy, muy sabio —respondió la mujercita, con orgullo—. Es un científico. No puedo decirle el número de exámenes que ha pasado.

—En ese caso, ¿por qué se entierra en este lugar? —preguntó la señora Arnold. Pensaba que aquel hijo misterioso debía de ser un individuo mimado y gandul y que vivía cómodamente en el castillo atendido por aquellas tres mujeres.

—Tiene mucho trabajo —la voz de la mujercita continuaba expresando orgullo—. Trabajo importante, que requiere tranquilidad y paz. No sé lo que va a decir si viene

gente a vivir en el castillo.

—Poco importa lo que él diga —exclamó la señora Arnold, que empezaba a enfadarse—. El castillo no es suyo y, si pone tantas dificultades cada vez que viene alguien con la autorización para visitarlo, seguramente les hará perder a ustedes su empleo. Así que, por favor, no hable más de su hijo y condúzcanos a visitar el castillo.

—Sí, señora —dijo la mujercita, que ahora parecía asustada. Las otras dos permanecieron en silencio y siguieron a la pequeña comitiva con aire preocupado.

—¿Cómo se llaman ustedes? —preguntó la señora Arnold, mientras bajaban por un largo pasadizo.

—Yo soy la señora Brimming, y mis hermanas son la señorita Edie Lots y la señorita Anna Lots —dijo la mujercita—. La persona que quiere alquilar el castillo, ¿lo necesitará todo?

—Claro que sí —respondió la señora Arnold—. Excepto el lugar en que ustedes viven, naturalmente. ¿Por qué lo pregunta?

La señora Brimming no contestó a esta pregunta, pero lanzó una rápida mirada hacia las largas caras de sus dos hermanas. Los niños, que encontraban muy lenta a la señora Brimming, se adelantaron, deseosos de ver el castillo cuanto antes.

Llegaron a un gran vestíbulo, adornado con magníficas cortinas de brocado. Todo alrededor relucían las brillantes armaduras. Paul golpeó una de ellas, que emitió un ruido a hueco.

—¡Me gustaría ponerme una! —dijo—. Me gustaría taparme la cara con la visera y mirar a través de ella.

—Eres demasiado pequeño para llevar armadura —replicó Jack—. En cambio a mí me iría bastante bien.

La señora Arnold notó la expresión de alarma que se pintaba en el rostro de la señora Brimming.

—¡Son sólo palabras! —dijo riéndose—. No tocarán ninguna de esas armaduras. ¡Qué hermoso es este vestíbulo!

—Sí —asintió la mujer, conduciéndolos hacia una gran puerta. La abrió de par en par. En el interior se vio una hermosa habitación, con preciosos muebles tapizados en color azul real, un poco deslucido por los años. Una alfombra recubría toda la estancia. Sus colores aparecían también un poco apagados, pero mostraban una agradable gama de azules, rojos y crema. Los pies de los niños se hundían en ella al atravesar la habitación.

—Esto le gustaría a mi madre —dijo Paul en seguida—. ¡Mirad qué reloj!

Un gran reloj estaba colgado en la pared. Tenía la forma de una iglesia, con su correspondiente campanario. Mientras los niños lo estaban contemplando, una campanilla en su interior empezó a dar las horas. Eran las tres.

—¡Oh, mirad! ¡Un ángel sale por la puerta del reloj! —gritó Peggy—. ¡Un angelito con alas y una trompeta!

El ángel se detuvo un momento con su trompeta. Luego, lentamente, se volvió a esconder en el interior y la puerta se cerró.

—¡Nunca he visto un reloj semejante! —exclamó Nora con gran deleite.

—Hay aquí muchas cosas curiosas —afirmó la señora Brimming—. El señor Luna, el que vivió al principio de la centuria pasada, coleccionó muchas extrañas maravillas del mundo entero. Hay una caja de música que toca cien tonadas diferentes y...

—¡Oh! ¿Dónde está? —gritó Peggy con entusiasmo.

Mas la señora Arnold consultó su reloj y vio que quedaba el tiempo justo para hacer una rápida visita al castillo, pero no para ver cajas de música y escuchar las cien tonadas diferentes.

—Ya os quedará tiempo para hacer sonar la caja de música si alquilamos este castillo —dijo—. Ahora debemos darnos prisa. Por favor, ¿quiere usted enseñarnos todas las habitaciones, señora Brimming? Excepto, naturalmente, las suyas propias. Mi amiga, que es la reina de Baronia, traerá su servicio y, como es lógico, querrán utilizar la cocina.

—Claro —dijo la señora Brimming. Sin embargo, parecía estar a punto de comentar que ella no sabía lo que su hijo opinaría de todo aquello—. Las cocinas son muy grandes. Nosotros sólo usamos un rincón. Les conduciré a las otras habitaciones y luego al piso de arriba.

Todas las habitaciones eran hermosas. En el piso superior, los dormitorios también lo eran y estaban magníficamente amueblados y adornados con hermosas pinturas y cortinas raras y muy hermosas. Algunas de ellas hacían pensar a Peggy en los paños de oro, porque relucían y centelleaban.

Allí no había nada corroído, ni estropeado, ni abandonado, ni sucio. Todo estaba muy bien cuidado y la señora Arnold no pudo hallar ni una mota de polvo. Por muy raras que parecieran aquellas guardianas, resultaba indudable que habían cuidado del castillo con afán y amor.

En el piso superior había una gran habitación cuyos muros se hallaban forrados de libros desde el suelo hasta el techo. Los niños lo contemplaban todo maravillados. Exceptuando en una biblioteca pública, nunca en su vida habían visto tantos libros juntos.

—¡Qué maravilla! —comentó Mike boquiabierto—. Esta habitación es muy adecuada para un día de lluvia. Nunca podríamos acabar de leer todos estos libros.

—Son muy antiguos —dijo Jack—. Me imagino que no deben resultar muy interesantes. ¡Qué despilfarro tener miles y miles de libros y ni una alma que los lea!

—Mi hijo los lee —afirmó la señora Brimming con orgullo. Nadie se molestó en

responder. Todo el mundo estaba harto de su hijo.

En el tercer piso había amplias buhardillas, en las cuales se habían almacenado grandes cajas, muebles antiguos y chatarra de toda clase.

—Me parece que a mi amiga no le interesarán las buhardillas —dijo la señora Arnold, que había contado las habitaciones—. Creo que el primero y el segundo piso le serán suficientes. Todo está muy bien conservado. ¿Lo cuidan ustedes solas o les ayuda alguien?

—Nadie nos ayuda —dijo la señora Brimming con orgullo. Y las señoritas Edie y Anna Lots asintieron.

Volvieron a descender a una de las habitaciones del piso inferior.

—Hemos estado aquí solas durante años y años. Amamos este viejo castillo. Nuestra familia ha estado siempre aquí, trabajando en algo. Nuestras bisabuelas ya estaban aquí cuando el bisabuelo del señor actual era el dueño. Éste era —dijo indicando una pintura.

Los niños miraron el gran retrato que colgaba sobre el hogar de la sala en que se encontraban. Mostraba un hombre de cara triste, con un mechón de pelo negro cayéndole sobre la frente. Sus ojos parecían mirar con ferocidad.

—Parece que no le gustamos —comentó Peggy—. Desearía que no tuviera un aspecto tan amenazador. No me gustará permanecer en esta habitación, si venimos a vivir en este castillo. Nunca me sentiré a gusto mientras el bisabuelo del actual señor de Luna me esté mirando.

Todos se echaron a reír. Entonces Mike recordó algo

—No hemos ido a la torre, a la gran torre que vimos mientras veníamos. ¡Hemos de ir a verla!

Un silencio siguió a sus palabras. La señora Brimming miró a sus hermanas y éstas la miraron a ella. Nadie dijo nada.

—Bien, ¿qué hay de la torre? —volvió a decir Mike, sorprendido por aquel silencio—. ¿Es que no puede verse? Estoy seguro de que a tu madre le agradaría la torre, Paul. Le gustaría sentarse en lo alto y contemplar el paisaje. ¡Qué magnífica vista ha de disfrutarse desde allí! Vayamos a explorarlo.

—Yo me quedaré aquí y hablaré un poco con las cuidadoras —dijo la señora Arnold, que no tenía ganas de subir centenares de escalones hasta lo alto de la torre—. Podéis vagabundear un poco. La torre estará también en buen estado, ¿verdad, señora Brimming?

—Sí, señora —respondió la señora Brimming tras una pequeña pausa—. Pero no hay nada que ver en ella. Nada. Estoy segura de que su amiga no deseará usar la torre, porque hay muchos peldaños para subir hasta arriba y en lo alto se encuentran solamente pequeñas habitaciones, con paredes de piedra y ventanas estrechas.

—Está cerrada —exclamó una de las señoritas Lots de manera inesperada—.

Cerrada con llave.

—¿Y en dónde está la llave? —preguntó Mike en el acto. No quería perderse la ascensión a lo alto de la torre.

A esta pregunta siguió otro silencio.

—Se ha perdido hace años —añadió la primera—. Pero allí no hay nada que ver.

—¡Pero con toda seguridad ha de tener una vista magnífica! —exclamó Mike con excitación. No creía lo de la puerta cerrada y la llave perdida. ¿Por qué las cuidadoras no deseaban enseñar la torre? ¿Acaso no la habían cuidado?

—Pues busquen ustedes la llave antes de que venga mi amiga —ordenó la señora Arnold—. Seguramente le gustará contemplar la vista desde lo alto de la torre. Ahora debo hacerles algunas preguntas respecto a la comida y a otras cosas. Podéis corretear durante veinte minutos, niños. Pero, por favor, ¡no hagáis ninguna travesura!

—¡Claro que no! —dijo Peggy, como si se sintiera ofendida—. Ven, Mike. —Y bajando la voz susurró—: ¡Vayamos en busca de la torre!

CAPÍTULO V UN INDIVIDUO DESAGRADABLE

Salieron de la habitación seguidos por la mirada de las tres guardianas. Cerraron la puerta tras de sí. Estaban en el gran vestíbulo y las armaduras brillaban a su alrededor. Peggy sintió un ligero escalofrío.

—Me da la sensación de que estas armaduras me están vigilando —dijo—. Esas dos señoritas Lots me ponen la carne de gallina. ¡Qué familia más rara!

—Y parece que el hijo sea todavía más extraño —asintió Mike—. Creo que no va a gustarme. En cambio, ¡qué hermoso castillo! ¿Te gusta a ti, Paul?

—¡Oh, sí, mucho! —contestó el pequeño príncipe, con los ojos relucientes—. Y a mi madre le agrada. Y también a mis dos hermanos. Aquí habrá lugar suficiente para todos nosotros y también para vosotros. Nos lo pasaremos en grande.

—Pero ¿dónde estará la entrada de la torre? —se preguntaba Jack—. Se alza en el lado este del castillo, así es que debemos buscar en esa dirección. Descendamos por este pasadizo. Seguidme.

Todos fueron detrás de Jack. Éste les condujo por un oscuro pasadizo, con las paredes cubiertas de algo que podían ser tapices, a pesar de que en la oscuridad era difícil ver de qué se trataba.

—Desearía tener una linterna —dijo Mike—. Tendremos que traer nuestras linternas y muchas pilas de recambio, porque aquí sólo parece que hay lámparas de aceite y estoy seguro de que no las encienden todas cada noche.

Llegaron al final del pasadizo y se encontraron en una pequeña habitación cuadrada. Viejos cofres se veían adosados a las paredes. Mike levantó una de las tapas y miró al interior. Al punto, un fuerte olor a naftalina se extendió por la habitación. Nora aspiró.

—Deben de ser alfombras, o cortinas, o algo por el estilo —opinó Mike, dejando caer la tapa de un golpe—. He de decir que esas tres viejas guardianas se ocupan de todo. Pero ¿qué hay en la torre?

—Por aquí no se ve ninguna entrada —dijo Jack, mirando a su alrededor. Y se dirigió hacia una gran tapicería que colgaba desde el techo hasta el suelo, recubriendo un espacio libre entre los viejos cofres. Levantó el tapiz y lanzó una exclamación.

—¡Aquí está la puerta que conduce a la torre! Por lo menos, yo creo que conduce a la torre.

Todos se agruparon para verla. Era una puerta alta y estrecha, ennegrecida por los años y que aparentaba ser muy fuerte. Había en ella una empuñadura de hierro negro y el enorme ojo de una cerradura.

Mike hizo girar la empuñadura varias veces. Se oía saltar un pestillo, pero, por muy fuerte que empujara, la puerta no se abría.

—Está cerrada —exclamó, decepcionado—. Y aquí no hay llave. ¿Opinas que es

verdad que se ha perdido, Jack?

—No lo creo —contestó Jack—. Estoy seguro de que no quieren que usemos la torre. Estoy seguro de que ese desagradable hijo la usa y se encierra en ella para alejarse de las tres viejas.

—Será para hacer su maravilloso trabajo científico —dijo Mike burlonamente—. O bien para pasarse el día ganduleando sin que nadie lo sepa. Me imagino el aspecto que debe de tener. No le gustará tener que permanecer en su sitio cuando venga tu madre, Paul. Tendrá que largarse de la torre, si es que la está usando, y entonces tendremos el panorama a nuestra disposición.

Jack volvió a coger la empuñadura de hierro y dio una nueva sacudida a la puerta, esta vez con mucha violencia. Mientras lo hacía, se oyeron pasos en el largo pasillo que conducía a la habitación cuadrada en que se encontraban.

Los niños se volvieron para ver quién era. Jack tenía todavía la mano sobre la empuñadura de hierro de la puerta de la torre. Un hombre penetró en la habitación. Se detuvo en seco cuando vio a los niños y los miró con gran asombro. Era bajo, corpulento y muy moreno. Sus ojos parecían casi negros y su gran nariz y sus delgados labios le daban un aspecto muy feo.

Gritó muy fuerte.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Cómo se atreven? Despejen inmediatamente. Aparta tu mano de la empuñadura de hierro, muchacho. La puerta está cerrada y no tenéis por qué andar merodeando por mi castillo.



Los niños se atragantaron. ¡Su castillo! ¿Qué significaba aquello?

—Este castillo pertenece al señor Luna —contestó Jack, que era el único que aún se sentía capaz de dirigir la palabra a aquel hombre tan enfadado—. ¿Es usted el señor Luna?

—¡Nada importa quien yo sea! —replicó el hombre, cogido de sorpresa por las palabras de Jack—. Os he dicho que os larguéis. ¿Cómo habéis entrado? Nadie puede entrar aquí. ¡Nadie!

—Mi madre, la reina de Baronia, va a alquilar este castillo al señor Luna —intervino el príncipe Paul, recuperando de repente el uso de la palabra y hablando en aquel tono imperial que a veces hacía reír a los niños. Pero esta vez no se rieron. Estaban contentos del tono autoritario de Paul.

El hombre miró a Paul como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Sus desgreñadas cejas descendieron sobre sus ojos, de modo que éstos se convirtieron en verdaderas ranuras.

—¿Qué cuento de hadas es ése? —preguntó con brusquedad—. ¡La reina de Baronia! ¡Nunca la he oído nombrar! Largaos, os he dicho. Y si os vuelvo a ver por aquí, os subiré a todos a lo alto de la torre y desde allí os tiraré abajo.

—No seáis tontas —dijo Jack, al ver que Peggy y Nora tenían miedo—. Bien, ya que propone usted que subamos a la torre para hacer una cosa tan imbécil, sabrá decirnos dónde está la llave. Nosotros mismos subiremos. Es seguro que la amiga de mi madre deseará saber cómo es la torre. ¿Dónde está la llave?

El hombre se enfureció. Tartamudeó algo, alzó los puños y se dirigió hacia ellos con un aspecto tan feroz que los chiquillos retrocedieron. Las niñas huyeron corriendo por el pasillo. Los muchachos mantuvieron un momento su posición y luego también ellos echaron a correr. El hombre era fuerte y podía haberles pegado a los tres con facilidad. Los perseguía.

Los cinco niños corrieron por el pasillo hacia el vestíbulo y abrieron la puerta de la habitación en que habían dejado a la señora Arnold con las tres guardianas.

—¡Dios mío! —empezó a decir la señora Arnold, a quien esta súbita irrupción había molestado—. Debo decir...

Detrás de los niños apareció el hombre, congestionado por la ira. La sorpresa le hizo detenerse en el umbral. Luego entró y se dirigió a su madre.

—¿Qué significa esto? He encontrado a estos niños merodeando por el castillo. ¿Y quién es esta mujer?

—Cálmate, Guy —suplicó la señora Brimming con voz entrecortada—. Traen una autorización. Piensa... piensa que su amiga, la reina de Baronia, querrá alquilar el «Castillo de la Luna». Ha venido a visitarlo y éstos son sus hijos. Y este niño es el hijo de la reina de Baronia, el príncipe Paul. Todo está en orden. Tienen derecho a estar aquí.

—Pero ¿no le he dicho a usted que no podía entrar nadie? —preguntó su hijo con furia—. ¿Qué cuentos son éstos de alquilar? No creo ni una palabra de todo el asunto.

La señora Arnold empezaba a alarmarse. ¡Qué hombre más extraño! Se dirigió a Mike y le dijo:

—Ve a buscar a Ranni.

Mike salió corriendo hacia el vestíbulo y se dirigió a la puerta principal. Habían dejado a Ranni y el coche allí fuera, frente a la escalinata que conducía a la puerta principal. Mike confiaba con todas sus fuerzas en que aún estuviese allí.

La puerta principal estaba bien cerrada y tenía dos grandes llaves en las cerraduras. Con gran dificultad, Mike dio la vuelta a las llaves y corrió los cerrojos. La puerta se abrió con un horrible chirrido, como si sintiera que la despertaran de un largo, de un larguísimo sueño.

Ranni se hallaba de pie junto al coche. Al ver la cara de angustia del niño, subió rápidamente las escaleras.

—Mi madre desea que venga —dijo Mike. Sin detenerse, corrió de nuevo hacia el vestíbulo y luego hacia la habitación donde había dejado a los demás. El corpulento Ranni le seguía. Sus botas producían un gran ruido al golpear contra el suelo empedrado.

Guy, el hijo de la asustada señora Brimming, estaba ahora examinando la autorización que casi había destrozado al arrancarla de manos de la señora Arnold cuando ésta se la ofreció para probar la veracidad de sus palabras. La cara del hombre no presagiaba nada bueno.

—¿Por qué no han escrito ustedes antes para ponernos de acuerdo? —preguntó—. A nadie se le permite visitar este lugar si previamente no se ha convenido la hora, y puedo asegurarle que nadie ha alquilado este castillo desde hace muchos años... muchos, muchos años. Yo no puedo...

—Señora, ¿me llamaba usted? —interrumpió la fuerte voz de Ranni. Guy levantó inmediatamente la cabeza y se quedó inmóvil al ver al corpulento baroniano, que se había detenido junto a la señora Arnold.

—Sí, Ranni —respondió la señora Arnold—. He recorrido este castillo y creo que vuestro dueño, el señor de Baronia, lo encontrará de su gusto. Este hombre, el hijo de una de las guardianas, no parece sentirse muy contento con nuestra venida. ¿Cree usted que el rey le permitirá permanecer aquí cuando venga con su servidumbre?

Ranni sabía muy bien lo que la señora Arnold deseaba que contestara. Miró a Guy con cara de disgusto. Luego, inclinándose hacia la señora Arnold, habló en voz alta.

—Señora, usted conoce los deseos de mi rey. Su Majestad no permitirá seguramente que nadie más permanezca aquí, excepto las guardianas. Yo recibiré órdenes de Su Majestad y se las transmitiré a este hombre. Seguramente no tendrá derecho a permanecer aquí, ni a meterse en cosa alguna.

Los niños miraron a Guy con aire de enfado. ¡Muy bien, Ranni! La señora Brimming dejó escapar un pequeño sollozo.

—¡Pero si es mi hijo! Siempre ha vivido aquí. No ha querido ser descortés. Sólo es que...

—Creo que no tenemos nada más que hablar —cortó la señora Arnold—. Su hijo deberá abandonar el castillo mientras lo tenga alquilado mi amiga. Él parece creer que el castillo le pertenece...

Guy se había puesto intensamente rojo. Adelantó un paso y abrió la boca, pero nadie supo jamás lo que había estado a punto de decir, porque también Ranni adelantó un paso. Esto fue suficiente. La figura de Ranni, con su barba roja y sus serios ojos, hizo que Guy cambiara rápidamente de opinión. Refunfuñó algo en voz baja, dio la vuelta y salió de la habitación.

—Debemos irnos ya —dijo la señora Arnold, recogiendo la autorización que Guy había lanzado sobre una mesa—. Diré a los agentes que se pongan en contacto con el señor de Luna y que lo arreglen todo rápidamente. Mi amiga desearía poder venir dentro de diez días, o antes si fuera posible, en caso de que todo quede solucionado. Le hablaré de lo hermoso y bien cuidado que está el castillo. Pueden ustedes estar seguras de que el servicio del rey lo tratarán todo con el mismo cuidado.

—Señora... por favor, no le diga usted al señor de Luna que mi hijo... que mi hijo... se ha comportado groseramente —rogó la señora Brimming. De repente se echó a llorar—. Él... bueno, ayuda también a cuidar el castillo y... y no sabía que alguien iba a venir a verlo o... a alquilarlo.

—Eso no excusa su comportamiento —dijo la señora Arnold—. Sin embargo, le prometo que no le causaré ningún disgusto ni a ustedes ni a él, siempre que se comporte como es debido. Pero con toda seguridad deberá abandonar el castillo mientras la familia de mi amiga esté aquí. Ustedes pueden quedarse, claro está, pero no su hijo, ni ningún otro pariente, ni amigo. Pondremos esto en claro con el señor de Luna.

La señora Arnold se despidió y se dirigió hacia la puerta principal seguida por los niños y por Ranni. Las guardianas no los acompañaron, sino que permanecieron donde estaban, tristes y preocupadas.

Desde una de las ventanas altas, dos ojos enfurecidos contemplaban el gran coche azul y plateado que se deslizaba por el camino. Nadie los vio excepto Ranni, y éste no dijo nada.

CAPÍTULO VI PLANES

Cuando los cinco niños regresaron a casa, encontraron allí al capitán Arnold. Había estado haciendo un viaje aéreo y se alegró mucho de verlos. Primero cogió en sus brazos a Peggy y a Nora y luego a todos los demás.

Los niños se arremolinaron a su alrededor, contentos de tenerle en casa.

—¿Dónde estabais? —les preguntó—. He llegado a casa deseoso de encontrar una esposa amante y cinco niños atolondrados para recibirme y sólo he encontrado a Dimmy.

—He hecho todo cuanto pude para recibirle bien —dijo Dimmy a la señora Arnold—. Pero no se asusten, hace tan solo diez minutos que ha llegado. No ha esperado mucho tiempo.

Eran las ocho en punto y todos sentían gran apetito.

—Te lo contaremos todo cuando nos hayamos lavado y estemos sentados a la mesa para cenar —decidió la señora Arnold—. ¡Hemos pasado un día emocionante!

Así, pues, contaron al capitán Arnold su visita al «Castillo de la Luna», explicándole que era magnífico, grandioso y solitario y que estaba muy bien cuidado por aquellas tres hermanas. Le relataron también todo lo referente al enojado hijo.

—¡Claro! Seguramente pretendía descorazonar a unos posibles inquilinos —opinó el capitán Arnold—. Seguramente le complace pensar que él es el rey de aquel castillo. Probablemente invita allí a sus amigos y los deslumbra. Si yo fuera el señor de Luna, procuraría enterarme de por qué el castillo no ha sido alquilado hasta ahora y cuántos amigos de ese hijo han pasado temporadas en él. Parece un mal sujeto.

—Pero se puso rápidamente en su lugar tan pronto como Ranni apareció —dijo Mike sonriendo maliciosamente—. Apenas dijo nada más.

—El lugar es muy hermoso —aseguró la señora Arnold—. Mañana, lo primero que haré será llamar a la agencia y decirle que se ponga en contacto con el padre de Paul. El lugar está preparado para ser habitado inmediatamente. Yo puedo encargarme de las provisiones y todas las cosas que sean necesarias. Cuando estuve en Bolingbrow me informé acerca de las tiendas que allí había.

—¿Cree usted que podremos instalarnos allí la semana que viene? —preguntó Paul, esperanzado.

—Me parece que sí será posible —contestó la señora Arnold—. Me imagino que tu familia lo aceptará inmediatamente. ¡Ojalá que el verano sea bueno! El paisaje que rodea al castillo es muy hermoso. Es la auténtica campiña inglesa. A tu madre le gustará.

—¿Iremos a vivir con vosotros en cuanto llegue tu familia? —preguntó Nora con entusiasmo, dirigiéndose a Paul.

—No, no —contestó su madre, adelantándose a Paul—. Claro que no. Al

principio, sólo Paul irá a reunirse con ellos. Debemos dejarles tiempo para que se instalen cómodamente, pero más tarde sí que iremos a reunirnos con ellos.

—Paul podrá subir a la torre antes que nosotros —dijo Peggy con envidia—. Paul, escríbenos y cuéntanos lo que ocurra. Sobre todo, cuéntanos qué hay de la torre, si se ha encontrado la llave y si aquel horrible individuo, Guy, se ha marchado y...

—Claro que se habrá marchado —la interrumpió su madre—. No me gustaría que se quedara merodeando por allí. A mí me pareció que estaba loco. También las cuidadoras deberán permanecer en su sitio y no entrometerse con la servidumbre de la reina. Creo que se mostrarán discretas, sobre todo si ese hombre no anda por allí. Me dio la impresión de que las tenía dominadas.

—Yo lo exploraré todo y luego, cuando vosotros vengáis, os guiaré por todas partes —prometió Paul.

A Dimmy le interesó mucho todo aquello. Ella no iría al castillo con todos los demás, pero Paul dijo que debería ir también a pasar un día. Paul quería mucho a Dimmy. Se volvió hacia el capitán Arnold porque, de repente, se le había ocurrido una idea.

—Señor, ¿podrá usted venir también? ¿Tendrá usted unos días de vacaciones?

—Espero que sí —contestó el capitán Arnold alargando la mano hacia una fuente de crema—. Sin embargo, no estoy seguro de ello. Es posible que tenga que marcharme para resolver un asunto muy interesante.

—¿Qué clase de asunto? —preguntaron todos. Pero él denegó con la cabeza.

—No os lo voy a decir hasta que lo sepa con certeza —dijo—. No obstante, espero no tener que marcharme hasta que regresemos del «Castillo de la Luna».

Nora bostezó ruidosamente, cubriéndose la boca con la mano.

—Oh, perdón, perdonadme todos. Pero me siento tan soñolienta... Tengo tanto sueño que no me siento capaz de tomar una segunda ración de crema. Y eso que lo siento de veras.

—No lo sientas —dijo Paul—. Eso significa que me la comeré yo.

Mike y Paul rebañaron la última ración de crema y empezaron a alborotar.

—Ya sabía yo que iba a ocurrir esto —dijo Dimmy—. ¡No importa! Me gusta ver que las fuentes vuelven vacías a la cocina. Así resultan mucho más fáciles de fregar. ¡Vaya! También Peggy y Paul están bostezando.

—¡Todos a la cama! —resolvió la señora Arnold—. Tengo ganas de estar un ratito tranquila a solas con mi esposo. ¡Hace mucho tiempo que no lo he visto!

Los cinco niños subieron a acostarse. Ahora bostezaban ya todos. Mike quería hablar del «Castillo de la Luna», pero, como Jack y Paul quedaron profundamente dormidos en cuanto sus cabezas tocaron la almohada, no le quedó más remedio que permanecer despierto, pensando en todo aquello.

¡El «Castillo de la Luna»! Es raro que exista un castillo así, tan antiguo, tan bien

conservado y que contenga cosas tan raras. Recordaba el reloj en forma de iglesia y el ángel que aparecía en su puerta. Procuraría no olvidarse de buscar aquella caja de música que tocaba cien tonadas diferentes. Y quizás encontrase oportunidad de probarse una de aquellas armaduras. Y... y...

Pero Mike se había dormido ya tan profundamente como los demás. La señora Arnold se sentó y se puso a hablar tranquilamente con su marido, al que hacía tiempo que no veía. Él era uno de los mejores pilotos del mundo. ¿Cuántas veces habría volado alrededor de la tierra? ¡Había perdido la cuenta! También la señora Arnold era un buen piloto y había tomado parte en muchas pruebas aéreas al lado de su esposo. Sabía casi tanto de aeroplanos como él.

—¿Qué es ese nuevo asunto del cual has hablado? —preguntó—. ¿Es algo importante? ¿Puedes contármelo?

—Sí. Te lo contaré —respondió su marido—. Se trata de pilotar un nuevo aparato. Es bastante extraño, pero hermosísimo. ¡Una maravilla! Puede elevarse con gran rapidez por el aire y asciende a una gran altura con una facilidad admirable.

—¡Qué sorprendente! —exclamó la señora Arnold—. ¿Vas a ser tú el piloto de pruebas? ¿Crees que podrá realizarse? ¿Lo conoces ya?

—No lo conozco —dijo su esposo—. En realidad, se trata de una prueba. La considero una prueba excepcional, puedes estar segura de ello. Alcanza una velocidad enorme. Yo deberé llevar un traje especial y un aparato raro sobre mi cabeza a causa de la gran velocidad, superior a la del sonido. ¡Es fantástico!

—Iré a verte despegar —decidió la señora Arnold—. Siempre te he traído suerte. La única vez que no pude ir tuviste un accidente. Debo ir y verte despegar esta vez, que será tan especial e importante, querido.

—Sí. Vendrás conmigo —dijo el capitán Arnold vaciando su pipa—. Sólo espero que esto no ocurra en la época en que deseáis ir al «Castillo de la Luna» con la reina y su familia. ¡Lo pasaréis tan bien!

—De todos modos, si el tiempo coincide, yo me iré contigo, querido. Los niños pueden ir al castillo con Dimmy —dijo la esposa—. Yo iré contigo y te traeré suerte cuando vuelas en ese nuevo avión.

Se fueron a la cama y pronto en la casa todo el mundo estuvo dormido. ¿Cuántos de ellos soñarían con el «Castillo de la Luna» aquella noche? Los cinco niños soñaron con él.

Por la mañana, también fue el primer pensamiento de todos ellos. Después del desayuno atosigaron a la señora Arnold para que llamara a la agencia inmediatamente. Ella protestó.

—Primero he de llamar a la madre de Paul. Me costará un poco conseguir una línea libre para hablar con Baronia.

Pero, finalmente, se pudieron realizar todas las llamadas. La reina se mostró

perfectamente de acuerdo. Habló también con Paul y el niño se emocionó al oír la voz de su madre, que le llegaba claramente a través del cable telefónico.

—¡Querido Paul! —dijo su madre en el idioma de Baronia—. Pronto te veré. Tus hermanos están muy contentos de ir a Inglaterra, que es un país tan hermoso. La señora Arnold lo arreglará todo tan rápidamente como le sea posible.

Los de la agencia se alegraron cuando se enteraron de que al fin iban a alquilar el «Castillo de la Luna».

—Esto ocurre por primera vez desde hace muchos años —dijeron a la señora Arnold—. Nos ha sido muy difícil alquilarlo. Hemos enviado allí a algunos presuntos inquilinos para que lo visitaran, pero regresaban contando historias raras: o bien no habían podido penetrar en él o las cosas se les hacían muy arduas. Ignoramos qué es lo que ocurría. Deseamos que la reina de Baronia se encuentre a gusto allí. Nos alegramos de oír que el lugar está bien cuidado. Quizá tengamos mejor suerte con él de ahora en adelante.

La señora Arnold pensó que sin duda el señor Guy Brimming había sido el que había hecho difíciles las cosas. No dijo nada, pero decidió poner a raya a aquel individuo desagradable si no se iba y permanecía alejado.

—Parece que no hay necesidad de hablar con el señor de Luna —comunicó a los niños—. Según dicen los de la agencia, pueden decidir por sí mismos si los inquilinos son aceptables y cuándo pueden instalarse allí. Así es que he decidido alquilar el castillo para tu madre de hoy en ocho días.

—¡Oh, muy bien! —dijo Paul, satisfecho—. Solamente hemos de esperar siete días. Yo creo que mi madre mandará recado a aquellas señoras para que le tengan comprado todo lo que ella desea, alimentos y otras cosas... ¿O será usted, señora Arnold, la que se cuide de todo eso?

—Yo lo haré —respondió la señora Arnold—. ¡Qué susto se llevarán las tres viejas cuando, día tras día, empiecen a llegar camiones llenos de alimentos y otras cosas! No sabrán dónde ponerlo.

—¿Cuesta mucho dinero alquilar un castillo? —preguntó Mike, pensando que a él también le gustaría alquilar uno cuando fuera mayor.

—¡Ya lo creo! —aseguró su madre—. ¿Es que piensas alquilar uno, querido? Pues ya puedes ahorrar unos cuantos miles.

—¡Oh Dios mío! —dijo Mike abandonando ya sus sueños de alquilar castillos—. Madre, tú irás con nosotros, ¿verdad? Te he oído decirle a Dimmy esta mañana que quizá no podrías acompañarnos.

—Es posible que tu padre desee que yo vaya con él cuando se haga cargo de su nuevo trabajo —dijo su madre—. Pero después iría a reunirme con vosotros. Y, de todos modos, Dimmy puede acompañaros si las fechas coincidieran. ¡Os lo prometo!

Aquella misma noche, el capitán Arnold llegó a su casa con las noticias que todos

esperaban.

—¡Todo va bien! —dijo—. Debo irme la próxima semana y, como mi ocupación seguramente durará sólo una semana, vuestra madre y yo estaremos en casa cuando, dentro de quince días, debamos reunirnos en el «Castillo de la Luna» con los padres de Paul. Podremos ir, probablemente, el mismo día en que se nos invite.

—¡Oh, eso va bien! —dijo Mike—. Paul tendrá que marcharse la semana próxima, cuando llegue su familia, y nosotros podremos ir todos juntos una semana más tarde, cuando ya se hayan instalado.

—Será mejor que disfrutéis de esta semana en que vais a estar aquí reunidos —intervino Dimmy—. La semana próxima estaréis solos conmigo.

—¿No podemos ir también nosotros a ver las nuevas pruebas, papaíto? —preguntó Peggy—. ¿Por qué no podemos?

—Pues porque son ultrasecretas —contestó su padre—. No se permiten espectadores. Pero alegraos. Todos nuestros planes van viento en popa estas vacaciones. ¡Todo irá bien! Estoy seguro de ello.

Pero no estaba en lo cierto... Algo iría mal antes de que acabara la semana.

CAPÍTULO VII PEQUEÑAS DIFICULTADES

El primer indicio de que las cosas no iban tan bien apareció al cabo de tres días, cuando la señora Arnold recibió una carta de la madre de Paul.

—¿Hay noticias de mi madre? —preguntó Paul con interés—. ¡Oh, señora Arnold, qué carta tan larga!

—Sí que lo es —contestó la señora Arnold—. Querido, uno de tus hermanos está enfermo. Es Boris. Iba a venir con tu madre al «Castillo de la Luna» dentro de muy pocos días.

—¡Oh! —exclamó Paul, apenado—. ¿Qué le ocurre? No será grave, ¿verdad?

—No, pero temen que sea el sarampión —repuso la señora Arnold—. ¡Qué lástima! Tu madre dice que tu otro hermano no ha tenido el sarampión, así es que habrán de mantenerlo en cuarentena si Boris lo tiene, puesto que han estado juntos anteriormente.

—¡Oh, señora Arnold! ¿Significa eso que mi madre no podrá venir? —preguntó Paul con desaliento—. ¿Qué ocurrirá con el «Castillo de la Luna»? ¿Qué ocurrirá...?

—Mejor será que no nos preocupemos hasta que sepamos con certeza si Boris tiene o no el sarampión —le tranquilizó la señora Arnold—. Tu madre dice que aún no es seguro. Y, en este caso, quizá venga ella con sus otros hijos y deje en Baronia a Boris y a su hermano. No te preocupes.

Pero Paul sí que se preocupaba. ¡Tenían unos planes tan hermosos! ¡Qué pesado era Boris! Siempre cogía enfermedades. Ahora quizá no pudiesen ir al «Castillo de la Luna». ¡Y aquello prometía ser una aventura tan divertida...!

También Mike y los demás se sentían muy desilusionados. Si los reyes no venían a Inglaterra a pasar sus vacaciones, ellos tampoco irían al «Castillo de la Luna».

—La única persona que se alegraría de esto es aquel horrible individuo, Guy —comentó Mike tristemente—. ¡Cómo se alegraría!

Pasaron dos días más.

—¿No hay noticias de mi madre? —preguntaba Paul cada vez que llegaba el correo—. ¿Verdad, señora Arnold, que el castillo estará a nuestra disposición pasado mañana? ¿Qué pasará si mi madre se decide a no venir? ¿Avisará usted a las guardianas o qué hará?

—No pienses tanto en todo eso —le recomendó la señora Arnold—. Tu madre me llamará hoy después de comer. Entonces lo sabremos.

—¡Rrrring! ¡Rrrring!

El teléfono sonó después de la comida y los niños se dirigieron corriendo al vestíbulo. La señora Arnold los apartó con firmeza. Ella descolgó el receptor. Una voz llegó a sus oídos.

—Una llamada personal para la señora Arnold desde Baronia.

—Yo soy la señora Arnold —contestó ésta. Luego se oyeron ruidos y voces lejanas entrecruzadas.

Los niños permanecían quietos y casi sin respirar. Intentaban oír lo que decían a la señora Arnold. Ésta escuchaba con atención, asintiendo con la cabeza. De vez en cuando decía:

—Sí, sí, ya veo. Sí, es buena idea. Sí, sí... ¡Oh, no, claro que no! Sí. Estoy de acuerdo.

Los niños, que no podían adivinar de qué se trataba, se sentían locos de impaciencia. Paul estaba junto a la señora Arnold esperando poder oír algo de la larga conversación con su madre. Pero no lo conseguía.

Por fin la señora Arnold se despidió y volvió a colgar el receptor. Paul lanzó un quejido.

—¿Por qué no me ha dejado usted hablar con ella? ¿Por qué no?

—En primer lugar, porque se trataba de una llamada personal para mí y también porque no era tu madre —dijo la señora Arnold, que se echó a reír al ver la expresión de enfado del príncipe—. Escuchadme. Os voy a repetir lo que se me ha dicho. No es tan malo como temíamos. Era la secretaria de tu madre —explicó a Paul—. Boris tiene el sarampión y también Gregor, tu otro hermano, lo tiene desde hace dos días. Pero es muy benigno y pronto podrán levantarse y estarán curados.

—¿Qué va a ocurrir, pues? ¿Va a venir mi madre dejando a mis hermanos? —preguntó Paul.

—No. No quiere dejarlos. Pero está segura de que podrá venir dentro de diez días con ellos. Así es que me propone lo siguiente: puesto que tiene alquilado el castillo a partir de pasado mañana, le parece que sería buena idea que nosotros nos fuéramos allí y nos instaláramos hasta que ellos llegaran.

—¡Oh, qué magnífico! —gritaron Peggy y Nora a la vez.

De pronto, Nora se puso seria.

—Madre —dijo—, ¿qué haréis papá y tú? ¿Os vais a ir pronto los dos para aquellas pruebas? ¿O vas a dejarle marchar solo y te vienes con nosotros?

—Creo que debo ir con papá —contestó su madre—. Yo le doy buena suerte. Pero Dimmy os acompañará, ¿verdad, Dimmy? También Ranni irá con vosotros. Y será por pocos días, aproximadamente una semana. Será agradable para tu madre encontraros allí instalados con Dimmy, que estará preparada para enseñar a las sirvientas las diferentes habitaciones y el lugar destinado a cada cosa.

—Sí. Me agrada poder hacerlo —afirmó Dimmy, que había estado escuchándolo todo con atención—. Yo no he visto ese magnífico castillo y así podré hacerlo. Pero ¿cuándo llegará la servidumbre? Me parece que no voy a ser capaz de dirigir legiones de sirvientes baronianos que hablan un idioma que desconozco. No creo poder hacerlo ni siquiera con la ayuda de Ranni.

—La servidumbre no llegará hasta el día anterior a la venida de la reina —respondió la señora Arnold—. Los niños pueden cuidarse a sí mismos con la ayuda de usted. No tendrá que hacerse cargo de grandes cantidades de comida, porque puede anular el pedido. Le daré unas listas y usted podrá saber todo lo que hay en el castillo. Bien, niños, ¿qué os parece todo esto?

—¡Fantástico! ¡Superior! ¡Aplastante! —contestaron todos inmediatamente. Peggy dio un abrazo a su madre.

—Sin embargo, yo desearía que vosotros también vinieseis —dijo—. Pero vendréis a reuniros con nosotros tan pronto como llegue la reina, ¿verdad? Para entonces, los vuelos de prueba ya estarán realizados.

—Procuraré que así sea —le prometió su madre—. Ahora debemos apresurarnos. Hemos de revisar nuestras ropas y llamar a la agencia, y yo tengo que escribir una carta a las tres guardianas para anunciarles que nuestros planes han cambiado y que, de momento, iréis vosotros solos.

—Ya me cuidaré yo de las ropas —dijo Dimmy—. No será necesario llevarse gran cosa, puesto que hace tanto calor. En cuanto a vosotros, niños, si queréis llevaros libros o algún juego, mejor será que lo preparéis y me lo entreguéis para incluirlo en el equipaje. Y, por favor, Mike, no creas que puedes llevarte tu tren eléctrico con todos sus raíles, ni nada por el estilo.

—¿Cuántos libros podemos llevarnos cada uno? —preguntó Jack. En aquel momento recordó la gran librería del castillo—. ¡Ah! Hemos de tener en cuenta que podremos leer todos los libros que están en la gran librería del castillo. No nos importará que de vez en cuando se presente un día lluvioso.

—Yo pienso llevarme algunos de mis libros —dijo Mike—. Los viejos libros que vimos en aquella librería pueden resultar pesados. Yo me llevaré mis queridos libros de aventuras.

—Estaría bien que se escribiera un libro sobre nuestras aventuras —comentó Nora, mientras subía con Peggy—. Resultaría un libro muy emocionante.

—Y todo el mundo desearía conocernos y compartir nuestras aventuras —corroboró Paul—. Estoy seguro de que muchos niños desearían visitar nuestra Isla Secreta, aquella a la cual huimos cuando os conocí, ¿os acordáis?

—Venid conmigo, charlatanes —dijo la señorita Dimmy, empujando a los niños escaleras arriba—. Dejad que vea vuestras ropas y que me dé cuenta exacta de cuántas cosas se han de lavar, planchar o remendar. Si es mucho, tendréis que ayudarme, Peggy y Nora.

—Sí que lo haremos —prometieron ambas, que se sentían tan felices porque se iban al «Castillo de la Luna», que ni la idea de zurcir calcetines podía empañar su alegría.

El capitán Arnold se enteró de todo ello cuando llegó a su casa aquella noche.

—Es una suerte que los muchachos tengan tan sólo un sarampión benigno —dijo—. Hubiese sido muy triste tener que anular la visita al «Castillo de la Luna». Los niños lo pasarán muy bien con Dimmy.

Los dos días siguientes fueron muy atareados. La señora Arnold iba de acá para allá, vigilándolo todo. Dimmy lavaba, planchaba y remendaba sin parar. Los muchachos se dedicaron a colocar sus libros y juegos en el fondo de los dos grandes baúles. Peggy y Nora empezaron a cantar de nuevo aquella tonta canción del «Castillo de la Luna».

*Oh «Castillo de la Luna»,
pronto vamos a verte.
Oh «Castillo de la Luna»,
ya vamos a conocerte.*

Y Mike añadió, después de pensarlo mucho:

*Y cuando en la torre estemos,
felices lo pasaremos.*

—Tengo ganas de saber si se habrá ido aquel individuo —dijo de repente Jack. Llamó a la señora Arnold—. Señora Arnold, ¿ha escrito usted a las guardianas? ¿Le han contestado?

—Aún no han tenido tiempo de contestar —respondió la señora Arnold—. Sí, ya les he escrito. He escrito a la señora Brimming. ¿Por qué?

—Es que estaba pensando en aquel individuo llamado Guy —dijo Jack—. Espero que se haya ido.

—Claro que se habrá ido —repuso la señora Arnold—. Dije a la agencia que si no se iba no alquilaríamos el castillo. No os preocupéis por él. Tampoco veréis mucho a las viejas, a menos que ayuden a limpiar hasta que lleguen los criados de la reina.

—¿Quién guisará? —preguntó Peggy—. ¿Dimmy? ¿Crees tú que las tres viejas le permitirán usar la cocina?

—No lo sé —dijo la señora Arnold—. Cuando les escribí, les decía que podían elegir lo que prefirieran: o guisar para vosotros y que se les pagara, o permitir a Dimmy que utilizara la cocina. No dudo de que preferirán guisar ellas y ganar así algún dinero extra. Espero que sea así, porque esto simplificaría las cosas para Dimmy.

—Tengo ganas de que sea ya mañana —dijo Nora, que llegaba en aquel momento con los brazos cargados de ropa recién planchada.

—¿No se te ocurre nada más? —preguntó Mike.

—Me parece que ya es la duodécima vez que te oigo decir eso. ¿Qué hora es? Casi la hora de la merienda. A esta hora, mañana ya estaremos en el «Castillo de la Luna».

Por fin, todo estuvo dispuesto y preparado. Las maletas que contenían la ropa se cerraron. Dimmy dio una vuelta para comprobar que todo lo necesario estaba empaquetado y que no había olvidado nada. La señora Arnold y su esposo se irían también al día siguiente. A los niños no se les comunicó la dirección de sus padres, porque las pruebas eran secretas. En realidad, ni el mismo capitán Arnold sabía con seguridad adónde le harían ir.

—Propongo que todos nos acostemos temprano —dijo mientras cenaban—. Quiero estar despejado para mañana, Tú parece cansada, querida —añadió, dirigiéndose a su esposa—. Y también lo parece Dimmy.

—Nosotros no estamos cansados —dijo Mike—, pero nos iremos pronto a la cama y así el día de mañana llegará con más rapidez. ¿A qué hora vendrá Ranni a recogernos con el coche?

—Hacia las diez y media —contestó su madre—. Podéis volver a comer en aquel hotel de Bolingblow, si os parece bien. Y creo que no es necesario que os diga que debéis ser muy cuidadosos con todos los hermosos muebles que hay en el castillo y...

—Madre, nos comportaremos como si fuéramos príncipes y princesas —repuso Mike riéndose—. Y ahora vayamos todos a la cama. ¡Tres «hurras» para mañana y el «Castillo de la Luna»!

CAPÍTULO VIII OTRA VEZ EN EL CASTILLO

A la mañana siguiente, todo el mundo andaba apresurado. La casa permanecería cerrada durante una temporada. La señora Hunt, que ayudaba a la limpieza de la casa y hacía la comida, iría cada día a ventilarla y a limpiarla un poco. Y también se cuidaría de dar de comer a las gallinas.

El capitán Arnold tenía su equipaje a punto y la señora Arnold también había preparado todo lo necesario para ella. Mike deseaba abrir uno de los baúles y poner en él dos libros que de repente había sentido la necesidad de llevarse consigo.

—Ya no se puede abrir —aseguró Dimmy—. Ya has añadido cosas dos veces más y has revuelto todo lo que había en el interior del baúl. Ahora ya lo he cerrado y he guardado la llave.

—¡Caramba! —protestó Mike. Y fue a ver si podía abrir la cartera de Paul que éste llevaría consigo. Pero Dimmy la había cerrado con mucho cuidado.

A las diez y media en punto llegó Ranni con el coche, que aparecía muy reluciente. Sonrió a los niños, que estaban muy excitados.

—¡Así, pues, volvemos a ir al castillo! —dijo—. ¡Pobre coche! Va a sufrir bastante con tantos baches.

—Los coches de Baronia no temen a los baches —rechazó Paul—. Eso lo dijo usted mismo. Adiós, capitán Arnold, que tenga usted mucha suerte en su vuelo de prueba.

—Muchas gracias —respondió el capitán Arnold—. Si oís algo que se parezca a un gran zumbido y que pasa con la velocidad del relámpago, seré yo con el nuevo aparato.

Todo el mundo se rió. Nora dio un abrazo a su padre.

—Cuídate mucho y ten cuidado, papá querido —dijo—. Buena suerte.

Pronto terminaron las despedidas y el coche se puso en marcha, mientras el capitán y la señora Arnold les hacían señas de despedida desde la puerta de la casa. ¡Ya estaban en camino!

En el coche había mucho jaleo, pero a nadie le importaba excepto a Dimmy, quien aseguraba que Nora resultaba una persona muy incómoda para ir sentada a su lado. Pero cuando Peggy se puso en el lugar de Nora, la señorita Dimmy cambió de parecer y dijo que creía que Peggy todavía resultaba más pesada que Nora. Ninguno de los cinco niños dejó de hablar o de mirar por las ventanillas o de inquietarse mutuamente durante todo el viaje.

Comieron en Bolingblow como la vez anterior y les sirvió la misma camarerita.

—Vamos al castillo —le explicó Peggy—. ¡Es maravilloso!

—Y ahora viviremos allí una temporada —aclaró Nora.

La camarera se echó a reír. No creía lo que Nora decía.

—Nadie vive allí —dijo—. Así es que no tratéis de engañarme. Tiene mala fama. El «Castillo de la Luna» tiene mala fama.

—¿Por qué? —preguntó Mike.

—Pues... la gente dice que allí *ocurren cosas* —repuso la camarera, con aire misterioso—. Ya os conté la otra vez la historia de aquel individuo que fue a consultar libros a la biblioteca.

—¡Ah, sí! ¡Y los libros saltaban de las estanterías y caían sobre él! —dijo Peggy soltando una carcajada—. Esperemos que ocurrirá también mientras nosotros estemos allí. Pero, créanos, por favor, nosotros vamos a vivir allí.

La camarera se quedó pasmada mirándolos. Le parecía difícil de creer.

—Es verdad que he oído decir que se han encargado diversos artículos para el castillo y que han sido ya enviados allí —dijo—. Creo que se trata de comida y utensilios para la casa. ¿Es acaso para vosotros?

—En parte sí —contestó Peggy—. ¿Conoce usted más historias respecto al castillo?

—¡Rumores! —dijo la camarera, bajando el tono de su voz como si estuviera asustada de hablar—. ¡Rumores...! He oído decir que se oían extraños rumores.

—¿De qué clase? —preguntó Mike con gran interés.

—No lo sé. Nadie lo sabe —respondió la muchacha—. Rumores, dicen. No vayáis al castillo. Regresad a vuestra casa mientras aún estáis a tiempo.

Se fue, llevándose los platos. Peggy rió.

—Esto es muy emocionante. Es raro que todos los lugares antiguos tengan alguna historia por el estilo. No sería raro que aquel hombre, Guy, hiciera correr tales cuentos para mantener a la gente alejada del castillo y podérselo guardar para él. No sé qué me juego a que no existen *rumores* ni *cosas que ocurran*.

—Y yo estoy de acuerdo contigo —dijo Mike—. Son sólo cuentos. Pronto lo averiguaremos. A mí, personalmente, me gustaría que algo ocurriera.

—Pero que no fueran *rumores* —protestó Nora—. A mí no me gustan los rumores. Quiero decir los rumores raros, cuando uno no sabe qué los produce.

—Como el balancín de nuestra habitación —dijo Peggy—. De noche, de repente cruje como si alguien se hubiera sentado en él. Pero cuando enciendo la luz, no hay nadie.

—Claro que no hay nadie —afirmó Dimmy—. Es sólo la madera curvada, que gime por haber sostenido tu peso durante el día, Peggy.

Ahora ya habían llegado a los helados. Eran tan buenos que la señorita Dimmy les permitió repetir. Nora le acarició el brazo con cariño.

—Me gustan algunas de tus costumbres, Dimmy —dijo— como ésta de permitirnos repetir de los helados y la de hacerte la distraída si alguno de nosotros se decide a encargar una tercera ración.

—No habrá tercera ración —aseguró con firmeza Dimmy—. Voy a pedir la cuenta.

Los niños sonrieron. En realidad, no deseaban una tercera ración de helado, pero siempre les gustaba tirar de la lengua a Dimmy. La camarera compareció con la cuenta.

—He estado hablando con mi amiga acerca del «Castillo de la Luna» —les dijo en voz baja—. Es la sobrina del tendero que ha mandado algunos de los comestibles al castillo. Y cuenta que el conductor del camión estaba tan asustado cuando llegó al castillo que saltó del coche, tiró al suelo todo lo que llevaba y gritó: «¡Ahí va!». Volvió a subir al camión rápidamente y descendió por el camino como si cien perros le persiguieran.

—Pero ¿por qué estaba tan asustado? —preguntó Nora, intrigada—. No hay nada en absoluto que pueda asustar junto a la puerta principal. ¡Este conductor debe de estar loco!

—Yo os digo que es un lugar de espanto —dijo la camarera, que parecía muy resuelta a armar un gran jaleo con lo poco que sabía—. Volved a verme cuando hayáis estado allí un par de días. Estoy segura de que tendréis historias raras que contar.

Los niños se rieron.

—Ahora en el castillo sólo hay tres inofensivas guardianas —dijo Mike—. Ellas estarían más asustadas que nadie si, como usted dice, *ocurriesen cosas*.

—¡Ah... guardianas! ¿Hay tres? ¿Qué cosa más rara! —exclamó la camarera.

—¿Por qué? ¿Cree usted que de noche se marchan volando montadas en el palo de una escoba? —preguntó Jack sonriendo maliciosamente.

La camarera se enfadó. Apiló los platos haciendo mucho ruido y se fue.

—Regrese usted —la llamó Mike—. Nos iremos al «Castillo de la Luna», pero pronto volveremos. No, lo he dicho mal. Bien, sea como sea, todos regresaremos.

Volvieron al coche. Ranni estaba ya al volante esperando pacientemente. De todos modos, resultaba muy agradable verle allí, tan robusto, tan fuerte, tan tranquilo, después de haber oído los cuentos tontos de la camarera. Todos se metieron en el coche. Sentían que habían comido muy bien. ¡En ruta hacia el castillo!

Ranni puso el coche en marcha. Siguió el mismo camino que la vez anterior, lleno de baches y roderas. Ranni conducía con precaución. Nora y Peggy miraban hacia el exterior, buscando la encrucijada que conducía al pueblo en ruinas.

—Me hubiera gustado preguntarle a la camarera si sabía algo acerca de este pueblo —dijo con pesar Nora—. Pero se me ha olvidado. Estoy segura de que nos hubiese contado alguna historia maravillosa.

—¡Mirad! Aquí está la encrucijada —dijo Peggy—. Propongo que vayamos allí un día y lo exploremos. Está aproximadamente a un kilómetro de aquí. Me gustará

explorar un pueblo en ruinas.

Dejaron a un lado el camino del pueblo y los niños vieron de lejos los tejados medio hundidos de un desolado grupo de casas.

Y luego se encontraron en el empinado camino del castillo. Subieron lentamente por el serpenteante camino, con el motor ronroneante por el esfuerzo. Ni los potentes coches baronianos eran capaces de subir aquella empinada cuesta a toda marcha.

Como la vez anterior, las puertas del jardín estaban cerradas y Mike saltó del coche para abrirlas. Subieron la avenida y se detuvieron frente a la puerta principal. También ésta se hallaba cerrada.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Mike mirando el imponente castillo—. Parece inmenso cuando uno está tan cerca. Pero ¿qué ocurre? ¿Tocamos la campanilla? Oh, no, usted, no, Ranni. Rompió la cadena la otra vez. Espero que no tendremos que dar la vuelta por detrás, como hicimos aquel día.

—La cadena ya está arreglada —anunció Ranni. Los niños miraron todos hacia la puerta y vieron que era cierto—. ¡Esta vez podemos entrar por la puerta principal!

Jack brincó por la amplia escalinata y cogió la anilla de hierro que estaba al extremo de la cadena. La sacudió.

Esta vez se oyó sonar una campanilla. Un fuerte sonido discordante sonó en alguna parte del interior del castillo. Era un son resquebrajado y áspero, como si lo hubiese producido una campanilla grande, pero rota.

Ranni subió los baúles y el equipaje de Paul hasta delante de la puerta. Todos esperaban pacientemente a que la puerta se abriera. Pero Jack se impacientó y llamó de nuevo. De repente, pegó un brinco. La puerta se iba abriendo lentamente y sin hacer ruido.

¡Allí no había nadie! Los niños aguardaban inmóviles a que apareciera una de las guardianas. Pero no salió nadie. ¿Estaría alguien escondido detrás de la puerta?

Jack entró para verlo. No. El vestíbulo se hallaba vacío.

—¡Qué raro! —exclamó Dimmy—. Alguien debe de haber abierto la puerta en respuesta a la llamada, pero ¿por qué ha desaparecido?

—Una de las *cosas raras que ocurren* —repuso Mike soltando una carcajada—. Bien... Supongo que alguna de las hermanas la ha abierto, pero se habrá asustado al ver a Ranni y su roja barba y habrá huido corriendo. El vestíbulo está muy oscuro y no se veía si alguien lo cruzaba. ¿Le ayudo, Ranni?

Ranni no necesitaba ayuda.

—Id a ver si encontráis a alguien y preguntad si las cosas están dispuestas para nosotros —dijo deteniéndose en el interior del vestíbulo. Jack miró a Dimmy.

—¿Voy a ver si encuentro a la señora Brimming? —preguntó. Dimmy dijo que sí y Jack se marchó corriendo, intentando recordar el camino que conducía a las dependencias del servicio.

Regresó casi inmediatamente. Con él venía la señorita Edie Lots, que parecía muy asustada.

—He encontrado a una de ellas —anunció Jack, satisfecho—. Dice que no ha oído la campana y que no cree que nadie haya abierto la puerta.

—¡Qué curioso! —comentó la señorita Dimmity—. ¿Está todo dispuesto para nuestra llegada, señorita Lots? Espero que hayan recibido ustedes la carta de la señora Arnold y la que les envió la agencia anunciándoles que habíamos cambiado de planes.

—Oh, sí, sí —contestó la señorita Edie, que aparentaba estar sin aliento—. Nos comunicaron que solamente vendrían los niños y una tal señorita Dimmity. Sí, todo está dispuesto. Ustedes mismos podrán elegir los dormitorios que deseen. Han llegado ya los encargos. ¡Montones de paquetes! Están en la cocina.

—Gracias —dijo Dimmy—. Primero nos instalaremos y luego, más tarde, iré a la cocina y lo veré todo. Ahora, niños, subamos y mostradme las habitaciones. ¡Éste es un lugar verdaderamente magnífico!

Subieron las escaleras muy excitados y charlando sin parar. ¡Aquello iba a ser muy divertido!

CAPÍTULO IX INSTALADOS EN EL CASTILLO

Ranni siguió a los niños con el equipaje. Dimmy se apresuró también a seguirlos antes de que los niños eligieran para ellos habitaciones que no les fueran convenientes. Se extasiaba mientras iba subiendo por la gran escalinata. Aquél era un lugar maravilloso.

«¡Qué alfombras! ¡Qué tapices! ¡Qué pinturas maravillosas!», pensaba, y de vez en cuando se inclinaba por encima de la baranda para mirar hacia el amplio vestíbulo. La puerta principal permanecía aún abierta y el sol entraba y relucía sobre las brillantes armaduras, montadas sobre pedestales.

«¡No se ve ni una mota de polvo! —se maravilló Dimmy—. Estas guardianas pueden ser raras, pero saben cuidar de las cosas».

Ranni había dejado el equipaje en el amplio rellano y ahora se cruzó con Dimmy porque bajaba a recoger lo restante. Se detuvo junto a ella.

—Me gustaría tener una habitación pequeña y no alejada de la de mi joven señor, el príncipe —dijo cortésmente—. O bien una que se comunicara con la de él, si esto fuera posible.

—De acuerdo, Ranni. Procuraré que así sea —respondió Dimmy, pensando una vez más que Ranni era muy fiel a Paul. Era para él un criado, un amigo, un guardián. Ranni... ¡Ranni lo era todo!

Dimmy se apresuró hacia donde oía voces y risas. ¿Dónde estaban los niños?

Estaban en un enorme dormitorio que dominaba una gran extensión de paisaje. Nora se volvió hacia Dimmy con los ojos brillantes.

—¡Dimmy! ¿Podremos quedarnos en esta habitación Peggy y yo? ¡Es un lugar maravilloso! ¡Mira qué vista!

—Ni pensarlo —contestó Dimmy, asustada por las dimensiones de la habitación—. Éste debe de ser uno de los dormitorios mayores. Será seguramente el de la madre de Paul.

—¡Oh, no, Dimmy! Hay otros mucho mayores que éste —protestó Nora—. ¡Ven a verlos!

Dimmy siguió a Nora habitación tras habitación. Se sentía anonadada. Todas ellas tenían hermoso mobiliario y todas estaban muy bien cuidadas. Desde las ventanas, la vista era maravillosa.

Por fin llegaron a una serie de habitaciones más pequeñas, que se comunicaban entre sí. Sin embargo, cada una de ellas tenía además su puerta directa al vestíbulo. Había tres series del mismo estilo, dos de ellas con habitaciones dobles y una con una sola habitación.

—Esto va a ser estupendo para vosotros, los cinco niños —dijo en seguida Dimmy—. No protestes, Nora. La habitación que tú querías era demasiado grande.

Déjame que te diga que probablemente tendréis que cuidaros vosotros mismos de tenerlas impecablemente limpias y cuidadas, si las guardianas no han de ayudar a la limpieza de la casa, y será mucho mejor que ocupéis estas habitaciones pequeñas. Os resultarán más fáciles de limpiar.

—¡Oh! —exclamó Nora con desencanto—. Quizá tengas razón, Dimmy. Será agradable tener tres habitaciones juntas, como lo están éstas. —Se dirigió a la puerta y gritó—: ¡Peggy! ¡Mike! Venid aquí. Hay tres habitaciones juntas.

Sus compañeros vinieron corriendo. A Jack le pareció todo muy bien.

—Sí, Mike y yo podemos instalarnos en la de en medio, vosotras dos, niñas, en la que está a la izquierda, y Paul en la que está a la derecha, la que es una habitación sola. ¡No podría resultar mejor! —Se dirigió a la ventana y miró al exterior—. Nunca en mi vida había contemplado un paisaje tan hermoso —dijo—. ¡Nunca! ¿Creéis que aquello será parte del pueblo en ruinas que puede verse desde aquí? Me parece que se ven los caballetes de los tejados y un par de chimeneas.

Todos se reunieron en torno a la ventana.

—¡Sí! —asintió Mike—. Deben de serlo. ¡Mirad! Se puede ver un poco del camino, aproximadamente por donde se encuentra la encrucijada que se dirige al pueblo. Algún día iremos y lo exploraremos.

Dimmy había continuado la inspección. Buscaba un dormitorio para sí misma y otro para Ranni. Encontró uno pequeño para Ranni, no muy lejos, en el mismo pasillo, pero éste miraba a la colina que se alzaba en la parte trasera del castillo y que era bastante oscuro, porque los muros quedaban bastante cercanos a la ladera. La colina se levantaba por detrás del castillo como un acantilado.

Sólo la alta torre sobrepasaba la cima de la colina. Dimmy pensó que desde allí la vista debía de ser magnífica. Ella buscaba una habitación que le permitiera contemplar el paisaje.

Encontró por fin una pequeña estancia al extremo del pasillo. No había cama en ella. Parecía ser una especie de cuarto de estar. Pensó que pondría allí una cama de otra habitación y que utilizaría aquélla porque tenía una vista maravillosa y esto le satisfacía más que tener una gran habitación.

Regresó en busca de los niños. Éstos habían llamado a Ranni para que les subiera los equipajes. Dimmy sonrió a aquel gran individuo barbudo.

—He encontrado un cuarto para usted, Ranni —dijo—. Está muy cerca, aunque no tiene buena vista.

Pero Ranni, que se había criado en un país montañoso y lleno de frondosos valles, no tenía ningún interés especial por las buenas vistas. En Baronia podía verlas a montones. Se mostró satisfecho con su pequeño dormitorio, porque estaba tan cercano al de Paul.

—Aquí no hay lavabos con agua corriente —dijo Nora, mirando los grandes

palanganeros—. ¿Hemos de usar estos grandes jarros? ¡Yo no podré casi levantar el mío!

—Utilizad los cuartos de baño —dijo Mike—. Ya he encontrado siete en este piso. Hay uno frente a nuestra habitación. Tiene ducha y todo lo demás.

—Dimmy, ¿no te parece divertido? —preguntó Nora—. ¿Has encontrado una habitación para ti... una que sea agradable? Oh, Dimmy, ¿no te parece maravilloso vivir así en un castillo? Tardaré años en saber orientarme por dentro de él.

Dimmy tenía la misma sensación. No obstante, aprendieron con gran rapidez dónde estaban sus habitaciones y el camino más corto hacia ellas y hacia todas partes. Había dos escalinatas principales y dos o tres secundarias.

—Podremos divertirnos mucho persiguiéndonos por aquí y jugando al escondite —dijo Mike—. Hay muchas escaleras por donde huir. Creo, Paul, que ha sido una excelente idea permitirnos venir aquí a nosotros solos antes de que llegara tu familia... No podremos divertirnos tanto cuando ellos estén aquí, porque todas las habitaciones estarán ocupadas y a la gente no le gustará vernos correr de aquí para allá.

—No, no les gustará —asintió Paul, pensando en cuán diferentemente debería comportarse cuando llegara su familia con toda la servidumbre—. Será mejor que nos divirtamos lo más posible en esta semana.

Dimmy descendió para ver a las tres guardianas. Tocó la campanilla desde donde pensó que era el cuarto de estar, pero nadie acudió. Así, pues, buscó el camino de la cocina.

En la grandiosa cocina había dos hogares, uno con el fuego encendido y el otro vacío. Junto a las paredes se encontraban los grandes fogones. Descubrió seis o siete fregaderos. Dimmy se detuvo en la puerta. ¡Cielo santo, qué lugar! Sentadas junto a la ventana abierta, al otro extremo, estaban las tres hermanas. Dimmy conocía ya a la que se llamaba Edie Lots. Se dirigió hacia ellas.

Cuando ella se acercó, las tres mujeres se pusieron de pie. Parecían estar nerviosas.

—Por favor, siéntense ustedes —dijo Dimmy, pensando que se trataba de un trío muy raro—. Me sentaré con ustedes y nos pondremos de acuerdo sobre la mejor forma de llevar las cosas hasta que venga su majestad, la reina de Baronia. Llegará la semana próxima.

Las tres se sentaron. Ninguna de ellas dijo nada. Dimmy les hablaba con amabilidad y, por fin, consiguió que la señora Brimming abriera la boca. Ésta propuso que entre las tres se cuidarían de los niños, de Dimmy y de Ranni y de la limpieza del castillo, hasta que llegaran los criados de Baronia.

—Cuando eso ocurra, todo andrà de cualquier manera, creo yo —concluyó la señora Brimming con pesar—. Mi hijo ha dicho que sería así. ¡Con estos criados

extranjeros!

—No creo que deban ustedes pensar así —dijo Dimmy—. Pronto se darán cuenta de que los baronianos se sentirán orgullosos de este lugar y lo cuidarán muy bien. Además, ustedes no deben meterse en eso. Pueden estar seguras de que la reina se preocupará de que todo esté en orden. Por lo tanto, anímense. Es natural que el señor de Luna intente sacar algún dinero de este hermoso castillo, que ha permanecido vacío durante tantos años.

—Mi hijo dice que el señor de Luna no lo alquilaría a extranjeros si tuviera conocimiento de ello —protestó la señora Brimming—. Dice que la agencia lo ha alquilado sin consultar al señor de Luna. Dice...

Dimmy se sintió pronto tan molesta respecto al entrometido hijo de la señora Brimming como se había sentido la señora Arnold.

—Me parece que su hijo no debe preocuparse por esto —dijo. Entonces recordó que una de las condiciones que la señora Arnold había impuesto era que este entrometido personaje (Guy o como se llamara) se marchara durante aquel tiempo—. Supongo que su hijo se habrá marchado de aquí tan pronto como el castillo ha sido alquilado.

—Claro que no está aquí —respondió la señorita Edie Lots en voz muy alta. Miró a Dimmy. Por un momento pareció estar a punto de decir muchas cosas más, pero la señora Brimming denegó con la cabeza y la otra se calló.

Después de esto, Dimmy se marchó. «Creo que las tres adoran a ese Guy, —pensaba mientras se dirigía a buscar a los niños para ayudarles a deshacer el equipaje—. Menos mal que se ha ido. Por lo menos, en la cocina no estaba. Pero ¿cuál será el camino hacia nuestras habitaciones? ¡Cielo santo, se tiene que andar kilómetros para encontrarlas!».

Los niños habían empezado ya a deshacer su equipaje. No querían que Dimmy les ayudara.

—No, Dimmy, ya tienes bastante trabajo con lo tuyo —dijo Nora—. Siempre olvidas que en la escuela hemos de deshacer nosotros mismos nuestro equipaje. Por lo tanto, podemos muy bien hacerlo ahora.

—¿Cuándo y dónde merendaremos? —gritó Mike—. Ya tengo hambre.

—He pedido la merienda para las cuatro y media —respondió Dimmy—. La tomaremos en la habitación más pequeña del piso de abajo, la que está a la derecha del vestíbulo. Aquel cuarto que tiene extraños instrumentos de música colgados de las paredes.

—¡Ah, sí! Lo conozco —dijo Peggy—. Es un cuarto que tiene una forma rara, tiene la forma de una ele.

—Es cierto, tiene la forma de la letra ele —corroboró Jack—. Y en la parte de abajo de la ele hay un lado ocupado todo por ventanas. Propongo que coloquemos

una mesa allí y que comamos mirando por la ventana. Desde allí veremos una gran extensión de paisaje.

Deshicieron el equipaje y dispusieron sus cosas en los grandes cajones. La mitad de ellos quedaron vacíos, porque sus ropas ocupaban muy poco lugar.

—Los cajones de estos grandes armarios son tan enormes que casi podríamos meternos en uno de ellos —dijo Paul entrando en la habitación de las niñas, que se hallaba situada después de la suya y la de los niños—. ¿Habéis acabado ya? Yo tenía mucho más equipaje y he terminado antes que vosotras.

—Hubiéramos acabado antes si lo hubiéramos tirado todo de cualquier manera en los cajones, como lo has hecho tú —replicó Peggy—. No te pongas sobre mis jerseys, Paul. Hay mucha alfombra y no hay ninguna necesidad de pisar mi ropa.

—No seas tan quisquillosa —dijo Paul—. ¿A qué hora merendamos? A mí me gustaría hacerlo ahora mismo.

Pero tuvo que esperar hasta las cuatro y media, igual que los demás. ¿Qué harían después? Mike ya tenía una idea.

—¡La torre! Veremos si ya está abierta. Debería estarlo.

CAPÍTULO X RAROS ACONTECIMIENTOS

La señora Brimming sirvió una merienda deliciosa. Los niños se alegraron mucho por ello y lo manifestaron a grandes voces, hasta tal punto que la misma señora Brimming no pudo por menos de sonreír.

—Muchas gracias, Brimmy —dijo de repente Nora. Dimmy la miró severamente y los demás dirigieron sus ojos hacia la señora Brimming, temiendo que ésta protestara de inmediato.

Pero con gran sorpresa de todos no pareció molestarse por esto. Al contrario, volvió a sonreír.

—Es gracioso que me llamen así —dijo—. No me han llamado así desde que era niñera del más pequeño de los señores de Luna, hace de esto muchos años. En aquel tiempo todos me llamaban Brimmy.

Luego se escurrió fuera de la habitación como una gallina asustada. Evidentemente, se sentía tan sorprendida ella misma como los niños por haber hecho un tan largo discurso.

—¡Qué atrevimiento llamarle Brimmy cuando sólo la has visto un par de veces! —dijo Mike a Nora—. Pero la has tocado en su punto flaco, ¿no te parece, Dimmy?

—Brimmy y Dimmy —exclamó Nora soltando la carcajada—. Podría hacerse un hermoso pareado con Dimmy y Brimmy.

—Prefiero que no lo hagas —repuso Dimmy sirviendo el té en las tazas—. Yo estoy acostumbrada a tus tonterías, pero la señora Brimming no. Estoy segura de que no le gustaría oír cantar una ridícula canción con respecto a ella.

—Está bien —dijo Nora—. Tampoco hay ninguna rima adecuada para Brimmy ni para Dimmy. ¡Este pastel de chocolate es aplastante! Es delicioso y además muy grande. Suficientemente grande para que todos podamos repetir.

—No es imprescindible que terminéis este enorme pastel hoy mismo —dijo Dimmy—. Estoy segura de que la señora Brimming pretende que dure toda la semana.

—Antes de que termine la semana, Brimmy tendrá ocasión de cambiar cien veces de opinión respecto a nosotros —aseguró Mike—. ¿De dónde han salido estas galletas? No están hechas en casa.

—Las encontré entre los paquetes que han llegado —contestó Dimmy—. He dicho a la señora Brimming que podía abrir lo que le pareciera conveniente para nosotros, pero ella ya había preparado este exquisito pastel de chocolate.

—Empiezo a pensar que no es mala persona —dijo Jack—. ¿Qué opinas tú, Paul?

Paul consideraba que toda persona capaz de hacer un pastel de chocolate tan bueno como el que estaba comiendo tenía por fuerza que ser buena. Dimmy se rió. Escuchaba el alegre parloteo de los cinco niños, les servía más té, les cortaba

porciones de pastel, les ofrecía bocadillos y pensaba que eran unos chiquillos hermosos y agradables.

—¿Qué pensáis hacer después de la merienda? —preguntó.

—Vamos a visitar la torre —contestó rápidamente Mike—. Ahora ya ha de estar abierta la puerta. ¿Quieres venir con nosotros, Dimmy?

—Me parece que no —dijo Dimmy—. Voy a ver si las camas están ya hechas y si las habitaciones han sido bien ventiladas. La señora Brimming no sabía qué habitaciones escogeríamos y he visto que tenía montones de sábanas preparadas cerca del fuego para que se airearan, probablemente para nosotros. Quiero cuidarme de todo esto y me parece que ella me ayudará. Podéis ir a explorar la torre si así lo deseáis.

—Está bien. Dejaremos a Brimmy y a Dimmy charlando juntas y cuidándose de sábanas y fundas de almohadas —dijo Mike levantándose—. ¿Ha terminado todo el mundo? ¡Ah!, perdón, Dimmy, no me había dado cuenta de que aún quedaba té en tu taza. —Y volvió a sentarse.

—No es necesario que me esperéis —afirmó Dimmy—. Me gusta tomarme tranquilamente una taza más cuando todos os hayáis marchado. Ya podéis ir y haced lo que queráis.

—Dimmy está contenta por poder terminar su té en paz —dijo Nora acariciando cariñosamente el cuello de Dimmy al pasar por detrás de su silla—. Ha tenido que cuidarse de nosotros durante toda la merienda. Si necesitas que te ayudemos a hacer las camas, llámanos, Dimmy. Vendremos en seguida.

Salieron en tropel de la habitación. Dimmy se recostó tranquilamente en su silla y sorbió otra taza de té. Habían merendado en aquel curioso cuarto en forma de ele, tal como lo habían planeado, y la mesa había sido puesta frente a las ventanas en la parte más corta de la ele. Dimmy contemplaba el paisaje por la ventana.

La habitación estaba en silencio. Dimmy no oía las voces de los niños. Sólo se escuchaba el chocar de su cucharilla contra las paredes de la taza de té.

—¡*Tuang!*

Dimmy dio un brinco. El ruido había sido súbito e inesperado y por un instante Dimmy no pudo comprender de qué se trataba.

—¡*Tuang!* —se repitió el sonido. ¿Qué podía ser aquello? Dimmy recordó de repente los viejos instrumentos de música colgados en la pared, al otro lado de la habitación, en la parte larga de la ele. Sonrió.

«¡Qué tontos son estos niños! —pensó—. Uno de ellos ha vuelto sobre sus pasos y, sin hacer ruido, ha querido gastarme una broma para asustarme. Debe de ser Mike. Habrá vuelto sin hacer ruido y ha tocado las cuerdas de algún instrumento. ¡Niño tonto!».

Volvió a beber su té, esperando oír risas.

—¡Tuang! ¡Tuang!

—¡Ya os oigo! —gritó Dimmy alegremente—. Ya podéis tocar todo lo que queráis. ¡No me importa!

—¡Dong!

—¡Idos a jugar de una vez! —gritó de nuevo Dimmy—. ¡Sois unos niños tontos!

—¡Dong!

Dimmy no podía imaginar a qué instrumento correspondía aquel ruido. Era un sonido raro, pero también era verdad que los instrumentos musicales colgados de la pared cercana tenían un aspecto muy extraño. Parecían antiguos, la mayor parte de ellos procedían del extranjero y todos eran muy poco corrientes. Quizás el *dong* fuera producido por aquel instrumento que recordaba un tambor, pero que llevaba encima recias cuerdas entrecruzadas. Bien. De todas formas, no pensaba levantarse para averiguar de dónde venía.

—¡Dong!

—¡Basta ya! —exclamó Dimmy—. ¡No abuséis de las bromas!

Prestó atención, pensando que escucharía risas o el son de pasos que huían. Pero no oyó nada. Tomó lentamente su té. Ya no se percibieron más *tuangs*, ni más *dongs*, y Dimmy estaba segura de que el niño bromista que hacía sonar los instrumentos se había ido ya.

Una vez que hubo acabado, fue a ver qué ocurría con las camas y muy pronto estuvo enfrascada con la señora Brimming en una conversación respecto a sábanas y almohadas. Estaba convencida de que los niños se hallaban explorando la torre.

Sin embargo, no acertaba. Los niños se sentían muy enfadados porque la puerta de la torre seguía cerrada.

Habían ido por el pasillo recubierto de tapices hasta la habitación cuadrada donde se encontraban alineados los cofres. Mike se dirigió al tapiz que colgaba delante de la puerta de la torre, ocultándola a la vista.

Lo apartó hacia un lado, esperando encontrar la puerta. En el acto lanzó un grito de espanto y se volvió hacia sus cuatro compañeros con los ojos aterrorizados.

—¡Se ha ido! —exclamó—. ¡Aquí no hay puerta!

Los cinco niños dieron apresuradamente la vuelta a la habitación. No encontraron ninguna puerta, es decir, el resto del muro estaba ocupado por los cofres. No obstante, a unos pasos del tapiz colgado había un baúl muy alto, mucho más alto que los demás.

—Estoy seguro de que está detrás de este cofre —dijo Jack, y se dirigió hacia allí—. Ya me parecía a mí que la tapicería ocupaba un lugar distinto cuando la he visto. ¡Ayudadme! Apartaremos este cofre.

Intentaron empujarlo. Pero era terriblemente pesado y tuvieron que emplear los cinco todas sus fuerzas para conseguir moverlo. A nadie se le ocurrió vaciarlo para

manejarlo con mayor facilidad.

Cuando lo hubieron apartado, encontraron detrás de él la puerta, pero seguía cerrada.

—¡Esto es cosa de aquel individuo, de Guy! —dijo con enfado Jack, tirando de la anilla de la empuñadura—. ¿En qué estará pensando? Es curioso que se imagine que puede esconder la puerta sencillamente poniendo delante el cofre y colgando el tapiz en otra parte. Debe de estar loco. Pero ¿con qué finalidad hará esto?

—Su finalidad es la de que no quiere que nadie entre en la torre, porque debe guardar en ella algún secreto —opinó Mike. Todos los demás se mostraron de acuerdo. Nora levantó la anilla y se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura.

—Detrás de la puerta veo escalones de piedra —anunció—. ¡Cómo se atreve ese hombre a hacer semejante cosa! ¿Qué dirá tu madre cuando descubra lo que ese hombre está haciendo?

—Quizá cuando venga tu familia, la puerta esté ya abierta —dijo Jack—. Es posible que el señor Guy no haya tenido tiempo de retirar sus cosas de la torre y piensa poder impedir que entremos en ella con trucos como éste.

—Sí. Eso debe de ser —asintió Paul—. Sin duda se ha creado una especie de hogar en esta torre y lo considera como suyo. Por eso no le gusta que nosotros entremos. Estoy seguro de que ha de tener aquí sus propios muebles.

—Si un día encontramos la llave en la cerradura y la torre vacía, entonces comprenderemos que lo hemos adivinado —dijo Jack.

—Probablemente esperará una noche oscura para mudarse...

—Esto me enfurece —exclamó Peggy sacudiendo con fuerza la anilla, como si creyera que su mal genio podría conseguir que la puerta se abriera. Luego aplicó su boca al agujero de la cerradura y gritó—: ¡Guy! ¡Sabemos que está usted ahí! ¡Baje usted en seguida y abra la puerta!

Jack la apartó.

—No seas tonta, Peggy —dijo—. No te gustaría nada si de repente le vieras descender corriendo por las escaleras, abrir la puerta enfurecido y mirarte con sus terribles ojos.

Peggy miró a la puerta con espanto.

—¡No se oyen pasos! —dijo al fin, riéndose—. No creo que pudiera oír mis gritos. No creo que pudieran atravesar esta recia puerta y subir por los escalones de piedra.

Mike miraba el interior del gran cofre que habían apartado de la puerta.

—Me gustaría saber qué es lo que le hace tan pesado —dijo—. Casi no podíamos apartarlo. Fijaos, hay alfombras, telas y... ¿qué es lo que hay aquí en el fondo, envuelto en unas cortinas azules?

Todos se inclinaron sobre Mike, que estaba arrodillado, tratando de averiguar lo

que había en el fondo. Palpaba la tela que envolvía algunos objetos grandes y tan pesados que apenas podía moverlos.

Los niños no consiguieron levantarlos. Sentían mucha curiosidad por saber qué serían aquellas cosas tan pesadas. Jack sacó su cortaplumas y rasgó la tela que las cubría. A continuación separó los bordes del corte y lanzó un silbido.



—¡Son rocas! Piedras tan grandes que pueden llamarse pequeñas rocas. ¡Qué mal rato habrá pasado Guy para traer hasta aquí todo este peso! Me maravilla que este cofre no se haya roto. Pero es de madera antigua y recia.

—No es raro que casi no pudiésemos moverlo —exclamó Paul—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Dejar el cofre fuera de su sitio, para que el señor Guy Brimming pueda darse cuenta de que hemos descubierto su truco, que por cierto es muy tonto —resolvió Jack—. Probablemente no pensó en que seríamos cinco para moverlo. ¡Vaya! De todas formas, hemos de conseguir entrar en esta torre y esto me parece que no nos va a resultar fácil.

CAPÍTULO XI DE NUEVO TUANG-DONG

Los cinco niños decidieron no mover el cofre, dejándolo apartado de la puerta de la torre. Así era seguro que Guy Brimming se daría cuenta de que habían intentado explorarla y que habían descubierto que la puerta había sido ocultada por aquel cofre. ¿Qué harían luego? Ya lo verían.

Resolvieron regresar a la habitación en forma de ele para contarle lo ocurrido a Dimmy. Pero no la encontraron allí y hubieron de ir a buscarla a los dormitorios en el piso de arriba, puesto que ella había dicho que se cuidaría de que se hicieran las camas. Allí la encontraron, tal como esperaban, cuando estaba concluyendo de arreglar la habitación de Paul. Se encontraba sola.

—¡Oh, Dimmy! ¿Has hecho las camas tú sola? —preguntó Nora—. ¡Lo siento! Pensé que nos llamarías a Peggy y a mí, si no venía nadie a ayudarte.

—Está bien así, querida. La señora Brimming y una de las hermanas Lots han subido para ayudarme —respondió Dimmy—. No sé cuál de las hermanas era, puesto que las dos Lots son parecidísimas. Se han ido ahora mismo.

—No hemos podido entrar en la torre, Dimmy —dijo Peggy con gran seriedad.

—La puerta seguía cerrada —añadió Mike.

—Y alguien había intentado ocultarla poniendo delante un cofre —dijo Paul—. ¿Qué te parece?

Dimmy se rió de la solemnidad con que hablaban.

—La verdad es que no pienso absolutamente nada. Supongo que en la torre guardarán cosas que necesitan ser limpiadas y ordenadas. Quizá se hayan almacenado allí toda clase de trastos viejos. No dudo de que, para el momento en que llegue la familia de Paul, la torre estará ya abierta y a punto para ser utilizada.

—Me parece que te equivocas, Dimmy —rechazó Jack—. Creo que hay algún misterio en todo esto. Estoy seguro de que es algo que tiene que ver con Guy, con ese extraño individuo.

—¡Cuántas tonterías pensáis! —exclamó Dimmy—. Se lo preguntaré a la señora Brimming y veréis como nos dará de ello alguna explicación sencilla. Es posible que se haya perdido la llave, tal como dijeron al principio.

—Bien, pero ¿por qué estaba escondida la puerta ahora? —preguntó Jack con insistencia—. ¿Y por qué el cofre que la ocultaba había sido cargado con piedras, de manera que fuera casi imposible moverlo?

—¡Piedras! ¡Vaya tontería! —dijo Dimmy—. Bromeáis. Y puesto que hablamos de bromas, ¡tuang!, ¡dong!

Hizo fuertes sonidos con su boca, imitando los que había oído. Los niños la miraron maravillados. Ella se echó a reír.

—Sí, sí. ¡Ya podéis poner cara de inocencia! —dijo—. Ya conozco yo vuestras

caras de inocencia. ¡Aaaah! ¡Qué gracioso era! ¿Verdad? ¡Tuang! ¡Dong!

Los niños pusieron expresión de espanto ante este discurso. Primero miraron a Dimmy y después se miraron unos a otros.

—¿Qué quiere decir todo esto, Dimmy? —preguntó por fin Nora—. No sabemos en absoluto a qué te refieres.

Dimmy pareció preocupada.

—Pues, como muy bien sabéis, uno de vosotros, o quizá dos o tres juntos, no lo sé cierto, regresó al saloncito sin hacer ruido e hizo sonar fuertemente uno o dos de los instrumentos de música colgados de la pared. No podéis negarlo. Ha sido una broma graciosa, os lo concedo, y la primera vez el ruido me hizo dar un salto. Pero ahora no finjáis no estar enterados.

—Ninguno de nosotros regresó para gastarte una broma —aseguró Jack, muy extrañado. Y miró a los demás—. Ninguno de nosotros lo hemos hecho, ¿verdad? Todos fuimos juntos hacia la torre y hemos estado allí hasta ahora. Nada sabemos de esos extraños ruidos de que nos hablas.

Dimmy no podía creerlo.

—¡Vaya! ¡Es posible que los instrumentos toquen solos alguna tonada! —dijo—. De todas formas, me gustaría saber quién de vosotros ha sido, puesto que ahora habéis decidido que la broma se había acabado.

Los cinco niños dejaron a Dimmy y descendieron al saloncito en que habían merendado. Se sentían muy intrigados.

—¿De qué estaría hablando Dimmy? —dijo Mike—. ¡Tuang! ¡Dong! Pensé que estaba un poco trastornada cuando de repente se puso a hacer esos sonidos. Nosotros no sabemos nada de ellos.

—Quizá los viejos instrumentos sean parecidos a los balancines —aventuró Peggy—. Es posible que sus cuerdas se aflojen o algo por el estilo y hagan extraños ruidos,

—Hasta ahora nunca había oído decir una cosa semejante —dijo Mike—. Vayamos a verlo.

Se detuvieron frente al muro y examinaron los exóticos instrumentos. Algunos parecían grandes guitarras, otros banjos y también tam-tams y pequeños tambores. Se había reunido allí muchas clases de instrumentos raros, la mayor parte de los cuales los niños no habían visto nunca. Jack tocó una de las cuerdas y ésta dejó escapar un suave sonido. ¡Tuang! Pronto todos se encontraron pulsando las diversas cuerdas y golpeando los tambores y tam-tams, de forma que pronto la habitación se llenó de sonidos discordes.

Al cabo de un rato, se cansaron de aquel juego.

—Creo que Dimmy se debió de quedar dormida, o algo por el estilo, cuando nosotros nos fuimos —dijo Jack—. Los instrumentos no tocan solos. Vayamos a

jugar. ¿Qué os parece si jugamos a las cartas?

Todo el mundo se mostró de acuerdo. Cogieron la baraja de la estantería en que habían colocado sus libros y juguetes.

Mientras estaban empeñados en la primera partida, entró Dimmy.

—¡Qué pacífico espectáculo! —dijo—. Tengo que coser algunas cosas, así es que no me pidáis que juegue. Además, no me gustan esa clase de juegos.

Cogió unos calcetines que iba a zurcir y se sentó junto a ellos frente a la ventana. Los niños jugaban en la mesa en que habían merendado. Dimmy miraba por la ventana, maravillándose ante el hermoso paisaje que desde allí se divisaba. El cielo era muy azul. El horizonte también aparecía teñido de azul. El sol descendía lentamente y todo estaba bañado en su luz dorada.

Jack empezó a dar otra mano.

—Esperad un momento antes de empezar otra partida —dijo Dimmy—. Mirad por la ventana. ¿Habéis visto alguna vez algo tan hermoso?

Los chiquillos miraron por la ventana y Nora empezó a componer unos versos en su mente. Era un momento de paz.

—*¡Tuang!*

Todos dieron un brinco y Dimmy dejó caer las tijeras que tenía en la mano.

—¡Vaya! —exclamó en voz baja—. Ése es el ruido que he oído antes. Así, pues, ¿no habíais sido vosotros?

—No. Ya te hemos dicho que no —respondió Nora—. Y, de todos modos, ahora estamos todos aquí. Ninguno de nosotros se ha movido hacia la otra parte de la habitación, donde están las guitarras y los otros instrumentos.

No ocurrió nada más. Jack se levantó y fue hacia la parte alargada de la habitación en forma de ele, allí donde los instrumentos musicales colgaban de la pared. No había nadie. La puerta estaba abierta y él la cerró.

—No hay nadie —dijo, y volvió a sentarse—. Alguien ha debido de entrar sin hacer ruido y ha tocado una de las guitarras. Me gustaría saber quién ha sido el bromista.

Empezó de nuevo a repartir las cartas.

—*¡Tuang!*

Todos se sobresaltaron nuevamente. El son era muy fuerte. Jack y Mike se lanzaron corriendo hacia la parte más larga de la habitación. ¡La puerta continuaba cerrada!

—Alguien puede haber entrado sin hacer ruido, haber tocado las cuerdas de algún instrumento y haber huido rápidamente —insistió Jack—. Fijaos, en la puerta hay una llave. Cerraremos la puerta con llave y así derrotaremos al bromista.

Dio la vuelta a la llave. Dimmy parecía asustada. Ella había creído firmemente que alguno de los niños le había gastado aquella broma, pero ahora podía darse

cuenta de que le habían dicho la verdad. Alguien más estaba produciendo aquel sonido.

—¡*Dong!*

Jack dejó caer sus cartas.

—¡Esto es una estupidez! —exclamó—. ¡Yo mismo he cerrado la puerta con llave!

Mike desapareció hacia la otra parte de la habitación.

—¡Sigue cerrada, Jack! —gritó—. ¡Bien cerrada! No han podido abrirla.

Examinó atentamente los instrumentos colgados en la pared, pensando cuál de ellos pudo haber producido aquel sonido. Buscaba una cuerda que aún vibrara, pero no descubrió ninguna. Regresó junto a los demás, tan asustado como ellos.

—¡*Dong!*

—¡Sopla! —dijo Jack—. ¿Quién hará eso?

—No creo que lo haga nadie —respondió Dimmy, recogiendo sus tijeras, que se le habían vuelto a caer—. Supongo que uno o dos de estos instrumentos lo producen por sí solos. Acaso haga demasiado calor y esto les haga dilatarse o algo semejante.

—Parece que no se pueda pensar otra cosa —dijo Peggy—. Exceptuando...

—¿Exceptuando qué? —preguntó Jack cuando Peggy se detuvo.

—Exceptuando que... que hemos oído decir que aquí *ocurren cosas raras* —concluyó Peggy—. ¿Recordáis lo que nos contó la camarera del hotel? *Ruidos raros... ocurren cosas raras*.

—¡No digas eso! —protestó Nora—. Yo no lo creo. No quiero creerlo.

—¿Y no recordáis que dijo que los libros saltaban solos de las estanterías? —añadió Peggy—. ¡Oh Dios mío!, espero que las cosas no se pondrán a saltar.

—Bueno, niños, escuchadme —dijo Dimmy con voz repentinamente muy resuelta—. Esta conversación es ridícula y loca. No quiero oír hablar más de eso. ¡Qué tontería creer las historias fantásticas de aquella camarerita! ¡Que los libros saltan! ¡Eso son bobadas!

—Está bien, pero lo cierto es que nosotros hemos oído *ruidos raros* —insistió Peggy.

—En efecto, los hemos oído. Pero hemos decidido que se debía al calor que dilataba las cuerdas de algunos instrumentos y que por eso se producían estos sonos —dijo Dimmy.

—¡*Dong!*

—Sí, como ése —prosiguió Dimmy con firmeza cuando aquel curioso ruido se dejó oír de nuevo, procedente del otro lado de la habitación—. Aquí no hay nadie. La puerta está cerrada y, si los instrumentos se dilatan y producen ruidos porque hace calor, ¿qué importa eso?

—¡*Tuang!*

—Tienes razón, Dimmy —dijo Nora—. Si sólo se trata de ruidos como ése, no voy a tener miedo. Sigamos jugando.

Jack empezó de nuevo a repartir las cartas y los demás las recogieron, escuchando atentamente por si oían otro *tuang* o *dong*.

¡No se oyó ninguno más! Empezaron a olvidar todo aquello y se pusieron a jugar, armando mucho ruido. Dimmy los observaba y se alegró al ver que ya no sentían miedo. Pero ella sí que lo sentía.

¿Tendría ella razón al afirmar que aquellos ruidos eran naturales? Claro que sí. Miraba por la ventana. El sol se iba hundiendo lentamente.

—¡*Bang!* ¡*Bang!*

Todos dieron un brinco y la mayor parte de las cartas se cayeron al suelo. Dimmy se puso en pie. Pero ¿qué era aquello?

Desde el otro lado de la puerta se oyó una voz plañidera y asustada:

—Señorita Dimmy, les traemos la cena y no podemos abrir la puerta.

«¡Vaya! Era tan sólo Brimmy que había dado con los nudillos en la puerta», pensó Jack con gran alivio. Y corrió a abrirla. Brimmy esperaba con una gran bandeja en la mano. Detrás de ella estaban sus dos hermanas, con aspecto solemne y cargadas también con bandejas.

Nadie habló de por qué la puerta había sido cerrada. Todo ello les pareció de repente una tontería. A la vista de la apetitosa cena, los seis olvidaron por completo los *tuangs* y los *dongs* y, agradecidos, cogieron las bandejas y las depositaron sobre la mesa.

—¡Ajá! —exclamó Jack—. Una comida digna de un rey y seguramente también aprovechable para un príncipe. Dimmy, ¿estamos todos a punto? A la una, a las dos, a las tres: ¡al ataque!

CAPÍTULO XII

UN DESCUBRIMIENTO INTERESANTE

Era divertido meterse en la cama en aquella serie de tres habitaciones. Las puertas que las comunicaban se dejaron abiertas, de manera que los gritos pudieran correr fácilmente entre los tres chicos y las dos chicas.

Nadie sentía sueño. Cuando Jack y Mike se hubieron metido en la cama, las dos niñas y Paul fueron a sentarse sobre las camas de la habitación de en medio, para hablar con ellos. Naturalmente no tardó mucho en iniciarse una guerra de almohadas. Con chillidos y escándalo, la lucha llegó a su punto culminante. Incluso una silla salió volando y cayó con estrépito.

—Pronto se va a presentar aquí Dimmy si seguimos haciendo tanto ruido —dijo Mike jadeando—. Eres una bestia, Paul, has cogido mi almohada. ¡Devuélvemela!

—¡Pum! ¡Paf!

Risas y escándalo y pies descalzos correteando por la habitación y alguien acorralado en una esquina. Entonces Nora profirió un grito de angustia.

—¡Paul! ¡Vaya! Tu almohada ha salido por la ventana.

En seguida se detuvo la batalla. Paul parecía muy avergonzado, mientras Mike le reñía.

—¡Paul, eres un idiota! ¿Por qué has hecho eso?

—Se me ha escapado de la mano —explicó Paul, y se dirigió hacia la ventana. Se asomó tan afuera que Jack tuvo que cogerle por los pantalones de su pijama, temiendo que resbalara y siguiera el mismo camino de la almohada—. Ya la veo —dijo—. Está abajo, sobre la hierba. Voy a buscarla.

Corrió hacia la puerta de su habitación y la abrió. En aquel preciso momento, Dimmy avanzaba por el corredor. Le vio y le llamó.

—¡Paul! Deberías estar en la cama desde hace tiempo. ¿Qué estáis haciendo?

—Miraba afuera —respondió Paul—. ¿Vas a meterte en cama ahora, Dimmy?

—Sí. Ahora voy, pero antes de acostarme pasaré por aquí para asegurarme de que todos estáis durmiendo —aseguró Dimmy con firmeza—. Así es que si pensabais jugar al escondite o a atraparos por los pasillos del castillo, ya podéis abandonar la idea. Supongo que estabais haciendo guerra de almohadas o algo por el estilo. Estás rojo y acalorado.

—Hemos luchado un poquito —confirmó Paul sonriendo—. Buenas noches, Dimmy.

Cerró la puerta y se dirigió hacia los demás, que se habían deslizado en la cama en cuanto habían oído la voz de Dimmy.

—Era Dimmy —dijo Paul, sacando la cabeza por la puerta del cuarto de los chicos—. Se va a la cama, pero piensa darse una vuelta por aquí antes de irse a dormir. ¡Sopla! ¿Qué haré con mi almohada? No quisiera bajar ahora y exponerme a

que ella me atrape.

—Espera a que se haya marchado y yo te acompañaré —le recomendó—. Está ya muy oscuro. Cogemos nuestras linternas y nos deslizaremos cuando el peligro haya pasado. Métete en la cama ahora, por favor, porque luego también vendrá Ranni por aquí.

Mike tenía razón. Ranni compareció al cabo de unos cinco minutos y abrió silenciosamente la puerta del cuarto de Paul para asegurarse de que el niño estaba en cama y dormía. No se oía nada. Cuando Ranni encendió su linterna y dirigió la luz hacia la cama de Paul, vio en ella una rizada cabeza. Volvió a salir sin hacer ruido y cerró la puerta. Paul dejó escapar un suspiro de alivio.

Cuando por fin vino Dimmy, las dos niñas dormían profundamente y también Paul. Dimmy dijo un par de palabras a Mike y Jack, les dio las buenas noches y salió.

Mike se sentó en su cama.

—¡Paul! —llamó quedamente—. ¿Estás a punto?

¡No hubo respuesta! Paul estaba muy lejos, perdido en deliciosos sueños de torreones y castillos y pueblos en ruinas. Mike saltó de su cama e iba a despertarle cuando Jack le llamó.

—¡Déjale! Probablemente haría ruido y despertaría a Ranni. Iremos nosotros dos. ¿Tienes la linterna?

Sin molestarse en ponerse los batines, los dos muchachos se calzaron las zapatillas y salieron de la habitación llevando cada uno su linterna. La noche era tan cálida que sentían calor aun yendo en pijama. Se deslizaban a lo largo de los pasillos mal iluminados, encendiendo sólo sus linternas en los trechos más oscuros, que se encontraban entre las lámparas colocadas a largos intervalos.

—Mejor será que salgamos por la puerta de delante —susurró Mike—. Podríamos topar de narices con Brimmy o con una de las Lots si nos dirigiéramos hacia la cocina. Además, tampoco conocemos muy bien las otras salidas.

—¿Recuerdas cómo se abrió la puerta de delante sin que nadie la tocara cuando llegamos esta mañana? —murmuró Jack—. Lo había olvidado hasta este momento.

—Supongo que tuvo que ser una de las Lots —respondió Mike—. ¡Les va muy bien eso de esconderse tan pronto como han abierto la puerta! Ya hemos llegado. ¿Verdad que es enorme?

Corrieron el cerrojo de la gran puerta, esperando que nadie les oyese. Dieron vuelta a la gran llave y tiraron de la empuñadura. La puerta se abrió muy quedamente, girando con suavidad sobre sus goznes.

Los dos niños descendieron por la gran escalinata exterior.

—Hacia la derecha —dijo Jack en voz baja—. Mantengámonos junto a los muros y con seguridad llegaremos al lugar en que ha caído la almohada.

Los muros del castillo no habían sido construidos en línea recta, sino que se

arqueaban en raros dibujos, a veces redondeados, a veces cuadrados, como si el constructor hubiese planeado habitaciones de formas extrañas o torreones que no habían llegado a construirse.

—La almohada debe de estar por aquí —musitó Jack. Iluminó la hierba con el foco de su linterna. Luego miró hacia arriba, para intentar reconocer si estaban bajo las ventanas de sus dormitorios.

De repente, se asió al brazo de Mike y le susurró al oído:

—¡Mike, la torre está aquí delante! Mira, ¿ves tú lo mismo que yo veo?

Mike levantó la cabeza y vio la torre enormemente alta, que se recortaba sobre el oscuro cielo nocturno en que las estrellas lucían, produciendo una luz débil. Profirió una súbita exclamación.

—¡Las ventanas! ¡Están iluminadas! ¡Hay alguien en la torre!

Los dos chicos miraban hacia la elevada torre.

—Tres de las estrechas ventanas están iluminadas —murmuró Jack—. ¡Tres! Hay alguien muy ocupado ahí esta noche.

—Quizás ese individuo, Guy, esté desocupándola —opinó Mike—. Quiero decir que debe de estar llevándose lo que le pertenece.

—Me gustaría saber si se trata o no de ese hombre —dijo Jack mirando hacia lo alto y deseando con toda su alma poder examinar el interior a través de una de aquellas ventanas, aunque sólo fuera durante uno o dos minutos.

—Quedémonos aquí y observemos un rato. Es posible que el que está ahí se acerque a la ventana —propuso Mike. Por lo tanto, se sentaron en la hierba espesa y contemplaron las ventanas de la torre. Una vez vieron que alguien cruzaba ante la ventana, pero no lograron ver si se trataba o no de Guy.

Por fin se cansaron de mirar.

—Busquemos la almohada y vayámonos —dijo Jack levantándose. De pronto tuvo una idea y se cogió al brazo de Mike—. ¡Espera! ¿Qué te parece si nos deslizáramos hasta la pequeña habitación en que se encuentra la puerta de la torre y comprobásemos si ésta se encuentra abierta? Ahora sabemos que hay alguien en la torre.

—¡Sí! ¡Es una idea aplastante! —exclamó Mike muy excitado—. Incluso podemos subir algunos escalones sin hacer ruido y ver qué es lo que ocurre allí. ¡Vayamos ahora mismo!

Se dirigieron de nuevo a la puerta principal. Aún seguía abierta, de lo cual Jack se alegró mucho. No podía dejar de pensar que una puerta, que aparentemente podía abrirse sola, posiblemente también podía cerrarse por sí misma. Pero, de todos modos, allí estaba, entreabierta tal como ellos la habían dejado.

Entraron, cerraron la puerta y corrieron el cerrojo. A continuación avanzaron entre las armaduras y, por fin, alcanzaron la pequeña habitación de la puerta de la

torre. Hubieron de descender por el pasaje de las tapicerías para llegar hasta ella. El pasillo estaba iluminado por una linterna que colgaba de un clavo en la pared. Su luz era muy pobre y solo alcanzaba a producir temblorosas sombras. Nada más.

De todas formas, los chicos llevaban sus linternas y no se preocupaban por la poca luz que allí había. Dirigieron su luz hacia el lugar en que debería estar la puerta. El cofre seguía fuera de su lugar, tal como ellos lo habían dejado. La puerta alta y estrecha se divisaba claramente en mitad del muro.

Mike se dirigió de puntillas hacia ella y cogió la empuñadura. La movió con cuidado. Luego refunfuñó:

—¡De nada sirve! Sigue cerrada. ¡Sopla! Esta noche no hay aventura.

—Hemos sido unos tontos al esperar que estuviera abierta —dijo Jack—. Guy, ese individuo, no quiere correr el riesgo de ser descubierto en la torre. Estoy seguro de ello. ¡Se pondría furioso si supiera que hemos rondado por fuera y hemos visto las ventanas iluminadas!

—Bien, pues de nada nos vale permanecer aquí esperando —repuso Mike—. ¡Sopla, qué tipo! ¡Me gustaría más poder explorar esta torre que cualquier otra cosa en el mundo! ¿Por qué lo lleva tan secretamente? ¿Es que tiene algo aquí que no quiere que nadie vea? ¿Y por qué se encierra?

—Supongo que porque sabe que a estas horas ya debería haber abandonado el castillo —respondió Jack—. Pongamos alguna cosa contra la puerta, de manera que cuando la abra tenga que mover el obstáculo.

—¿Y de qué nos va a servir eso? —preguntó Mike.

—¡Para que sepa que rondamos por aquí! —sonrió Jack—. Así sabrá que sospechamos de él, sabrá que pensamos que hay alguien en la torre y que nosotros podremos ver si el obstáculo que hemos puesto se ha movido. Con toda seguridad, puede volver a colocarlo si sale por esta puerta, pero, cuando vuelva a entrar, no podrá hacerlo y nosotros lo encontraremos fuera de su sitio y sabremos que ha vuelto a subir a la torre.

—Está bien. Cogemos una alfombra del interior de uno de los cofres.

En efecto, cogieron una alfombra arrollada a lo largo y la depositaron junto a la puerta.

—El problema es si la puerta se abre hacia adentro, hacia la torre —dijo Jack—, y no hacia afuera, hacia esta habitación. Si es así, la alfombra no nos servirá de nada y podrá pasar por encima sin moverla.

—No, la puerta se abre hacia esta habitación —denegó Mike. Y señaló un semicírculo marcado sobre el suelo de piedra—. Mira cómo ha ido desgastando el suelo cada vez que ha sido abierta.

—Sí, tienes razón —repuso Jack, apretando fuertemente la alfombra contra la puerta. Bostezó—. ¡Vaya, qué sueño tengo! Volvamos a la cama. ¿Tienes la

almohada?

—Sí —asintió Mike recogiendo la almohada del suelo—. La almohada de Paul nos ha permitido cerciorarnos de que la torre está ocupada.

Regresaron a sus habitaciones, mirando en todas direcciones por si veían a Ranni, quien, por regla general, se levantaba varias veces durante la noche para asegurarse de que su joven señor estaba sano y salvo. No querían toparse de narices con él.

Las niñas y Paul seguían durmiendo. Mike depositó la almohada de Paul a los pies de la cama de éste y luego él y Jack se metieron entre sus sábanas con gran placer.

—Buenas noches —dijo Jack—. Mañana preguntaremos a Brimmy respecto a la torre y veremos qué dice.

No hubo respuesta. ¡Mike ya estaba dormido!

CAPÍTULO XIII

JACK OYE MUCHAS COSAS

A la mañana siguiente, los dos chicos contaron a los otros todo lo referente a las ventanas iluminadas de la torre. Las niñas se rieron cuando oyeron lo de la alfombra que los chicos habían colocado delante de la puerta.

—Iremos inmediatamente después del desayuno a la habitación cuadrada — decidieron—, y veremos si sigue allí.

¡Pero la alfombra había desaparecido! La puerta seguía cerrada. Mike escudriñó por toda la habitación.

Al salir de la torre, Guy ha descubierto la alfombra y la ha guardado en algún sitio. No se ha molestado en volver a colocarla. No le preocupa que sospechemos de él...

Jack estaba abriendo los armarios y miraba en su interior.

—¡Aquí está! —gritó por fin—. La han metido aquí, pero sigue arrollada a lo largo.

—Por lo menos ahora sabe que seguimos sus pasos —dijo Nora, emocionada.

—Eso quisiéramos —dijo Jack—. Mientras siga entrando y saliendo de la torre sin que nadie lo vea y mientras mantenga la puerta cerrada, no podremos saber nada.

—Podemos preguntárselo a Brimmy —propuso Nora—. Está fregando y limpiando las habitaciones de abajo. La he visto cuando veníamos hacia aquí. Vayamos a preguntárselo.

Se encaminaron hacia donde se encontraba Brimmy.

Estaba de rodillas y frotaba vigorosamente el suelo. Su cara aparecía enrojecida.

—Oye, Brimmy —empezó a decir Mike—, la puerta de la torre sigue cerrada. ¿Dónde está la llave?

Brimmy, que aparentaba un gran nerviosismo, se apartó unas greñas que caían sobre su cara.

—¿La llave? —repitió—. Me parece que sigue perdida.

—No es cierto —rechazó Jack—. Alguien ha entrado y salido por la puerta de la torre. Así es que estamos seguros de que tiene que haber una llave.

—Bueno, es posible que haya aparecido —dijo Brimmy, poniéndose de nuevo a frotar el suelo vigorosamente—. Hay... hay cosas en la torre que se han de retirar antes de que venga la reina.

—¿Qué cosas? —preguntó Jack, decidido a averiguar algo—. ¿Son cosas que pertenecen al señor de Luna? ¿Objetos de mucho valor? ¿A eso obedece el que estén cerradas?

—Quizá —contestó Brimmy, que parecía preocupada, al mismo tiempo que nerviosa—. Hay cosas de las cuales no quiero hablar, así es que, por favor, no me pregunten tanto. Ustedes sólo alquilan el castillo. ¡No lo han comprado! Todo estará

abierto, limpio y a punto para cuando venga la reina la semana que viene. Ustedes no necesitan la torre y es un lugar peligroso para los niños.

—¿Por qué? —preguntó Nora.

—¡Oh, cuántas preguntas! —se lamentó Brimmy. Apartó de nuevo los mechones que la molestaban. Semejaba realmente estar muy cansada—. ¿Me dejarán ustedes seguir con mi trabajo o debo quejarme a la señorita Dimmity? Estoy segura de que ella no les permitiría subir a la torre por temor a que pudieran caerse de alguna de esas ventanas. Son muy peligrosas.

En aquel momento apareció Ranni en la puerta.

—La señorita Dimmity va a ir en coche a Bolingblow para hacer unos recados —dijo—. ¿Les gustaría venir también?

—¡Sí! —contestaron todos a la vez. Y salieron de la habitación, lo cual alivió mucho a la señora Brimming.

—Oye, yo no pienso acompañaros —comunicó Jack a Mike tan pronto como se vieron fuera del alcance del oído de la señora Brimming—. Cuando todos os hayáis ido, yo me esconderé por aquí. Me imagino que Brimmy irá a prevenir a Guy en cuanto crea que estamos fuera. Acaso entonces me entere de algo.

—Está bien —asintió Mike—. Pensaremos en ti mientras estemos comiendo grandes helados.

Jack se ocultó en su habitación mientras los otros partían. Cuando todos se hubieron marchado, salió cautelosamente al largo corredor al que daba su habitación. No había nadie. Decidió bajar por una de las escaleras de detrás. Era posible que oyese a Brimmy comunicar alguna cosa a las dos señoritas Lots.

La escalera conducía a lo que parecían ser dormitorios de servicio en la planta baja. No se oía nada. Jack pasó por delante de las puertas abiertas de los dormitorios y descendió por un pasillo que no estaba alfombrado. Se sentía satisfecho de llevar suelas de goma.

Dobló una esquina y llegó a la entrada de una de las cocinas. ¡Y entonces oyó voces! Se detuvo junto a la puerta entreabierta, intentando reconocer si aquellas voces pertenecían a las mujeres.

Sí, con toda seguridad se trataba de voces femeninas, preocupadas y llenas de ansiedad. De pronto, se oyó una voz de hombre fuerte y como enfadada.

—¡Pues no puedo! No estará acabado hasta dentro de unos días. No hay más remedio. Tendrán que inventar las excusas que quieran. Ha sido culpa de usted por haber desobedecido las órdenes y haber dejado entrar a la gente a visitar este lugar. La torre seguirá cerrada. Eso se lo aseguro yo. Así es que ya puede ir inventando el pretexto que quiera. ¡Usted no sabe lo que ha hecho dejando entrar en el castillo a esa gente precisamente en este momento...! Luego Jack oyó pasos furiosos sobre el suelo de la cocina, pasos que sonaban tan violentos y firmes como la propia voz. El niño se

deslizó rápidamente detrás de un armario.

Un hombre subió por las escaleras traseras por las que había venido Jack. Éste lo examinó con precaución. ¿Sería aquél Guy? Sí, lo era, estaba seguro. Jack deliberaba consigo mismo. ¿Debía seguirle y ver si volvía a la torre? En este caso quizás incluso pudiera ver dónde guardaba la llave... No, sin duda la guardaba en un lugar seguro, como por ejemplo su bolsillo. Aquello no serviría de nada.

Además, Jack decidió que sería una locura seguir a aquel hombre, dado lo furioso que estaba. Permaneció donde se encontraba durante un par de minutos y luego salió de su escondite. Entró en la gran cocina. Brimmy estaba en un extremo, barriendo. Y las dos señoritas Lots habían quedado de pie, muy pensativas. Brimmy se sobresaltó cuando descubrió a Jack.

—¡Creí que se había ido! ¿O es que ya han regresado?

—Yo no me he ido —respondió Jack—. Pero ¿qué le pasa, señora Brimming? ¿Por qué llora usted?

—¡Oh! Tengo dolor de cabeza, eso es todo —dijo la señora Brimming secándose los ojos—. ¿Quiere usted algo con que distraerse? ¿Por qué no va a escuchar la caja de música que toca cien tonadas diferentes? ¿O por qué no va a escudriñar la librería?

Jack comprendió que querían librarse de él. Quizás ella temía que le hiciera preguntas indiscretas. El muchacho cambió de tema.

—¿Sabe usted algo acerca del pueblo en ruinas? —preguntó—. Hemos pensado ir algún día hasta allí y explorarlo. ¿Por qué lo abandonó todo el mundo?

Siguió un silencio mortal. Jack observó con sorpresa a las tres mujeres. ¡Parecía que no fuesen capaces de contestar nada a aquello!

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack—. ¿Hay algún misterio con respecto a ese pueblo?

—No, claro que no —repuso la señorita Edie Lots de repente con voz muy segura—. En otro tiempo había minas en él, minas de estaño, creo. Luego algo ocurrió y las abandonaron y sus habitantes se refugiaron en Bolingblow. Ésa es la causa de que esté tan abandonado, completamente en ruinas. Es un lugar horrible y solitario, un lugar al cual nadie que estuviese cuerdo se acercaría, sobre todo por la noche.

—Ya veo —dijo Jack—. ¡Todo eso parece muy interesante! Bueno, será necesario que vayamos a explorarlo.

—Esas minas abandonadas son peligrosas —intervino Brimmy de pronto haciendo oír su temblorosa voz—. Si os caéis por un pozo, sería vuestra muerte.

—No seremos tan tontos —rechazó Jack, que no podía comprender por qué las tres mujeres estaban tan preocupadas. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Qué estaba haciendo aquel individuo, Guy? ¡Si al menos pudiese entrar en aquella torre...!

—Voy a buscar la caja de música —resolvió Jack, pensando que sería divertido cogerla y tenerla preparada para cuando regresaran los otros—. ¿Dónde está?

—Se la enseñaré —dijo la señorita Edie Lots con su áspera y fuerte voz. Le guió y pronto Jack se encontró en el vestíbulo. Luego descendieron por uno de los pasillos que conducían a las habitaciones próximas a su cuarto de estar.

—Ayer ocurrió una cosa extraña —dijo mientras seguía a la señorita Lots—. Ya sabe usted que hay una colección de instrumentos de música colgados de las paredes de la habitación que hemos elegido como cuarto de estar. Bien, pues de repente se pusieron a tocar. ¡*Tuang!*

¡*Dong!* ¡Así mismo! Qué raro, ¿verdad? ¿Los ha oído usted alguna vez?

La señorita Edie se volvió hacia él y Jack se sorprendió al ver la expresión de terror de su rostro.

—¿Los han oído? —dijo en un susurro—. ¡No! ¡No! ¿Qué cosas horribles ocurrirán ahora?

—¡Qué sé yo! —replicó Jack cortésmente—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué han de ocurrir cosas terribles cuando se ha oído *tuang* y *dong*?

—Eso dice la leyenda —explicó la señorita Edie mirando por encima de su espalda, como si estuviese esperando oír un *tuang* o un *dong* en cualquier momento—. Cuando suenan esos instrumentos siempre ocurre algo terrible.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Jack con gran interés—. ¿Espera usted acaso que el castillo caiga en ruinas o que la torre haga explosión?

—Hay una leyenda escrita en uno de los viejos libros que se encuentran en la librería. Según ella, nadie, excepto la familia de Luna, puede vivir aquí en paz —dijo la señorita Edie—. Asegura que el espíritu del viejo castillo se enfada y se inquieta cuando hay aquí gente extraña y que entonces ocurren cosas raras.

—Yo no creo una palabra —afirmó Jack—. ¡Las creencias de ese tipo pertenecen a otros tiempos, no a nuestros días! ¡No podrá usted asustarme de este modo, señorita Lots!

—No intento asustarle —replicó la señorita Edie, olvidándose de hablar en voz baja a causa de la preocupación que le causaba aquel muchacho descreído—. Yo he vivido aquí toda mi vida. Sé que lo que estoy diciendo es cierto. He visto cómo ocurrían cosas horribles a los que venían aquí y desafiaban la vieja leyenda. Podría contarle muchas historias de gente que...

—Guárdelas para cuando regresen los otros y entonces podrá contárnoslas —dijo Jack—. Nos gustará mucho oír esas viejas historias absurdas. Nos gusta reírnos.

La señorita Edie le miró con enfado. No podía soportar a aquel niño sonriente, que no creía en nada de lo que ella afirmaba. La mayor parte de las personas se aterrorizaban. Bajó el tono de su voz.

—El espíritu del viejo castillo vuelve a mostrarse inquieto —dijo con un tono que sonaba verdaderamente misterioso—. ¡Lo noto! No me extraña que se vuelvan a oír ruidos. Ahora ocurrirán otras cosas. Siempre sucede así,

—¡Esto es aplastante! —exclamó Jack, que aparentaba sentirse muy divertido—. ¿Qué clase de cosas? Estoy seguro de que los demás se emocionarán cuando oigan todo esto.

La señorita Edie ya estaba harta de Jack.

—No voy a contarles cosas para que ustedes se burlen —dijo en tono desagradable—. Mejor será que esperen y vean lo que ocurre. ¡Pero pueden estar seguros de que mis palabras se realizarán! Siempre se inician con estos ruidos, que son una advertencia, no cabe duda.

—No cabe duda —asintió Jack muy animado—. Es muy amable por parte de los espíritus de este viejo castillo el advertirnos de un modo tan emocionante. ¿Dónde está, pues, la caja de música? Me gustará ponerla en marcha, si no tiene reparo en ello el espíritu del castillo.

CAPÍTULO XIV TODO ES MUY EXTRAÑO

La señorita Edie le condujo a una habitación muy oscura, a causa de que daba hacia la parte trasera del castillo y estaba orientada en dirección a la colina y no hacia el amplio valle.

—¿Quiere usted una luz? —preguntó en tono enfadado—. Si lo desea, la encontrará allí. Al lado hay una caja de cerillas.

—No, muchas gracias —contestó Jack—. ¿Es ésta la caja de música? ¡Qué enorme y qué hermosa!

Se dirigió hacia una gran caja de madera. Tenía un metro aproximadamente de longitud y unos dos palmos de altura y estaba colocada sobre un pedestal. Ambas cosas, la caja y el pedestal, estaban hechas de madera de nogal y aparecían bellamente trabajadas. A lo largo de la caja había pequeñas figuras de bailarines, lo mismo que en el pedestal. El trabajo había sido llevado a cabo por una mano sabia y amorosa.

—¿Cómo se pone en marcha? —preguntó Jack levantando la tapa y mirando al interior, donde se veían relucientes tiras de metal por debajo de millares de finos dientes.

No hubo respuesta y Jack miró a su alrededor. ¡La señorita Edie se había retirado sin decir palabra! Jack sonrió. ¿Creía ella en realidad que podía asustarle con aquellos antiguos y absurdos cuentos? Hubiese deseado que los otros estuvieran allí para oír todo aquello.

«¿Cómo funcionará esta caja? —pensó inclinándose sobre ella—. ¡Ah!, aquí están las instrucciones clavadas en la tapa. Se le tiene que dar cuerda. ¿Quién la construiría? ¡Debe de ser muy antigua!».

La abrió cuidadosamente y movió la palanca que la hacía funcionar. El rodillo empezó a moverse lentamente y la caja de música emitió un antiguo aire muy alegre.

La música suave y dulce llenó la habitación y Jack la escuchó embelesado. De aquellas tonadas que se sucedían unas a otras, todas diferentes entre sí, se desprendía como un encantamiento. El niño conocía algunas de ellas, pero otras no las había oído jamás.

Un ruido le distrajo. Miró alrededor de la habitación, que era sombría y en la cual parecía no haber penetrado nunca el sol. Vio que era aquella misma habitación en que se encontraba el retrato de un antepasado muy remoto del señor de Luna, colocado sobre el marco de la chimenea. La cara que le miraba era sombría y su mirada parecía prohibirle todo. Los ojos miraban fijamente a Jack, muy enfadados y feroces.

—Dispéñeme si le molesto, señor de Luna —dijo Jack muy cortésmente, dirigiéndose al retrato mientras una nueva tonadilla se iniciaba—. ¡Por favor, no me mire con ese ceño!

A través del son de la música, Jack oyó de nuevo aquel ruido extraño. Parecía provenir del manto de la chimenea. ¿Sería un siseo?

Jack se encaminó hacia el inmenso hogar. Escuchó. Luego dirigió su mirada al gran retrato colgado sobre su cabeza. El señor de Luna miraba a aquel muchacho como si pudiera decirle muchas cosas, echándole en cara que turbase la paz de aquel lugar.

Luego ocurrió una cosa rara. Los ojos del señor de Luna cobraron vida de pronto. Brillaban enfurecidos y aparentaban lanzar miradas de cólera. Entonces de nuevo se oyó el siseo.

Jack se echó hacia atrás. No era un muchacho tímido.

Al contrario, siempre había sido bastante valiente. Pero aquello resultaba muy inesperado y parecía cosa de magia, en aquel lugar tan oscuro y con la vieja caja de música tocando.

Tropezó con una silla y cayó sentado sobre ella. Cuando se levantó, miró de nuevo hacia el retrato. Pero los ojos ya no lucían, a pesar de que el señor de Luna seguía teniendo un aspecto muy desagradable.

Jack alzó la cabeza. Estaba muy sorprendido al sentir tan fuertes los latidos de su corazón. ¿Es que había soñado que aquellos ojos tenían vida? ¿O se trataba de algún juego de la luz sobre el retrato? El siseo también había dejado de oírse. Con el ceño fruncido, Jack se dirigió de nuevo hacia la caja de música. De repente, por encima del hombro, dirigió su mirada hacia el retrato. ¿Estarían de nuevo mirándole aquellos ojos llenos de ira y enfado?

Le estaban mirando, en efecto, mas en ellos ya no había aquella sensación de vida. «¡Lo he soñado! —se dijo Jack a sí mismo—. Si éste es el efecto que este castillo va a producir sobre mí, tendré que cuidarme. ¡Hubiera jurado que los ojos han tenido vida durante un momento!».

La caja de música seguía tocando, pero la música era cada vez más lenta. Cuando se detuvo, Jack volvió a darle cuerda. De súbito, oyó que una voz le llamaba.

—¡Jack! ¡Jack! ¿Dónde estás?

Se sobresaltó, pero luego se rió de sí mismo. ¡Era la voz de Mike! Ya habían regresado de Bolingblow...

Salió corriendo de la habitación y se dirigió al encuentro de sus compañeros.

—¡Aquí está! —gritó la voz de Nora, y corrió a su encuentro—. ¡Jack, hubieras tenido que venir con nosotros! Hemos comido merengues y helados. Te hemos traído un merengue. Aquí lo tienes.

La niña se lo dio. El muchacho entró en la habitación en forma de ele donde se hallaban reunidos los otros. Allí estaba también Dimmy y todos la ayudaban a deshacer los paquetes que habían traído.

—¿Y tú qué has hecho, Jack? —preguntó Dimmy—. ¡Debías de haber venido con

nosotros!

—He estado escuchando la caja de música que toca cien aires distintos —dijo Jack—. Está guardada en la sala donde se encuentra el retrato de un antepasado del señor de Luna que tiene unos ojos horribles.

Algo había en su tono de voz que hizo que Mike le mirara.

—¿Ha ocurrido algo interesante? —le preguntó.

Jack respondió que sí con la cabeza, señalando a Dimmy, y Mike comprendió en el acto que Jack tenía algo interesante que contar, pero que no lo haría hasta que se quedasen solos. Por fortuna, Dimmy salió de la habitación con los brazos llenos de paquetes y dejó a los niños a sus anchas.

—¡Jack, tienes algo que contarnos! —le apremió Mike—. ¿Qué es? ¿Has oído algo? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. He oído muchas cosas y ha ocurrido algo —repuso Jack—. ¡Escuchadme!

Y relató a los demás lo que había oído decir a Guy, a su madre y a sus tías. También les contó lo que la señorita Edie le había dicho respecto a la vieja leyenda del espíritu del castillo. Todos se rieron.

—Es curioso que intenten hacernos creer que el *tuang* y *dong* se oyen a causa de que el castillo está enfadado porque nosotros estamos aquí —dijo Mike—. ¡Qué idiotez!

—¡*Tuang!*

Siguió un silencio lleno de espanto. El sonido retumbó por el aire y luego se desvaneció.

—¡Hum! La cosa ha sucedido en el momento más oportuno —dijo Jack al notar que Nora y Paul parecían asustados—. Pues bien, espíritu del castillo, ¿por qué no haces ahora un *dong*?

—¡Oh, no, Jack! —protestó Nora con ansiedad.

Pero no hubo ningún *dong*.

—El espíritu del castillo se ha vuelto un poco sordo —dijo Jack bromeando—. No ha escuchado mi ruego.

—¡*Tuang!*

Todos brincaron de nuevo. Jack corrió alrededor de la habitación, examinando atentamente todos los instrumentos de música. En ninguno encontró una cuerda que todavía vibrara y que pudiese indicar que alguien la había tocado.

Jack se reunió de nuevo con los demás. De repente, recordó los ojos centelleantes del retrato. De nuevo miró a Nora y a Paul. Los dos parecían estar algo asustados, así es que Jack decidió no decir nada del retrato delante de ellos. Se lo diría a Mike, y quizá también a Peggy, cuando se hallara a solas con ellos.

—¿Dónde está la caja de música? —preguntó Nora—. Vayamos a oírla.

Pero era demasiado tarde para hacer esto, porque en aquel momento aparecieron

las dos señoritas Lots con la comida del mediodía. Acto seguido se presentó asimismo Dimmy.

—¡Oh, muchas gracias! —dijo—. Pongan ustedes aquí las bandejas y nosotros prepararemos la mesa como de costumbre. ¡Qué comida tan magnífica!

Los merengues y los helados no parecían haber estropeado el buen apetito de todos ellos. Los niños examinaron con placer las bandejas y levantaron las tapaderas que recubrían los diversos manjares.

—Jamón frío, lengua, tomates... fijaos, muchos tomates. Huevos duros en la ensalada, patatas con piel y un enorme pastel recubierto de cerezas.

—No toquéis más las tapaderas —ordenó Dimmy—. Vosotras, niñas, venid a ayudarme. Vamos a poner la mesa. Vosotros, Mike y Paul, traeréis las bandejas cuando hayamos extendido el mantel.

Pronto pudieron sentarse a la mesa y comenzaron a comer con apetito. Dimmy siempre quedaba maravillada al ver lo que los cinco niños eran capaces de engullir. Al parecer, se creían en la obligación de no dejar ni una miga.

—Si alguien quiere bizcochos o fruta, los encontraréis en el armario lateral —dijo Dimmy al acabar la comida.

Sólo Mike era aún capaz de comer algo y se dirigió a buscar una ciruela. Mientras la cogía, uno de aquellos ruidos que ya empezaban a serles familiares sonó en alguna parte detrás de él.

—¡*Dong!*

—Ya tienes el *dong* que querías —gritó Mike a Jack, mirando rápidamente hacia todos los instrumentos que colgaban de la pared. Cogió la ciruela y regresó junto a los demás. Nadie dijo nada del ruido, ni siquiera Dimmy, y la animada conversación prosiguió como de costumbre.

—¡*Crash!*

Esto les hizo saltar a todos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dimmy—. Ha sonado al otro lado de la habitación, donde están los instrumentos.

Se dirigieron allí en grupo para examinarlos. Un gran jarrón azul yacía en el suelo, hecho trizas.

—¡Mirad eso! —exclamó Dimmy excitada—. Se ha caído de la estantería. Pero ¿cómo ha podido ocurrir eso? ¡Qué lástima!

—Es buena cosa que estés aquí con nosotros, Dimmy —dijo Mike—. Podías haber pensado que uno de nosotros lo había roto. Tendremos que decírselo a la señora Brimming. No sé qué pudo hacer caer así este jarrón. Sin duda estaba colocado demasiado próximo al borde.

Jack recordaba todo lo que la señorita Edie Lots le había dicho y se sentía un poco intranquilo. Regresaron al rincón de la ventana donde habían comido. Las niñas

empezaron a recoger la mesa y colocaron los platos sucios y las fuentes vacías en las bandejas para que cuando vinieran las guardianas se las llevaran.

Al poco rato apareció la señorita Edie Lots, seguida por la señora Brimming. Miraron con gran susto el jarrón roto. Los fragmentos yacían aún sobre la alfombra, porque no tenían escoba para recogerlos.

—No sé cómo ha podido ocurrir esto —dijo Dimmy— pero hemos oído un ruido raro y, cuando nos hemos acercado a esta parte de la habitación, hemos encontrado el jarrón roto. Debió de haber quedado demasiado cerca del borde de la estantería y ha resbalado.

—Estaba muy bien colocado en el interior de la estantería —repuso la señorita Edie—. Yo misma he limpiado el polvo de la habitación esta mañana.

—Pues lo siento mucho, pero ninguno de nosotros tiene nada que ver con esto —afirmó Dimmy—. No imagino cómo ha podido ocurrir.

—¡Esto no es más que el principio! —exclamó Edie Lots en un tono de voz tan raro que hizo que todo el mundo la mirara con sorpresa.

—¿El principio de qué? —preguntó Dimmy.

—De toda clase de cosas —respondió Edie—. Mejor será que se vayan ustedes antes de que suceda lo peor. La vieja leyenda vuelve a resultar cierta. Pregúntenle a él lo que yo le he dicho. —Y con la cabeza señaló hacia Jack—. Ya le he dicho que esto es sólo el principio. Ustedes no tenían que haber venido a este castillo. ¡Ahora pasarán cosas malas!

—Por favor, no sea usted tan tonta —le dijo Dimmy con frialdad—. No sé de qué está usted hablando. ¡Recojan las bandejas y márchense!

CAPÍTULO XV EL PUEBLO EN RUINAS

La señora Brimming parecía trastornada. Edie Lots, por su parte, cerró la boca y apretó los labios con expresión de enfado. Dimmy se volvió a los niños.

—Voy arriba a descansar un rato. Hace mucho calor esta tarde. ¿Qué haréis vosotros? ¿Saldréis de paseo?

—Pues... quizá vayamos a explorar el pueblo en ruinas —dijo Mike—. Esta mañana hemos pasado de nuevo por delante del cruce y pensamos que verdaderamente nos gustará ir a verlo pronto.

Edie Lots le miró y abrió la boca para decir algo. Dimmy la vio y comprendió que no debía permitirle hablar de nuevo... ¡Decía tantas tonterías! Así, pues, empezó a hablar ella y siguió hablando hasta que las bandejas desaparecieron de la habitación y con ellas Brimmy y Edie.

Edie no tuvo oportunidad para decir lo que había pensado..., aunque Jack creía que le sería fácil adivinarlo. Seguramente hubiera intentado disuadirles de ir a las minas.

—Ahora me voy arriba —dijo Dimmy—. No os vayáis de paseo hasta dentro de media hora, es decir, no salgáis inmediatamente después de haber comido tanto. Quedaos a leer un rato.

—Vayamos a escuchar la caja de música, Jack —pidió Nora—. ¡Me gustan tanto esas cajitas musicales! ¿Es verdad que toca cien tonadas diferentes?

—Pues yo sólo he tenido tiempo de contar treinta y tres. En aquel momento me llamasteis vosotros —respondió Jack—. Está bien, iremos y contaremos unas cuantas más. Es una caja muy hermosa... La mejor que yo he visto y oído en mi vida.

Se dirigieron hacia la habitación oscura en que estaba el retrato. Jack le miró temiendo ver aquellos ojos centelleantes. Pero aparecían como siempre, mirando con dureza y enojo. Los niños se dirigieron a la caja de música.

Jack la puso en marcha. La música argentina empezó a sonar y los niños la escucharon embelesados. Cuando estaba acabando la tonada, Dimmy entró corriendo en la habitación.

—¿Alguno de vosotros ha estado en mi cuarto? ¡Es imposible que me hayáis gastado una broma tan tonta!

Los cinco la miraron muy extrañados.

—¿Qué broma? —preguntó por fin Jack—. Ya sabes que no hemos subido desde la hora de la comida, Dimmy.

—Pues entonces es muy extraño —dijo Dimmy, frunciendo el ceño.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jack.

—Toda la habitación está cambiada —contestó Dimmy—. La cama está en un lugar diferente. Mis ropas han sido colocadas en distintos cajones. Las fotografías

que he traído conmigo han aparecido caídas en el suelo, boca abajo, y uno de los jarrones que adornaba la estantería se ha caído y se ha roto en mil pedazos.

—¡Igual que el otro! —exclamó Mike—. Pero, Dimmy, ¿quién ha podido hacer una cosa tan tonta en tu dormitorio? ¡También en tu dormitorio! Ninguno de nosotros hubiéramos hecho tal cosa.

—No, yo también pienso que no —respondió Dimmy—. Esto ha sido hecho por odio, seguramente... ¡No puedo entenderlo! No puedo imaginar que una de las guardianas lo haya hecho. Son mujeres adultas y esto es un acto tan tonto y lleno de odio que no puedo imaginar que lo hubieran podido realizar sólo porque les damos un poco más de trabajo.

Dimmy salió de la habitación. Los niños se miraron unos a otros.

—¡Pobre Dimmy! —dijo Peggy—. No puede imaginar que exista alguien que sienta odio hacia ella. ¡Es tan buena!

—Estoy seguro de que lo ha hecho Guy —opinó Paul—, o el espíritu del castillo, sea quien sea. Pero es un personaje desagradable si se divierte rompiendo los jarrones del señor de Luna.

La caja de música seguía tocando.

—¿Se ha acordado alguien de contar las canciones? —preguntó Jack—. A mí se me ha olvidado.

—Yo lo he hecho —contestó Peggy—. Ahora vamos por la cuarenta y una. ¡Oh, fijaos, ahora toca *Cherry Ripe*! La cantamos en el colegio el trimestre pasado. Es una canción muy antigua.

Todos estaban escuchando la canción de *Cherry Ripe* cuando Jack oyó un ruido sobre la chimenea. Era un siseo lejano, como el que había oído antes. Miró hacia allí con inquietud.

También Mike y Paul lo habían oído, pero las niñas estaban demasiado ensimismadas con la caja de música. De súbito, Paul lanzó un grito que les hizo dar un salto a todos.

—Cállate, Paul —dijo Nora, enfadada—. Casi me has matado del susto.

Paul estaba mirando el retrato. Lo mismo hacían Mike y Jack.

—¡Sus ojos! —balbuceó Paul—. ¡Están vivos! ¡Me miraban!

Nora y Peggy miraron también al retrato.

—No seas tonto —le riñó Peggy—. ¡Estás inventando cosas! Sus ojos son horribles, pero son ojos pintados, qué sólo parecen estarte mirando. No seas burro, Paul.

—¡*Crash!*

Un cuadro se cayó de la pared en que estaba colgado a espaldas de los niños, y éstos se sobresaltaron de nuevo. Jack miró hacia atrás, luego se acercó al cuadro y examinó la cuerda que lo había sostenido. En seguida se dio cuenta de que los cabos

se habían roto porque estaban desgastados.

—¡Está bien! —dijo simulando despreocupación—. No tiene nada que ver con la mirada del señor de Luna... El cordón se ha ido desgastando.

—Esto no me gusta —dijo Paul, que se había puesto pálido—. Yo he visto muy bien que sus ojos relucían como si estuvieran vivos. ¿No lo has visto tú, Mike? Tú también lo estabas mirando.

Jack hizo una rápida seña a Mike. No quería que éste hablara delante de las niñas, las cuales no habían visto aquellos ojos cuando parecían vivos.

Por lo tanto, Mike no contestó a Paul. En cambio, propuso salir a dar el paseo que habían planeado.

—Esta habitación me pone nervioso —dijo—. No puedo soportar a ese tío, a ese señor de Luna que nos está mirando, ni esos cuadros que se caen de las paredes. Detén la caja de música, Jack, y salgamos.

—Hemos llegado a cuarenta y tres canciones —anunció Peggy—. ¡Escuchad! ¿Qué es ese siseo?

Esta vez todos lo habían oído, porque ahora la caja de música estaba en silencio. Jack no permitió que las niñas se enteraran de lo que seguía al siseo y les hizo abandonar la habitación.

—No es nada. Vámonos ya. Si no lo hacemos, no tendremos tiempo de llegar al pueblo en ruinas.

Las niñas obedecieron dócilmente. Jack miró hacia atrás, al interior de la habitación. Sí, aquellos ojos tenían de nuevo una expresión de vida. ¿Qué truco era aquél? Desde luego, debía de ser un truco muy peculiar.

Se dirigieron hacia la puerta principal y salieron hacia la luz del sol, que les hería los ojos en contraste con la oscuridad de la habitación. Ranni estaba afuera, cuidando de su coche.

—¡Ranni! ¡Qué suerte encontrarte aquí con el coche! —exclamó Paul. Y volviéndose hacia Jack, le dijo alegremente—: Podría llevarnos hasta el cruce de caminos con el coche. Esto nos hará ganar mucho tiempo. Luego tendremos que andar solamente el trecho del desvío que conduce hasta el pueblo. ¡Hace tanto calor esta tarde!

—Es una buena idea —asintió Jack.

Y todos subieron al coche. Ranni los llevó de buen grado. Se aburría porque tenía pocas ocupaciones. El coche descendió veloz por la avenida y salió al camino. Al cabo de un segundo, habían descendido la colina y llegaban al cruce.

—Yo esperaré aquí —resolvió Ranni—. Seguiré limpiando el coche mientras os espero.

Los cinco subieron por el camino empinado y polvoriento. Nunca había sido nada más que un sendero, pero ahora estaba tan descuidado y lleno de hierba que en

algunos sitios parecía un campo. Solamente los bordes, que aún seguían marcados a cada lado, indicaban a los niños que se encontraban en un antiguo camino.

Emplearon un cuarto de hora en llegar hasta el pueblo. ¡Qué visión más desoladora!

Todas las casas aparecían vacías, las ventanas estaban rotas y los tejados mostraban grandes agujeros de los cuales habían huido las tejas. Algunas de las casas tenían tejados de paja y en ellos se veían también grandes boquetes.

—Ésta fue sin duda la calle principal —dijo Jack deteniéndose—. ¿Será esto una capilla? ¡Qué vergüenza dejarla arruinarse así!

—¡Qué silencioso y quieto está todo! —exclamó Nora—. ¡Pobre pueblo solitario! Nadie pasea por sus calles, ni da portazos, ni grita alegremente.

—¿Qué es aquello? —preguntó Mike señalando con el dedo—. Un montón de escombros de tejados y muros. Y aquello parecen restos de maquinaria vieja.

—Debió de pertenecer a las minas —dijo Jack—. ¿No recordáis que nos dijeron que había minas aquí? Supongo que se agotarían. Eran minas de estaño.

Nadie sabía nada respecto a minas de estaño. Se dirigieron hacia unos ruinosos barracones y examinaron detenidamente los restos de maquinaria. Llegaron a un pozo que se hundía profundamente en el suelo. Jack miró hacia el fondo.

—Ved, por aquí descendían los mineros —dijo—. Aquí cerca hay otra entrada, que es todavía mayor.

—¡Descendamos nosotros también! —propuso Mike.

Esto era, naturalmente, lo que Jack deseaba hacer.

—Las niñas no pueden bajar —dijo—. ¿Quieres venir también, Paul, o prefieres quedarte aquí para cuidar de las niñas?

—¡Me parece que pueden cuidarse solas! —respondió Paul con enfado—. O volverse junto a Ranni. A lo mejor prefieren descender.

—No, yo no lo prefiero —dijo Nora—. Eso está muy oscuro y me da miedo. ¿Cómo bajaréis?

—Hay una escalera de hierro —dijo Mike, que miraba hacia abajo—. ¡Caramba! Está muy desgastada. No sé si será segura...

—¡Ésta está mejor! —gritó Jack, que se había acercado a observar el pozo mayor, que se encontraba allí cerca—. Está mucho más nueva, me parece. Intentaremos descender por ella. Yo bajaré primero.

Montó sobre el borde del pozo. Los demás le miraban con excitación. ¡Minas de estaño! ¿Qué se puede encontrar en las minas de estaño? Nora tenía la vaga imagen de planchas de estaño pegadas por todas partes, lo cual naturalmente era muy tonto. Mike pensaba en rocas que tuvieran vetas de estaño.

Jack les llamó cuando estaba a medio camino.

—La escalera se conserva muy bien. ¡Descended, Mike y Paul!

Los dos muchachos le siguieron. La escalera parecía fuerte y en buen estado, lo cual resultaba sorprendente, si se pensaba cuánto tiempo hacía que había sido abandonado aquel pueblo. Jack había llegado al fondo y esperaba a sus dos compañeros.

Saltaron junto a él uno tras otro. Una voz hueca y extraña llegó hasta el fondo del pozo.

—¿Estáis bien, chicos?

—Es Peggy —dijo Jack—. ¡Qué rara parece su voz al resonar en los muros del pozo! —Y gritó muy fuerte—: Sí. Estamos en el fondo. Se ven túneles por todas partes. Echaremos un vistazo rápido y volveremos a subir en seguida.

—¡Procurad no perderos! —dijo de nuevo la voz de Peggy, hueca y llena de resonancias.

Los niños llevaban consigo sus linternas. Jack había encendido la suya tan pronto como arribó al fondo del pozo. Iluminó con ella a su alrededor.

Había, en efecto, túneles, tal como le había dicho a Peggy, que salían en forma radial del pozo central. Parecían túneles corrientes. Nada relucía en sus paredes, ni se veía metal por ninguna parte. Jack los fue iluminando uno por uno.



—¿Por cuál empezaremos? —dijo—. ¡Ésta va a ser una gran aventura!

CAPÍTULO XVI EN EL FONDO DE LAS MINAS

Los tres niños se pusieron de acuerdo en ir por un túnel bastante ancho. Descendieron por él. El techo era bajo y Jack, que era el más alto, tenía que agacharse para andar. Al cabo de un rato, llegaron a una habitación que parecía una bodega, de la cual salían dos nuevos túneles.

—Mirad —dijo Jack recogiendo un cuchillo curvo—. Esto debe de haber pertenecido a alguno de los trabajadores, lo mismo que esta palangana rota.

Los tres enfocaron sus linternas. El techo de la bodega se hallaba sostenido por grandes puntales de madera, pero uno de ellos había cedido y uno de los lados de la bodega aparecía hundido.

—¡Espero que esos soportes aguanten el techo hasta que nosotros hayamos salido! —exclamó Mike dirigiendo hacia ellos la luz de su linterna—. Deben de ser ya muy viejos. Mirad, aquí hay una vieja máquina, que sin duda usaban los mineros. Está desgastada y cayéndose a pedazos.

Entraron en el túnel de la derecha y siguieron por él.

—Podríamos pasarnos muchas horas explorando estas minas abandonadas —dijo Jack—. Parece que existen muchísimos túneles. ¡Hola! ¿Qué es eso?

Habían llegado a lo que aparentaba ser un tosco muro que bloqueaba el túnel. Lo alumbraron con sus linternas.

—No es una pared —dijo Mike—. Es un desprendimiento del techo. ¡Caramba! No podemos proseguir por este lado.

Jack dio algunos puntapiés a un montón de cascotes, que cayeron alrededor de él. Otros fragmentos cayeron del techo y los cascotes y las piedras rodaron alrededor de los pies de los niños.

—En medio de este montón de escombros hay un agujero —dijo Jack—. Enfocaré hacia allí mi linterna y veremos si hay algo digno de ver.

Estaba a punto de hacer lo que acababa de decir cuando Mike lanzó una exclamación.

—¡Jack! No enfoques hacia allí tu linterna. Hay una luz al otro lado de este muro de escombros. Mira, se puede ver a través del agujero. ¿Qué será?

Jack se quedó muy sorprendido. Sí, era cierto. Por el hueco que se había formado en medio de aquellos escombros se veía una tenue luz. Aplicó un ojo al agujero con gran excitación.

Vio una luz extraña. Al otro lado del muro de escombros se divisaba una caverna espaciosa, de la cual partía otro túnel. Jack podía ver la abertura de éste, oscura y sombría.

En el suelo de la caverna había encendida una hoguera. Ardía lentamente y con luz muy brillante, y de su corazón, que era intensamente rojo, surgían brillantes

llamitas verdes. Jack no alcanzaba a distinguir qué era lo que ardía. En realidad, parecía que allí no hubiese nada.

El fuego producía ruido, como si pequeños petardos estallaran en él continuamente. Después de cada pequeña explosión, un tinte rojizo se apoderaba de las llamitas verdes y éstas dejaban escapar unos círculos rojos y verdosos, que se alejaban flotando por el aire como si fueran anillos de humo.

Jack, pasmado, no podía dejar de mirar. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué era aquel fuego tan extraño y por qué estaba ardiendo allí, en aquellas minas abandonadas? ¿Es que había alguien en ellas?

—Deja que yo lo vea —pidió Mike con impaciencia.

Y apartó a Jack de un empujón. A su vez, aplicó el ojo al agujero y lanzó un grito de asombro.

—¡Caramba! ¿Qué será eso? ¡Un fuego, un fuego verde que está ardiendo sin que nadie lo cuide!

Paul le hizo retirarse con excitación.

—Ahora me toca a mí —dijo. Y se quedó callado por el asombro cuando miró por el agujero y vio las extrañas llamas y oyó el *cric-cric-crac* de las constantes explosiones.

Jack le apartó de nuevo al cabo de un par de minutos.

—Ahora vuelve a tocarme a mí —dijo. Miró por el agujero con gran seriedad. Los otros, que se apoyaban en él, notaron que de repente se ponía rígido y retenía el aliento.

—¿Qué es? ¿Qué ocurre? —susurraron Mike y Paul, intentando que Jack abandonase su puesto para poder mirar ellos. Pero Jack se resistía y siguió mirando.

De repente, se retiró apresuradamente y, en el mismo instante, los otros oyeron un profundo y estridente ruido, que provenía del otro lado del muro de escombros. Un curioso hormigueo les corrió por los brazos y piernas y empezaron a rascarse frenéticamente.

—¿Qué has visto? ¡Dínoslo! —dijo Mike, frotándose las piernas, en las que sentía clavársele como agujas y pinchos desde arriba hasta abajo.

—He visto una figura —dijo Jack rascándose también las piernas—. ¡Caramba! ¿Por qué sentimos de pronto hormigueo y pinchazos? He visto una figura muy extraña, con una capucha que le cubría la cara, de manera que no se le podía ver. Llevaba unos vestidos muy anchos y muy grandes, como un buzo o algo por el estilo. Tiró algo al fuego, que ha sido lo que ha producido aquel gran ruido, y las llamas se han vuelto de un intenso color rojo. ¡No podía mirarlas!

Mike volvió a mirar. ¡Qué amarga desilusión! ¡El fuego había desaparecido! No se veía ni una pequeña llama, aunque aquel extraño ruido se dejaba oír todavía. Entonces, en el túnel que se abría más cerca, iluminado por un extraño reflejo, vio

dos figuras. No una, como había visto Jack, sino dos.

Avanzaban lentamente, llevando lo que parecía una pequeña escoba. Uno de ellos barrió el lugar en que había estado el fuego y apareció un montoncito de material, que relucía y centelleaba con su propia luz. ¿De qué color era?

¡Mike no lo sabía! No estaba seguro de haber visto nunca un color semejante. ¿Era verde, rojo o azul? No, no era de ninguno de aquellos colores.

Los hombres barrieron aquel montoncito y lo convirtieron en una estrecha barra, formada por un metal reluciente, el cual soltaba una gran cantidad de polvo reluciente, que desaparecía en cuanto se tocaba de nuevo. Luego, uno de ellos colocó un capazo sobre la barra y ambos desaparecieron por el túnel.

Mike explicó todo esto a sus dos compañeros. Se sentaron en el túnel llenos de temor y de asombro. ¿Qué significaba lo que habían visto? ¿Qué estaba ocurriendo en aquellas minas abandonadas?

—Quisiera poder librarme de estas agujas y pinchos que siento en los brazos y piernas —dijo Jack, frotándose de nuevo con todo vigor—. En cuanto dejo de frotarme, lo noto mucho más.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo Mike—. Jack, ¿qué piensas de todo esto?

—Nada —respondió Jack—. Estoy completamente atontado. Éstas son tan sólo unas minas de estaño... De estaño, es decir, un material no muy valioso. Y, sin embargo, hemos visto cómo se desarrollaba este raro asunto: un extraño fuego de llamas verdes, que lanzaba petardos y que soltaba anillos de curiosos colores. Y de pronto, sin que podamos ver ninguna razón para que ocurra, el fuego se extingue y lo que queda allí es recogido por un par de hombres ataviados con los más raros vestidos que haya visto en mi vida.

—¿Crees tú que aquel tipo, Guy, tiene algo que ver con todo esto? —preguntó Paul, después de una pausa.

—Es posible que algo tenga que ver —replicó Jack—. Pero ¿cómo llegan los hombres a esta cueva? No por el camino que hemos venido nosotros, porque en ese caso hubiesen tenido que quitar primero esta pared de escombros. Me gustaría encontrar el camino para llegar hasta allí. Entonces quizá podríamos ocultarnos y ver todo lo que sucede. Y podríamos averiguar también quiénes son esos hombres y adonde llevan el material que recogen.

—Pues yo no me siento inclinado a correr por todos estos túneles tan enredados y perdernos aquí para siempre —dijo Mike—. ¿No nos sería posible hacernos con un plano de estas minas? Si lo encontrásemos podríamos trazarnos un camino hasta la cueva que acabamos de ver.

—Sí. Es una buena idea —asintió Jack—. Lo haremos así. Y creo que sé dónde encontraremos un plano. ¡En la biblioteca del castillo! Probablemente estas tierras pertenecen también al señor de Luna y es muy posible que encontremos algún libro

que se refiera a ellas. Estoy seguro de que sacó mucho dinero del estaño o, por lo menos, alguno de sus antepasados sí lo obtuvo. Pienso que estas minas se agotaron mucho antes de que las heredara el actual propietario del castillo.

Mike miró su reloj para ver qué hora era.

—¿No son más que las tres y media? —exclamó extrañado—. ¡Oh, se me ha parado!

Con gran sorpresa comprobaron que los relojes de los tres se habían detenido.

—Regresemos —resolvió Jack—. Las niñas deben de sentirse preocupadas. Supongo que ha sido aquel fuego tan raro el que ha hecho parar nuestros relojes y nos ha causado la picazón y los pinchazos que nos molestan.

Uno por uno miraron una vez más por el agujero y luego, puesto que ahora ya no se veía nada, exceptuando un débil resplandor en el suelo de la caverna, regresaron hacia el pozo por el cual habían entrado.

Nora y Peggy estaban inclinadas en el borde. Empezaban a preocuparse. En cuanto llegaron al pie del pozo, oyeron que Nora gritaba.

—¡Mike! ¡Jack!

—¡Ya vamos! —gritaron los tres chicos. A continuación, oyeron la voz profunda de Ranni que retumbaba por el pozo.

—Se hace tarde, daos prisa.

Subieron y se sintieron felices por encontrarse de nuevo en pleno sol. Sin embargo, ¡cómo se agudizaban los pinchazos cuando el sol tocaba en sus brazos y piernas! Los tres chicos se frotaban y se rascaban a toda velocidad, lo cual extrañó mucho a las niñas.

—Habéis permanecido abajo demasiado tiempo y un pozo así puede ser peligroso —dijo Ranni dirigiéndose a Paul—. Ahora mismo iba a descender para buscarle, príncipe. He dejado el coche en la encrucijada.

—Se nos han parado los relojes —repuso Paul. Y se volvió hacia las niñas—. ¿Se han parado también los vuestros? —preguntó.

—No —contestó Nora mirando su reloj y luego el de Peggy—. ¿Qué habéis visto allí abajo? ¿Algo emocionante?

—¡Caramba, sí! —respondió Jack—. Ya os lo contaremos cuando estemos en el coche.

Cuando los chicos les relataron su aventura, las niñas los escucharon con gran admiración. Ranni, que estaba al volante, se enteró de todo y se sintió horrorizado.

Detuvo el coche y se volvió hacia los niños, que iban detrás.

—No volveréis a venir por aquí —dijo con gran seriedad—. Si lo que contáis es cierto, este lugar no es para vosotros. No quiero que mi joven dueño se vea envuelto en tales peligros.

—No son peligros —protestó Jack—. No hemos estado en peligro, Ranni. ¡En

ningún peligro!

A Ranni le parecía todo lo contrario.

—Algo ocurre aquí —dijo—. Algo misterioso. No es cosa de niños mezclarse en ello. Jack, debes prometerme no descender nunca más por estos pozos y no llevarte contigo a Paul.

—¡Vaya! —exclamó Jack en tono de protesta—. No puedo prometerte eso, Ranni. Hemos de descubrir lo que significa todo esto.

—Pues tienes que prometérmelo —insistió Ranni sin conmoverse—. Si no lo haces, se lo diré a la señorita Dimmity y os llevaremos de nuevo a casa.

—¡Es usted muy mezquino, Ranni! —se lamentó Jack. Pero conocía a Ranni desde hacía tiempo. No le quedaba más remedio que formular su promesa—. Está bien. No volveremos a descender otra vez por esos pozos bestiales —terminó entristecido.

—Ni volveréis a ese pueblo en ruinas —insistió Ranni, que no quería que hubiera el menor equívoco.

—Está bien, está bien —repitió Jack—. Cualquiera creería que tenemos seis años y necesitamos que se nos vigile de cerca. Sigamos, regresemos a casa.

Ranni puso de nuevo el coche en marcha, satisfecho ya. Jack trazó unos cuantos planes, de los cuales comunicó algo a los demás en voz baja.

—Aunque hayamos prometido a Ranni que no iríamos al pueblo, eso no significa que no podamos aclarar algo más sobre las minas en algún viejo mapa. Después de la merienda, iremos a la biblioteca del castillo.

—¡Y los libros saltarán sobre nosotros desde las estanterías! —dijo Nora soltando una carcajada—. ¡Eso fue lo que dijo aquella camarera!

—Bien. Todo contribuirá a añadir emoción al asunto —repuso Jack—. Propongo que no digamos nada de lo que hemos visto en la mina cuando nos reunamos con Dimmy.

Cabe en lo posible que se empeñara en que regresáramos a casa. No se puede saber lo que decidiría si pensara que hay alguna cosa con la cual no podemos transigir.

—¡Oh, mis pinchazos y punzadas! —murmuró Mike—. ¿Cuánto tiempo durarán? ¡Los míos están peor que nunca!

—¡Ya hemos llegado! —dijo Nora cuando el coche penetró por la verja—. ¡Os envidio, chicos, a pesar de vuestros pinchazos y punzadas! ¡Habéis tenido una hermosa aventura y nosotras no!

CAPÍTULO XVII

PINCHAZOS Y PUNZADAS Y LIBROS QUE VUELAN

Dimmy estaba empezando a preocuparse por si les había pasado algo, porque ya era muy tarde para la merienda. Se había sentado junto a la mesa y miraba por la ventana para ver si llegaban los niños.

Se sintió aliviada cuando los vio entrar en la habitación.

—¡Ah! ¡Ya habéis llegado! —dijo—. ¿Os habéis divertido?

—Sí. Hemos ido al pueblo en ruinas, donde hay minas de estaño —contestó Mike—. Ranni nos ha llevado en el coche. Perdónanos por haber llegado tarde. Hemos estado explorando más allá. Aquel pueblo es muy raro.

—Sí —asintió Nora, que lo había estado explorando con Peggy mientras los chicos permanecían en la mina—. Las casas medio derrumbadas están recubiertas por la hiedra y otras plantas y por grandes hierbas. Es un lugar muy triste. No hay allí ni un alma. Solamente pájaros. Hemos visto también un par de conejos, que se escondían a toda velocidad.

—Id a lavaros —dijo Dimmy—. Y regresad rápidamente. La señora Brimming ha preparado para vosotros otra comida excelente.

Pronto se encontraron todos sentados a la mesa, lavados y peinados. Los chicos se habían bañado las piernas y los brazos en agua fría, para intentar librarse de sus escozores, que todavía les molestaban. Al principio, el agua les había aliviado, pero, tan pronto como se sentaron a la mesa, los pinchazos y punzadas se presentaron de nuevo con tanta agudeza que los chicos se rascaban y frotaban hasta hacerse daño.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Dimmy—. ¿Os habéis herido con algo?

—No —contestó Mike.

—Sólo se trata de punzadas y pinchazos —añadió Jack—. Nos han empezado de repente en el pueblo. ¡Pero no se nos calman!

Cuando Brimmy vino a recoger la bandeja de la merienda, Dimmy le habló de las punzadas y pinchazos de los chicos.

—¿Cree usted que algo ha podido hacerles daño? —preguntó con ansiedad—. No consigo adivinarlo. Mírelos: no pueden permanecer quietos ni un minuto. Se mueven y se rascan continuamente.

—Se habrán acercado a las minas —dijo Brimmy en seguida— y habrán descendido a ellas. Eso me parece claro. Sólo puede hacer una cosa, señorita Dimmity. Que se metan en la cama y yo le daré a usted una loción para que empape con ella unas vendas y se las coloque en los brazos y las piernas. Esto les mejorará pronto.

—Pero ¿a qué se deben estos pinchazos y punzadas? —dijo Dimmy—. ¿Por qué les han aparecido así de repente?

—Ésa es la enfermedad que hizo que la gente se alejara de este pueblo —

respondió Brimmy—. Se presentó de pronto, según dicen. Los hombres estaban trabajando en las minas, como de costumbre. De repente, se produjo un gran fuego. Cuando éste se extinguió, los hombres se pusieron de nuevo a trabajar en las minas; pero, cuando salieron, todos tenían estos pinchazos y punzadas.

—¡Cielo santo! —exclamó Dimmy—. ¿Y es peligroso?

—¡Oh, no, señorita! —la tranquilizó Brimmy—. Los muchachos se verán pronto libres de ellos si permanecen quietos en la cama, con la loción aplicada en los brazos y piernas. Sin embargo, cuando apareció por primera vez en el pueblo, pronto atacó a todo hombre, mujer o niño de aquel lugar y solamente cuando se fueron de allí los ataques cedieron.

—¿Y qué es lo que los causa? —preguntó Dimmy muy interesada.

—Pues no lo sé muy bien —repuso Brimmy—. Se dice que aquel gran fuego tenía algo que ver con ello. Dejaba escapar radiaciones, o algo por el estilo. Esto infestó el aire de la mina y se propagó al aire de fuera y fue lo que produjo a la gente del pueblo tales pinchazos y punzadas en los brazos y piernas. Una picazón continua, que casi los hizo volverse locos.

—Y por eso dejaron el pueblo, ¿verdad? —preguntó Jack.

—Sí, el lugar cogió mala fama —contestó Brimmy—. Nadie quería trabajar en las minas y por eso no se podía ganar dinero. Al cabo de tres años, no quedaba ni un alma por aquí y, desde entonces, ha quedado abandonado y se está deshaciendo en ruinas. ¡De esto hace ya unos cien años ahora! Recuerdo que mi abuela decía que había ocurrido en el tiempo de su abuelo. Yo advertí a estos niños que no fuesen allí, señorita Dimmity, pero son muy testarudos, ¿no es cierto?

¡Dimmy no diría jamás nada contra los cinco chiquillos!

—¿Será usted tan amable de darme esa loción que tan amablemente me ha ofrecido? —propuso—. Nora, ve con la señora Brimming y tráela.

Dimmy pensaba que los tres chicos se rebelarían ante la idea de tener que meterse en cama a aquella hora, pero no fue así.

—Los pinchazos y las punzadas pueden ser algo muy pesado cuando no se detienen —se quejó Mike, frotándose fuertemente los brazos—. Casi resulta divertido cuando sólo dura un momento, pero no cuando se tiene que soportar durante horas.

—Tienes razón —corroboró Jack, que se sentía muy de acuerdo con él—. Es como el hipo, que es cómico cuando dura sólo unos minutos, pero se vuelve alarmante si se prolonga media hora.

Subieron a sus habitaciones para desvestirse. Dimmy les aseguró que les llevaría la loción en cuanto la tuviese. Los chicos abrieron la puerta de sus dormitorios y se quedaron pasmados.

¡Sus habitaciones habían sido totalmente cambiadas, como había ocurrido con la de Dimmy! Las camas estaban junto a la ventana, las ropas habían sido sacadas de los

cajones y puestas en lo alto del armario, el jarro de florea se hallaba en el suelo y sus zapatos se veían sobre el alféizar de la ventana.

—¡Esto es una locura! —exclamó Jack contemplando todo aquello. Un grito de Paul les advirtió de que lo mismo había sucedido en su habitación. Fueron al cuarto de las niñas y también allí todo aparecía cambiado de lugar.

—¡Una locura! —repitió Mike—. ¿Quién anda haciendo todo esto? ¿Y por qué?

—Si es el espíritu del castillo, habrá tenido mucho trabajo —comentó Paul.

—¡Qué va! —dijo Jack—. Esto no es ningún espíritu. Esto es obra de alguien que está lleno de odio. Pero ¿por qué?

—Todo esto forma parte de los *acontecimientos extraños* a que se refirió la camarerita, creo yo —dijo Mike cogiendo sus zapatos del alféizar de la ventana—. ¿Qué os parece? Cambiemos rápidamente las cosas y pongámoslo todo en orden. ¡Que Dimmy no vea lo que ha ocurrido! Si se le antoja, es posible que nos haga regresar a casa y yo pretendo enterarme de algo más de lo que ocurre aquí.

—¡Estamos de acuerdo! —dijeron los otros dos.

—Tú, Mike, ve y pon en orden la habitación de las niñas. Yo arreglaré la nuestra y Paul puede encargarse de la suya —decidió Jack—. ¡Al ataque! Dimmy estará aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Se apresuraron tanto como sus pinchazos y punzadas se lo permitían. Ya habían puesto sus habitaciones en orden y empezaban a desvestirse cuando Dimmy entró con una gran botella que contenía un líquido verde, y unas tiras de viejas sábanas para ser utilizadas como vendas. Les miró con reproche.

—Pensé que os encontraría ya en la cama. Supongo que habéis estado haciendo monerías por ahí, como de costumbre. No creo que estéis tan mal como decís.

—Estamos mal —repuso Mike—. Mira mis piernas. ¡Las tengo llenas de arañosos! Ven, cuídame a mí primero, Dimmy. Ya estoy en cama.

Dimmy colocó las vendas empapadas en la loción verde sobre las piernas y brazos, envolviéndolas suavemente. Mike se relajó.

—¡Esto es magnífico! ¡Es celestial! Esta loción es tan fresca como el hielo. Ahora ya casi no siento los pinchazos y las punzadas.

—La señora Brimming ha dicho que estaríais completamente bien mañana por la mañana —dijo Dimmy—. Debo decir que me parece muy extraño. Todo el cuento del pueblo en ruinas es raro. Creo que aquí hay muchas cosas extraordinarias. Me entran ganas de regresar con vosotros a casa.

Mike se sentó en la cama muy asustado.

—¡Oh, no, Dimmy! No seas aguafiestas. Lo pasamos muy bien aquí. ¡Vaya! Has hecho que vuelva a sentir mis pinchazos y punzadas al decir tal cosa.

—¡Tonterías! —replicó Dimmy, que empezaba ya a vendar a Jack—. Acuéstate, Mike. Te dejaré la loción cerca para que, cuando tus vendas se sequen, puedas

mojarlas de nuevo. ¿Queréis algún libro?

—Las niñas nos traerán alguno de la biblioteca —contestó Mike, que estaba decidido a hacer que Nora y Peggy les trajeran algún libro que tratara sobre el castillo y también sobre las minas, si es que podían encontrarlo—. Pide a Nora y a Peggy que suban; ¿lo harás, Dimmy?

Las niñas acudieron poco después y dijeron que irían a la biblioteca e intentarían encontrar algún libro para los chicos. Así lo hicieron. Al llegar a la puerta de la biblioteca se toparon con Edie Lots. Llevaba un plumero en la mano y ellas imaginaron que había estado limpiando el polvo de los libros.

Permanecía de espaldas a la puerta de la biblioteca aunque las niñas estaban ya ante ella y su cara se mostraba muy seria.

—Por favor, ¿quiere usted apartarse? Deseamos entrar en la biblioteca —dijo Peggy al advertir que Edie no se movía de allí y no les dejaba el paso.

Pero Edie se apartó e incluso les abrió la puerta.

—¿Qué clase de libros desean ustedes? —preguntó—. Aquí no hay libros para niños.

—Hemos pensado que nos gustaría leer algo respecto al castillo y al pueblo abandonado —dijo Nora—. ¡Oh, pero cuántos miles de libros hay aquí! No podremos encontrar lo que deseamos. Será como buscar una aguja en un pajar.

—Les ayudaré —propuso Edie con amabilidad—. He quitado tantas veces el polvo a estos libros que casi me sé sus títulos de memoria. Siéntense aquí un minuto. Voy a buscar la escalera, que está en el armario de ahí fuera, para poder subir hasta los estantes en que se encuentran los libros que ustedes desean.

Desapareció. Las niñas no se sentaron, sino que rondaron por allí, leyendo los títulos de los libros. De repente, Nora lanzó un grito y Peggy se volvió rápidamente. Nora se había llevado la mano a la cabeza.

—¡Peggy! ¿Por qué has tirado un libro? —se lamentó Nora muy enfadada—. Me ha dado en la cabeza.

—Yo no te he tirado ningún libro —contestó Peggy muy extrañada. Se agacharon para recoger el libro y en aquel mismo momento otro se aplastó junto a ellas, chocando con el pie de Peggy. Ésta se levantó muy alarmada. ¿De dónde venían los libros? Entonces se agarró al brazo de Nora y se lo indicó. En lo alto de una estantería, un libro se estaba inclinando, luego pareció que saltara de su sitio y cayó a unos dos palmos de las niñas.

—Esto es lo que la camarera nos contó que había ocurrido a aquel hombre que vino aquí para consultar unos libros antiguos —dijo Peggy en un susurro—. ¡Míralos! ¡Ahí va otro!

Era cierto. Otro libro empezaba a inclinarse y, después, como en un salto, abandonaba la estantería y caía al suelo con estrépito, quedando abierto por en medio.

Cayó junto a Nora y ésta lo miró llena de espanto. En las páginas abiertas vio un plano. En seguida recogió el libro. ¡Un plano! ¿Estarían señaladas en él las minas?

Miró el título. Resultaba difícil de leer, porque las letras eran antiguas y borrosas.

—*Historia del «Castillo de la Luna» y de sus tierras* —leyó—. ¡Caramba, éste es el libro que buscábamos, Peggy!

La señorita Edie entró. Traía consigo una pequeña escalera de biblioteca. Se detuvo cuando vio los libros en el suelo.

—¡No traten ustedes los libros así! —les dijo con enfado—. ¡No lo permitiré!

—Se han caído de las estanterías por sí solos —repuso Nora, aunque no esperaba ser creída. ¡Pero Edie sí lo creyó! Lanzó lejos de sí la escalera y huyó a todo correr. Parecía asustadísima. ¿Fingiría o estaba realmente asustada? En verdad, aparentaba sentirse horrorizada.

—Daremos este libro a los chicos y les contaremos cómo salen saltando de las estanterías —dijo Nora—. ¡A ver qué dicen!

CAPÍTULO XVIII

EMOCIONANTE LECTURA DE UN MAPA

Los chicos se encontraban ya mucho mejor. Mientras sus vendas estaban húmedas de loción verde, no notaban pinchazos ni punzadas. Sin embargo, en cuanto intentaban levantarse y dar un paseo, aquella molesta comezón volvía a producirse inmediatamente.

Se alegraron de ver a las niñas. Ranni había venido a visitarles y había trasladado la cama de Paul a la habitación de en medio, con Mike y Jack, así es que ahora los tres estaban juntos.

—¡Ah! ¡Habéis traído un libro! —dijo Mike. Y se incorporó para alcanzarlo—. Es una historia del castillo y de sus tierras. ¡Es un buen trabajo, lo habéis hecho muy bien! Esto es lo que queríamos. Habéis sido muy listas al encontrarlo tan de prisa.

—No lo hemos encontrado —repuso Nora—. Ni siquiera lo hemos buscado. El libro ha saltado desde una estantería y ha caído a nuestros pies.

—No seas boba —dijo Mike abriendo el libro—. Estás pensando en los cuentos de la camarera.

—Cierto que son los cuentos de la camarera, pero también son los nuestros —intervino Peggy—. Escúchame, Mike: ¡esto ha ocurrido de verdad!

Ahora las niñas, como es natural, habían captado toda la atención de los tres muchachos. Éstos las escuchaban mientras les contaban aquella extraña historia. A su vez, ellos les relataron a Peggy y a Nora cómo habían encontrado las habitaciones completamente cambiadas, con todo colocado en diferentes lugares.

—No puedo entender lo que ocurre —dijo Mike—. Parece como si quisieran echarnos de aquí. ¡Pero yo no me voy! ¡Me quedo aquí hasta que llegue la familia de Paul! Si las cosas siguen siendo así de raras, entonces tu padre podrá ocuparse de ello, Paul. Sin embargo, por lo que Jack ha oído esta mañana, presiento que los próximos días son importantes para alguien, quizá para Guy o para los dos hombres que hemos visto en las minas. Eso no podemos saberlo.

De nuevo discutieron el asunto: aquellos ruidos de *tuang* y de *dong*; la forma en que las habitaciones habían sido puestas patas arriba; aquellos libros saltando de las estanterías; los siseos en la sala de la caja de música... Luego Mike mencionó aquellos relucientes ojos del retrato, porque había olvidado que las niñas no los habían visto. Éstas le escuchaban y creían que aquello no podía ser verdad.

—Debió de ser un efecto de luz —aventuró Peggy.

—No lo era —replicó Paul—. Aquella habitación tiene muy poca luz.

—Bueno, pues yo no lo comprendo —dijo Peggy—. Yo no comprendo nada. Me rindo. Si fuera cierto que el castillo posee un fantasma en propiedad, entonces podría comprender, porque sería posible que no le gustáramos y quisiera que nos fuéramos. ¡Pero yo no creo en fantasmas!

—Ni yo —aseguró Jack. Y lo mismo dijeron los demás, excepto Paul.

Paul había sido educado en la lejana Baronia, que era un país salvaje, con montañas y bosques, en donde las viejas leyendas eran creídas y en donde aún ahora ocurrían cosas raras. Pero allí, en aquel lugar, todo aquello parecía imposible. Sin embargo, ¿qué era lo que estaba ocurriendo?

Entre tanto, Mike hojeaba el libro. Las páginas, llenas de letra menuda y apretada, no resultaban fáciles de leer y Mike intentaba buscar algún plano. Por fin encontró uno muy claramente dibujado. Detrás de él aparecieron otros, algunos de los cuales ocupaban varias hojas que se abrían como los mapas de carreteras. Mike eligió uno y lo extendió sobre su cama. Paul dejó la suya y se trasladó a la de Mike para verlo. Pronto todos los niños estuvieron examinando con interés las diferentes partes de aquel gran plano.

—Esto es el castillo —dijo Mike—. Aquí hay un plano del piso inferior. Busquemos la habitación en forma de ele.

La encontraron por fin y luego localizaron asimismo la biblioteca. Señalaron la sala de la caja de música y la que tenía un reloj como la capilla de una iglesia. Descubrieron las diferentes escaleras. ¡Qué cantidad fabulosa de habitaciones poseía aquel castillo!

A continuación examinaron el plano siguiente, que mostraba el primer piso, en el cual se encontraban sus habitaciones.

—Mirad, aquí están nuestros dormitorios —dijo Mike señalándolos—. Uno, dos, tres, todos comunicados entre sí. Y aquí está la habitación de Ranni. Y ésta debe de ser la de Dimmy. Fijaos, aquí hay marcada una puerta que se abre en la habitación de Paul. ¿Hay en ella alguna puerta? Debería estar en la pared a la derecha de tu cama, Paul. ¿Tú recuerdas que haya una puerta allí? Yo, no.

—Voy a verlo —decidió Paul. Y se levantó de la cama. Avanzó unos pasos, mas pronto regresó hacia atrás—. ¡Oh, mis punzadas y pinchazos! —dijo—. En cuanto empiezo a andar, se ponen peor que nunca. Peggy, ve tú y míralo. Estoy seguro de que no hay ninguna puerta allí. Si existiera, me hubiera dado cuenta.

Peggy y Nora fueron a la habitación de Paul y miraron a la pared de la derecha. No, allí no había ninguna puerta. La habitación tenía las paredes recubiertas de madera, excepto en el lugar en donde se abría la puerta que comunicaba con el corredor y en donde había la que comunicaba con la habitación de en medio.

—No existe la puerta —dijeron al regresar—. O bien es una equivocación del plano o existió esa puerta en otro tiempo y ahora ha sido tapiada y la pared recubierta de madera.

—¿Adónde conducía esta otra puerta? —preguntó Jack con interés—. Dejadme pensar... Si estaba en la pared de la derecha de la habitación de Paul, hubiera comunicado con el cuarto de baño azul, que está al lado, ¿no es cierto? Yo creo que

allí no habría un cuarto de baño en otros tiempos. Así es que, probablemente, cuando se construyó el cuarto de baño, la vieja puerta se tapió.

—¿Tú crees que la puerta comunicaba con una habitación que había allí antes de que se construyera el cuarto de baño? —dijo Peggy—. Mirémoslo de nuevo. Está marcada con una T, no sé por qué será.

—Dejadme doblar este plano —dijo Mike con impaciencia—. Aparta la mano, Peggy, voy a extender el otro. Lo extendió y en el acto se oyó una exclamación emocionada.

—¡Es la torre! ¡Un plano de la vieja torre! Lo era. Los niños lo contemplaban con gran interés. La torre había sido representada en forma de diagrama, como si estuviera cortada por la mitad de arriba abajo, y los niños podían ver muy bien cómo estaba construida y podían imaginar cómo era por dentro.

—Aquí, en la parte de abajo, viene señalada la puerta, la que está cerrada —dijo Mike señalándola—. También aparece indicada la escalera de piedra, que es muy grande en verdad, y luego la habitación del primer piso. ¡Fijaos, qué raro! Es completamente redonda. ¿Será muy grande en realidad? Aquí parece muy pequeña. Luego la escalera sigue subiendo y, a partir de la salida de esta habitación, se ensancha y después se vuelve a estrechar cuando llega a la habitación del segundo piso.

—Yo ya imaginaba así la torre por dentro —dijo Paul—. Se parece a una que tenemos en un castillo de Baronia. Mirad, la escalera sigue subiendo hasta la habitación del tercer piso y luego hasta el tejado. ¡Qué hermosa vista se debe divisar desde allí!

—Estas marcas cuadradas en cada habitación deben de representar los hogares —Mike las señaló—. Y esta línea es sin duda la chimenea que conecta todos los hogares y conduce el humo hacia algún lugar del tejado.

Nora colocó el dedo sobre un pequeño dibujo en forma de puerta, que se veía dentro del hogar del segundo piso.

—¿Qué será esto? —preguntó—. No puede ser la puerta que separa la escalera de la habitación, porque ésa viene indicada aquí. Pero parece una puerta. ¿Qué es esta señal que hay encima?

—Parece una letra T —respondió Jack.

Esto hizo que se encendiera una lucecita dentro de la cabeza de Peggy.

—¡Una T! —exclamó—. Bien. La puerta secreta de la habitación de Paul, la que no hemos podido encontrar, también estaba marcada con una T en el lugar en que estaba señalada en el otro plano... Esa T quizá significa torre.

—¿Y por qué había de estar señalada con una T de torre la puerta que conduce a la habitación de Paul? —dijo Mike en son de burla.

—Pues quizás esa puerta en otro tiempo conducía a la torre —repuso Peggy, que

pensaba por su cuenta—. Es decir, yo creo que pudo haber un pasadizo que condujera desde estas habitaciones hasta la torre... La torre no está muy lejos de ellas.

Mike la miró. Estaba pensando a toda velocidad.

—Es posible que tenga razón —dijo a los demás—. Esperad, veamos ahora los otros planos.

No encontraron más planos grandes, excepto uno de los desvanes. No resultaba muy interesante. Pero había un curioso plano pequeño, con el título de *Todas las comunicaciones*, que durante algún tiempo interesó mucho a los chicos.

—*Todas las comunicaciones*. Esto puede significar: las escaleras, los pasajes, los pasillos, etcétera, que conectan una parte del castillo con la otra —dijo Mike—. Pero parece un mapa loco, si es que significa lo que pensamos. Ni siquiera puedo identificar una de las escaleras, por ejemplo.

—La palabra comunicaciones puede referirse a pasos secretos —dijo de repente Paul—. Todos los viejos castillos tienen pasos secretos y puertas secretas. El nuestro en Baronia los tiene. En otro tiempo se usaban para cosas muy diversas, para ocultarse, para huir, suponían una posibilidad de penetrar en el castillo sin ser visto cuando éste se hallaba rodeado por los enemigos. Probablemente el «Castillo de la Luna» tiene también comunicaciones secretas.

—¡Probablemente tienes razón! —exclamó Mike, que, de repente, se mostró muy excitado. Volvió a inclinarse sobre el plano y luego dibujó con el dedo una línea curva—. Esta línea aparece marcada con una T en un extremo y otra T en el opuesto —dijo—. Quizás indica las dos puertas y el pasaje que conecta la habitación de Paul con la torre. ¡Caramba! ¿No os parece que sería formidable si pudiésemos hallar un paso secreto para entrar en la torre?

Hubo un susurro de emoción y luego Paul se dejó caer sobre la cama.

—¡Hemos de hallarlo! ¡Es necesario! Podríamos llegar sin ser oídos hasta donde estuviera Guy y ver qué es lo que está haciendo. ¡Hemos de hallarlo!

—Bien, pero mirad esto —dijo Jack señalando de nuevo el plano—. Parece como si el pasadizo que conduce desde la puerta secreta de la habitación de Paul hasta esta otra puerta, o abertura de la clase que sea, salga por dentro de la chimenea de una de las habitaciones de la torre. ¿Qué pensáis vosotros?

Todo el mundo estaba deseoso de creer que Jack tenía razón.

—Ya sé cómo lo podríamos hacer para saber si estamos en lo cierto —dijo Mike—. Podríamos medir la anchura de la habitación de Paul y la del cuarto de baño y ver cuánto suman en conjunto y, luego, podríamos medir los muros de ambos por fuera, desde el corredor. Y si esta medida es mayor que la primera, sabremos que incluye un pasadizo secreto entre las dos habitaciones.

—¡Caramba, tu idea es formidable! —se entusiasmó Peggy—. Voy a buscar ahora mismo una cinta métrica en mi cesto de labor.

Pronto encontró una, y ella y Nora midieron la habitación de Paul, de pared a pared. Medía cuatro metros veinte centímetros. Nora sacó la cabeza por la habitación de Mike.

—Exactamente cuatro metros veinte centímetros —anunció—. Ahora vamos a medir el cuarto de baño.

Lo midieron cuidadosamente y regresaron para informar a los chicos.

—Dos metros cuarenta centímetros —dijo Nora—. En conjunto, hacen seis metros sesenta centímetros. Ahora las mediremos por fuera, desde el pasillo, y veremos qué longitud dan por allí.

Cuidadosamente midieron las paredes que se extendían a lo largo del pasillo, por fuera de la habitación de Paul y del cuarto de baño. Lo comprobaron con emoción y luego entraron corriendo en la habitación de los chicos.

—¡Las medidas son diferentes! Por el interior miden seis metros sesenta centímetros, pero por fuera miden siete metros veinte centímetros. ¿Qué os parece esto?

Mike estaba excitado.

—¡Sesenta centímetros de diferencia! Es la medida justa de un paso secreto. Habéis trabajado bien, niñas. Existe un pasadizo que parte de algún sitio de la habitación de Paul, pasa entre su habitación y el cuarto de baño y luego se retuerce entre los muros hacia la torre.

—¿Vamos a ver si encontramos ahora la puerta secreta? —dijo Paul, excitado. Y volvió a saltar de la cama. Pero pronto regresó a ella quejándose. Los chicos se habían olvidado de empapar de nuevo sus vendas y éstas se habían secado. Ahora sus pinchazos y punzadas volvían a hacerse sentir cruelmente. Al pobre Paul se le habían reanudado los suyos al salir de la cama.

—Por esta noche tendremos que abandonar el proyecto de buscar la puerta secreta —dijo Mike lleno de desilusión—. No, Peggy, no iréis a buscar las puertas secretas sin nosotros. No pienses siquiera en ello. Lo haremos mañana. Os doy mi palabra de que será muy divertido.

CAPÍTULO XIX EN MITAD DE LA NOCHE

Cuando llegó la hora de acostarse aquella noche, los cinco niños estaban muy excitados. Nadie conseguía dormir. En cuanto a Paul, se movía y daba vueltas, pensando en qué lugar podía estar la puerta que comunicaba con su habitación, si es que ésta aún existía...

«¡Pero es que seguramente existe todavía! —pensaba—. Sabemos que hay un espacio en la pared, entre esta habitación y el cuarto de baño».

Naturalmente no había podido abstenerse de golpear y sacudir el muro aquí y allá, para ver si en algún lugar sonaba hueco. Y así era, no cabía duda.

Tuvo que meterse en cama antes de haber examinado bastante detenidamente el muro de la derecha, porque sus pinchazos y punzadas recomenzaron de nuevo súbitamente. Mike le oía golpear y gritó desde la habitación contigua:

—¡Paul! No intentes buscar la puerta secreta. Espera a que la busquemos todos juntos.

—¡Está bien! —contestó Paul, que ya se había metido en cama y se frotaba las piernas con todas sus fuerzas. Ranni había vuelto a colocar su cama en su dormitorio, a pesar de que éste hubiese preferido pasar la noche en la habitación de Mike.

—Entraré dos o tres veces, pequeño señor, para ver si está usted bien —dijo Ranni, que se sentía muy preocupado por las piernas de Paul—: No se asuste usted si de noche me ve junto a su cama.

—Quisiera que no se preocupara usted tanto, Ranni —dijo Paul.

Pero de nada le servía decir esto. Paul había sido confiado a la custodia de Ranni y el gran baroniano permanecía junto a él en vigilancia tanto como le era posible. Por fin todo el mundo se durmió, primero las niñas, porque no padecían pinchazos ni punzadas que les molestaran. Paul se agitó y se removió durante algún tiempo y, por último, consiguió también conciliar el sueño.

Unas horas más tarde se despertó de súbito. Se sentó en la cama pensando qué sería lo que le había despertado. En sueños, le había parecido oír un ruido extraño.

Junto a la ventana descubrió una oscura figura. Se acostó de nuevo.

—Se preocupa usted demasiado, Ranni —murmuró—. ¡Y me ha despertado!

Permaneció echado, mirando a Ranni, y sus ojos empezaron a cerrarse de nuevo. Pensaba que quizá Ranni se acercase a él para examinarle las vendas y decidió hacerse el dormido.

No oyó ningún otro ruido durante uno o dos minutos. Abrió los ojos. Ahora ya no se veía a nadie. Acaso Ranni se hubiese ido ya. ¡Menos mal!

Otro ruido le hizo abrir de nuevo los ojos. Debía de ser Ranni, que abandonaba la habitación. Le pareció divisar una sombra que se movía en la parte alta de la pared e intentó despertarse totalmente para verla con mayor claridad. Pero tenía demasiado

sueño. Los ruidos, las sombras y Ranni se mezclaron en su cabeza en un sueño loco.

No oyó las voces que cuchicheaban en el dormitorio vecino. Eran las de Mike y Jack, que hablaban entre sí. También ellos se habían despertado súbitamente, aunque no sabían por qué. Mike pensó que había oído un ruido en la habitación y esforzó la vista para descubrir de dónde procedía. El cuarto estaba realmente muy oscuro. Ni el menor indicio de luz se filtraba por la ventana y Mike no veía en el cielo ni el rastro de una estrella.

Jack habló en voz baja:

—¿Estás despierto, Mike? ¿Cómo van tus pinchazos y punzadas?

—No muy bien —respondió Mike—. Estoy muy adormecido y no tengo ganas de salir de mi cama, pero me es imprescindible alcanzar la loción y mojarme de nuevo las vendas.

—Sí, yo también lo necesito —asintió Jack—. ¡Caramba! ¡Qué pinchazos y punzadas! Es muy raro sentir todo esto sólo por haber estado un rato en las minas.

Las camas crujieron cuando los niños se sentaron en ellas. Mike buscó a tientas su linterna, que siempre dejaba junto a la cama. Pero no pudo hallarla.

—Enciende tu linterna —dijo a Jack—. No puedo encontrar la mía.

—Está bien —contestó Jack. Y comenzó a palpar para buscarla. Pero tampoco pudo encontrarla—. ¿Dónde la habré dejado? —refunfuñó—. ¡Oh, cuánto desearía tener a mi alcance un conmutador eléctrico y poder dar la luz! Vivir en un castillo es estupendo, pero echo de menos las cosas vulgares, como la luz eléctrica... ¿Dónde está mi linterna?

—La noche es muy oscura —repuso Mike—. Es asombroso, porque cuando nos acostamos el cielo aparecía salpicado de estrellas. No había luna, pero se veían millones de estrellas. Sin duda se ha nublado.

Jack saltó de la cama, decidido a buscar su linterna.

—Seguramente la habré dejado en el alféizar de la ventana —dijo—. ¡Ooooh, qué pinchazos y punzadas!

Se dirigió hacia la ventana y tanteó el alféizar. ¡Pero no pudo hallarla! Algo espeso, suave y pesado colgaba de ella.

—¡Vaya! —exclamó Jack de repente—. ¿Quién ha corrido las cortinas de nuestra ventana? No es extraño que hubiera tanta oscuridad. Las cortinas han sido corridas y la habitación se ha vuelto negra como un túnel. No me sorprende que hayamos sentido calor en cama.

—¡Yo no las he corrido! —dijo Mike—. Ya sabes que odio dormir con la ventana cerrada o con las cortinas echadas. Supongo que Dimmy habrá entrado y lo habrá hecho.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jack—. ¡Siempre se muestra en contra de eso! Voy a descorrerlas de nuevo y así tendremos un poco de aire. Estoy seguro de que la

noche es magnífica y llena de estrellas.

—Esto está mejor —comentó Mike levantándose—. Ahora puedo respirar. La habitación ha quedado completamente iluminada. ¡Hay tantas estrellas!

Se inclinó hacia fuera de la ventana, junto a Jack. Era verdaderamente una noche muy hermosa, pero los niños sentían que debían remojar de nuevo sus vendas con la loción, porque sus pinchazos y punzadas les dolían terriblemente. Dieron la vuelta para buscar la botella,

—Podemos ver muy bien a la luz de las estrellas —dijo Jack—. Sin embargo, me gustaría encontrar mi linterna. ¡Sé que la he dejado junto a mi cama!

Encontraron la esponja, la empaparon de loción y se frotaron con ella los vendajes.

—Esto ya ha mejorado —dijo Jack.

Se dirigieron de nuevo a la ventana para echar una última ojeada. Los dos niños vieron a la vez algo que les hizo retener el aliento.

—¡Mira! ¿Qué es aquello? —se asustó Jack.

—Una luz. Una especie de resplandor que centellea sobre el pueblo en ruinas —repuso Mike muy extrañado—. ¡Qué color tiene tan raro! Es del mismo color que aquel montoncito de material que vimos recoger a los hombres después de aquel fuego centelleante.

—Sí —asintió Jack, con los ojos fijos en el halo reluciente que sobresalía de los tejados del pueblo abandonado—. ¡Vaya! ¡Qué extraño es todo esto! ¿Qué estará ocurriendo allí? Estoy seguro de que en esto interviene Guy.

—Quizá se trate de un experimento —aventuró Mike—. Si es así, ésa ha de ser la razón por la cual no desea que la gente alquile este castillo, ni siquiera que vengán a visitarlo. Y ahora que sabe que los baronianos vendrán aquí dentro de pocos días, debe de estar concluyendo a toda prisa lo que esté llevando a cabo, a fin de hacer desaparecer después las huellas. ¡No me admira que esté tan enfadado!

Aquel halo de extraño color empezó a extinguirse, aunque todavía daba gusto contemplarlo. Los niños lo observaron hasta que desapareció por completo.

—¡Qué visión! —dijo Mike mientras se metía de nuevo en cama—. Estoy seguro de que a Guy le enojaría saber que hemos visto esto. Es algo que no puede ocultar, algo que haría que la gente se interesara en ello si lo viera y entonces sus pequeños experimentos, o lo que sean, serían descubiertos.

—¡Caramba, claro está! No querría que lo viésemos —replicó Jack—. Por eso alguien ha corrido las cortinas, para que, si nos despertábamos, no viésemos nada. Y por eso han desaparecido nuestras linternas, para que no pudiésemos encenderlas y darnos cuenta de que las cortinas estaban corridas e impedían el paso de la luz.

—¡Qué idea! —exclamó Mike, sentándose en su cama con indignación—. Se necesita valor para entrar aquí, correr las cortinas y esconder nuestras linternas.

¿Crees tú que habrán hecho lo mismo en la habitación de Paul y en la de las niñas?

—Estoy por afirmar que sí —contestó Jack—. Voy a verlo. —Pronto regresó contando que habían estado en lo cierto. En cada habitación, las cortinas habían sido cuidadosamente corridas—. Yo las he vuelto a apartar —dijo Jack—. ¿Me has oído? ¿Y qué habrán hecho de nuestras preciosas linternas? Si se las han llevado consigo, me sentiré furioso.

—Pero, de todos modos, hemos visto lo que no quería que viésemos —dijo Mike con satisfacción—. ¡Estamos por encima de él! Estoy seguro de que nos teme y lo demuestra intentando impedir que descubramos lo que está haciendo.

—Sabe que le estamos espiando —corroboró Jack, metiéndose en cama y acostándose—. Al encontrar la alfombra que pusimos por delante de la puerta de la torre, para ver si entraba y salía, se habrá dado cuenta de que hemos movido el armario que él había colocado para esconder la puerta de la torre.

—Es curioso que se haya atrevido a venir hasta aquí en medio de la noche y correr las cortinas y quitarnos las linternas —opinó Mike—. Y habrá tenido que pasar por delante de la puerta de Ranni. Éste duerme como un perro guardián, siempre con la oreja alerta.

—Puede haber penetrado por la puerta secreta... la que todavía no hemos encontrado —dijo Jack, incorporándose de nuevo en la cama—. ¡Habrá venido por el pasadizo secreto que conduce a la torre! Así no habrá tenido necesidad de pasar por delante de la puerta de nadie, ni se habrá cruzado con ninguna persona. ¡Estoy seguro de que esto es lo que ha hecho!

—¡Caramba! No lograré volver a dormirme esta noche —aseguró Mike—. ¡Qué lugar tan raro es éste! Se oyen *tuangs* y *dongs*, los jarrones se rompen solos, los libros saltan de las estanterías, hay ojos que centellean y puertas secretas y minas raras... ¡Vaya! Hemos tenido muchísimas aventuras, pero ésta sobrepasa a todas las demás.

—Y aún estamos en medio de ella —dijo Jack—. Intentemos ahora dormir, Mike. Mañana hemos de encontrar la puerta secreta en la habitación de Paul. Debe de estar muy bien oculta, estoy seguro. ¡Pero la encontraremos!

Volvieron a echarse a dormir. Sus pinchazos y punzadas se habían calmado de nuevo. Estaban acostados, mirando hacia la ventana sin cortinas. Contemplaban el cielo lleno de estrellas y por momentos sentían una gran excitación.

Por fin, se durmieron. Se despertaron ya bien entrada la mañana. Las niñas rondaban por allí. Peggy oyó que Jack hablaba con Mike y entró.

—¡Hola, dormilones! —dijo—. Vamos a desayunarnos ¿Cómo están vuestras piernas?

—Ahora ya están completamente bien —respondió Jack saltando de su cama y palpándoselas—. ¡Ni un solo pinchazo! ¡Ni una punzada! ¡Ni una agujeta! ¡Esto va bien!

—¿Así que no pensáis pasaros el día en cama? —preguntó Nora, satisfecha.

—¡Oh, no, ni pensarlo! —dijo Mike levantándose de un brinco—. Estamos completamente bien... ¿Ha perdido alguien su linterna?

—Sí —respondieron al unísono Peggy y Nora—. Las nuestras han desaparecido. Creímos que os las habíais llevado vosotros.

Paul asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Cómo van vuestras piernas? —preguntó—. Las mías están bien. He oído que alguien hablaba de linternas. La mía ha desaparecido.

—¡Caramba! —exclamó Mike—. Entonces ninguno de nosotros tiene linterna. Está bien, niñas, no os asustéis tanto. Jack y yo os podemos dar algunas noticias. Esta noche ha ocurrido algo mientras vosotras estabais roncando como marmotas. Nos encontramos en medio de una aventura, la más extraña que hayamos tenido nunca. Esperad a que Jack y yo nos vistamos y os lo contaremos todo. Tendremos que hacer planes. ¡Sí, tendremos que planearlo todo bien! ¡Hoy será un día de mucho, de muchísimo trabajo!

CAPÍTULO XX

¿DÓNDE ESTÁ LA PUERTA SECRETA?

Dimmy se alegró cuando se enteró de que a los muchachos ya no les molestaban las piernas y los brazos. Y así se lo comunicó a Brimmy cuando ésta y Edie Lots vinieron para recoger las bandejas de los desayunos.

—La loción que nos dio va muy bien —dijo—. Nunca había oído que nadie tuviera una loción para los pinchazos y punzadas. ¿Cómo se enteró usted de su eficacia? ¿Sufren también ustedes de pinchazos y punzadas?

—Yo no, pero mi hijo sí —respondió Brimmy.

Mike hizo inmediatamente un guiño a Jack y en voz baja le dijo:

—Estoy seguro de que sí —sonrió—. ¡Apuesto a que los tiene cada vez que desciende a las minas!

—Es una lástima que esté lloviendo —siguió diciendo Brimmy—. Esto hará que los niños no puedan salir.

—Tenemos mucho que hacer —replicó en seguida Jack. Y miró significativamente a sus compañeros.

Todos se echaron a reír. Sabían lo que significaba la mirada de Jack: que se entretendrían en buscar la puerta secreta en la habitación de Paul. Ahora las niñas y Paul ya tenían noticia de los acontecimientos de la noche anterior y todo el mundo estaba muy intrigado.

—¿Adónde pensáis ir a jugar? —preguntó Dimmy a los niños después del desayuno—. Podéis quedaros aquí si os apetece, ahora que ya han retirado el servicio del desayuno.

—Pues... hemos pensado que preferiríamos ir arriba, a nuestras habitaciones, y buscar algo que hemos perdido —contestó Jack—. Así es que te dejaremos coser aquí tranquilamente. Además, arriba tenemos un par de juegos y no es necesario que te estorbemos con nuestros gritos.

—No me estorbáis —aseguró Dimmy— aunque si preferís subir a vuestras habitaciones, podéis hacerlo. Sin embargo, habréis de esperar a que estén barridas y ordenadas. Y, además, tenéis que devolver a la biblioteca los libros que cogisteis anoche.

—¡Ah, sí! Voy a buscarlos —dijo Jack—. Vosotros cuatro id a esperarme a la biblioteca.

Se fue corriendo y los otros se dirigieron a la biblioteca.

—Supongo que hoy también veremos saltar algún libro —dijo Nora, mirando hacia los estantes—. ¡Libros, estamos aquí!

Pero con gran decepción por su parte, nada ocurrió. Los libros que se habían caído el día anterior habían sido recogidos y vueltos a colocar en su sitio. Sólo se veía un hueco en las estanterías y era el que correspondía al lugar que había ocupado *la*

historia del «Castillo de la Luna».

Pronto se presentó Jack con el gran libro. Cerró la puerta y miró por toda la habitación.

—¿No ha habido sesión de circo todavía? —preguntó.

Las niñas movieron negativamente la cabeza.

—No. ¡Qué aburrimiento! —respondió Nora—. ¡Estos libros se comportan como libros!

Alguien golpeó en la puerta,

—¡Entren! —invitó Jack.

La puerta se abrió y Edie Lots miró hacia el interior.

—Me pareció haberles oído —dijo—. Por favor, no tiren ustedes los libros como hicieron ayer. Algunos se deterioran fácilmente.

—Nosotros no los tiramos. ¡Usted bien sabe que no lo hicimos! —protestó Nora—. Le contamos lo que había ocurrido y usted salió corriendo, como si estuviera muy asustada.

Edie no contestó. Se dio cuenta de que Jack llevaba en la mano aquel gran libro.

—¿Ha venido usted a devolver esto? —preguntó—. Voy a buscar la escalera. Ese libro pertenece a aquella estantería de allí arriba.

Salió y al cabo de un par de minutos regresó con la escalera. La apoyó contra los estantes y volvió a salir.

—Es mezquina —comentó Mike—. No me gusta. Ninguno de ellos me gusta. ¿Alguien quiere echar una última ojeada a este libro antes de que lo coloque en su sitio?

—No hablemos tan alto —recomendó Peggy de repente—. Presiento que Edie está escuchando detrás de la puerta. A mí me gustaría darle un vistazo más al libro y ver exactamente dónde está situado el pasadizo secreto que conduce a la torre.

Su voz se hizo tan tenue al pronunciar estas últimas palabras, que nadie que estuviese a la escucha podía haberlas percibido.

Todos volvieron a repasar aquellos planos.

—Es una lástima que no señale también las minas —dijo Jack—. Me gustaría encontrar un libro que tratara de las minas.

—¡Crash!

Los niños dieron un brinco. Un libro yacía junto a ellos, semiabierto.

—¡Bienvenido, querido libro! —exclamó Jack—. ¿Por casualidad eres un libro que trate de las minas?

Lo recogió. Pero no se trataba de las minas. Su título era *Rolando, duque de Barlingford. Historia de sus caballos*.

—Lo siento, duque Rolando —dijo Jack—. Pero tus caballos no me interesan. De todas formas, te agradezco que te hayas lanzado así sobre mi cabeza.

—Mira, Jack —susurró Mike. Y Jack se volvió rápidamente. Vio que Mike y los otros estaban mirando una pintura que había sobre el marco de la chimenea. Se balanceaba suavemente de un lado a otro. Era un cuadro tenebroso, que representaba montañas y colinas y que no tenía ningún interés, exceptuando el hecho de que se balancease de un lado a otro como si fuera un péndulo.

Jack se dirigió hacia él y lo sujetó con la mano. Inmediatamente se detuvo el movimiento.

—Eso no me gusta —dijo Nora—. ¡Es peor que los libros que saltan!

—¡Pum! ¡Crash!

Los niños se volvieron en redondo. En el suelo yacían dos libros más y Jack vio que un tercero se estaba tambaleando ya en su estantería. Al cabo de un momento, éste cayó también.

Cogió la escalera, la colocó bajo la estantería de donde habían caído los libros y se subió a ella. No vio nada que pudiese motivar la caída de los libros.

—Todos los libros han salido del mismo lado de la biblioteca y del mismo estante —observó Paul—. Es raro, ¿no os parece? ¡Caramba! ¡Ya vuelve a moverse el cuadro! Era verdad. Se movía de nuevo, aunque más lentamente que antes. Jack se detuvo en lo alto de la escalera y se quedó mirándolo. ¿Para qué servirían todos aquellos hechos tan tontos?

—Alcánzame los libros —dijo a Mike—. Los colocaré de nuevo en su sitio.

Al depositar el último en su lugar correspondiente, descendió de la escalera, si bien esperaba que otros se caerían muy pronto.

—Salgamos de aquí —dijo Nora—. A mí no me gustan estas cosas que ocurren.

—Ven, iremos arriba. Ahora nuestras habitaciones ya estarán limpias —dijo Mike. Por lo tanto, abandonaron la biblioteca y subieron a sus habitaciones. La señora Brimming salía de ellas con un plumero, un cepillo y un cubo.

—Ya están dispuestas —les anunció—. Ahora voy a arreglar la de la señorita Dimmity.

Los cinco niños entraron en sus habitaciones. Jack cerró las tres puertas que comunicaban con el exterior.

—Si vamos a buscar una puerta secreta, no nos conviene que nadie comparezca justo en el momento en que la hayamos encontrado —dijo.

Todos se sentían emocionados. Entraron en la habitación de Paul y examinaron el muro derecho. Estaba recubierto de paneles desde el suelo hasta el techo. A primera vista, parecía imposible que allí hubiese una puerta.

—Me maravilla que no oyeras a aquel individuo penetrar en tu habitación a través de la puerta secreta la noche pasada —dijo Jack a Paul.

—La verdad es que oí un par de ruidos —confesó Paul—. Pero creí que se trataba de Ranni que entraba y salía de la habitación. Se detuvo ahí, junto a la ventana. Vi su

silueta.

Jack permaneció un momento pensativo.

—Sin embargo, el hombre que entró por la puerta secreta corrió las cortinas, como bien sabes. Así es que no hubieses podido ver a Ranni junto a la ventana si las cortinas hubiesen estado ya corridas. El hombre, pues, debió de entrar cuando Ranni ya había salido.

—O quizá Paul vio al hombre junto a la ventana antes de que corriese las cortinas —aventuró Nora. Jack asintió.

—Sí, eso es también posible. Ahora venid, busquemos esa puerta. No abandonaremos nuestra tarea hasta que hayamos dado con ella.

Cada uno de ellos se colocó frente a una sección del muro de la derecha y empezó a rebuscar cuidadosamente por los paneles. Los empujaban, los golpeaban, los sacudían. Se apoyaban contra ellos e intentaban hacerlos correr.

—¡Vaya! Parece que no tenemos éxito —dijo Jack al cabo de un rato—. He examinado mi porción de pared hasta una altura de casi dos metros y no encuentro nada más que un panel ordinario. No hay secretos por ninguna parte. Cambiemos de sitio e intentemos cada uno en el lugar del vecino.

Así lo hicieron. Intercambiaron sus lugares respectivos y recomenzaron de nuevo la búsqueda. No dejaban de golpear, mover y empujar. Cada pequeño fragmento de madera era examinado y los crujidos se escuchaban con gran atención.

En medio de aquella fiesta, alguien intentó abrir la puerta de la habitación de los chicos y, al ver que no cedía, la golpeó fuertemente. Los cinco niños, que estaban muy absortos en su búsqueda, se sobresaltaron.

Pero era tan sólo Dimmy, que traía bizcochos y ciruelas para ellos. Se mostraba enfadada porque habían cerrado la puerta. Peggy corrió a abrirla.

—¿Por qué cerráis la puerta? —preguntó Dimmy.

—Para que Brimmy y las Lots no vengan por aquí —respondió Jack en tono veraz—. Siempre andan rondando a nuestro alrededor. ¡Oh, gracias, Dimmy, eres un hacha! Chocolate, galletas y ciruelas. ¡Cómo me apetecen!

Dimmy se fue y los niños descansaron de su trabajo para comerse los bizcochos y las ciruelas, sentados sobre la cama de Mike.

—Nos hemos pasado más de una hora buscando la maldita puerta —dijo Jack—. ¡Y, sin embargo, sabemos que ha de estar aquí! Es casi seguro que nuestro visitante nocturno tuvo que llegar por el pasaje de la torre. ¿Por qué no logramos entonces encontrarla?

—Lo probaremos otra vez —resolvió Mike. Le disgustaba mucho renunciar a sus propósitos—. Venid. Estoy seguro de que ésta vez lo encontraremos.

Pero no lo encontraron. Por fin, tuvieron que abandonar la búsqueda.

—No queda ni un milímetro de panel que no hayamos examinado detenidamente

—dijo Jack lanzando un gruñido—. Nos ha derrotado. Tengo la sensación de que no podre volver a mirar este panel cara a cara. ¡Estoy harto!

Todos lo estaban.

—Vayamos a dar una vuelta —propuso Nora—. Ya no llueve y ha salido el sol. Espero que a nadie se le ocurra venir mientras estemos fuera para desordenar de nuevo nuestras cosas. ¡Es un truco tan tonto...!

—Cerraremos las puertas —dijo Jack—. y nos llevaremos las llaves.

Así, pues, cuando abandonaron sus habitaciones, cerraron las tres puertas que daban al pasillo. En cambio, dejaron abiertas de par en par las que comunicaban una habitación con otra. Salieron a la luz del sol y se pasearon alrededor del enorme castillo, explorándolo a conciencia.

—Es casi la hora de comer —dijo Nora por fin—. Debemos entrar. Caramba, estoy muy desaliñada. Subamos arriba directamente para lavarnos. Dimmy se sobresaltaría si nos viese así.

Subieron por las escaleras y se dirigieron a sus habitaciones. Jack sacó la llave de su bolsillo. Abrió la puerta de la habitación de las niñas y todos entraron.

—Todo está en su sitio —exclamó Jack, satisfecho—. Esta vez no se han producido cambios. Sea quien sea el bromista, tanto si es hombre como mujer, no habrá podido entrar porque las puertas estaban cerradas. ¡Eso está bien!

—¡Mirad! Aquí está mi linterna... —gritó de repente Nora, señalando la mesilla que había junto a su cama—. Y también está la de Peggy.

—¡Y la mía! —dijo Mike, que había corrido hacia la habitación de en medio—. Y también la de Jack. Sin embargo..., todas las puertas estaban cerradas.

—Sí que lo estaban —asintió Jack—. Así es que el que trajo las linternas ha venido por el pasadizo secreto... por el que no podemos hallar. No hay otra manera de entrar. ¡Ha de estar aquí! ¡No cabe duda! ¡Han venido por él! Pero ¿por qué no somos capaces de hallarlo? Paul, ¿no se te ocurre algo que pueda ayudarnos? Tú eres el único que oyó un ruido y vio a un hombre. Concéntrate. Dinos todo lo que oíste o viste.

—Ya os lo he dicho todo —se lamentó Paul. No obstante, se concentró e intentó recordar los últimos detalles—. Sólo recuerdo el último ruido. Creí que lo hacía Ranni al salir de la habitación... Y una especie de sombra en lo alto de la pared y...

—¡Una sombra! ¡En lo alto de la pared! ¡Ya lo tengo, ya lo tengo! —gritó Jack con los ojos relucientes—. La entrada ha de estar en lo alto, claro está, más arriba de lo que hemos mirado... Esa sombra pertenecía sin duda alguna al visitante misterioso, que se marchaba por la puerta... por una puerta que está situada en lo alto del muro. ¡Ahora sí que la encontraremos!

CAPÍTULO XXI UNA EXTRAÑA EXCURSIÓN NOCTURNA

Los niños en aquel momento no podían detenerse a buscar la puerta, porque ya había pasado la hora de la comida. Seguramente pronto comparecería Dimmy a buscarles y estaría muy enfadada. Muy excitados entraron corriendo en el cuarto de baño, se lavaron las manos y apresuradamente se cepillaron el pelo.

Bajaron las escaleras y encontraron a Dimmy en el momento en que se disponía a ir a buscarles. Parecía muy disgustada. Peggy la cogió por la cintura y le dio un rápido abrazo. Esto impidió a Dimmy iniciar la riña. No pudo menos de reírse, puesto que Peggy la hizo caer.

—Eres demasiado violenta —dijo—. Por favor, poned en seguida la mesa. Hace diez minutos que la comida está esperando.

Los niños estaban deseando hablar de la puerta secreta y todavía más iniciar su búsqueda y encontrarla, pero, naturalmente, no querían mencionarla delante de Dimmy. Si lo hacían, tendrían que responder a tantas y tantas preguntas... Era su secreto y lo guardaron durante toda la comida.

—He dicho a Ranni que estuviera aquí con el coche a las dos —dijo de repente Dimmy. Fue como si les hubiera lanzado una bomba—. La señora Brimming me ha indicado una magnífica piscina, que se encuentra a unos diez kilómetros de aquí. Hace tanto calor hoy, que he pensado que a todos os complacería tomar un baño. Nos llevaremos la merienda y también la cena.

Fue una sorpresa para Dimmy que nadie se mostrara complacido. Ella no ignoraba la tremenda impaciencia que los niños sentían por volver a emprender la búsqueda de la puerta secreta, ahora que creían haberla localizado. Dimmy les fue mirando uno por uno, asombrada ante la falta de alegría que manifestaban.

—¿Es que no deseáis ir? —preguntó—. ¡Qué niños más raros sois! Yo creí que os gustaría mucho. Supongo que habéis hecho otros planes. Pero no importa, vuestros planes pueden esperar hasta mañana. Ahora ya he encargado que prepararan la merienda y la cena para llevarnos. Después de comer, apresuraos a recoger vuestros trajes de baño, porque no deseo hacer esperar a Ranni.

Jack se dio cuenta de que Dimmy estaba desilusionada porque ellos no se habían alegrado. Él tenía muy buen corazón. Por lo tanto, fingió que la idea le encantaba e instigó a los demás por debajo de la mesa para que hicieran lo mismo.

Todos representaron su papel con valentía y pronto Dimmy llegó a pensar que se había equivocado... ¡En realidad, los niños deseaban ir! Lo cierto era que, cuando subieron a buscar sus trajes de baño, empezaron a sentirse más contentos por el nuevo e inesperado plan. Un baño resultaría muy agradable en aquel día tan cálido y también una merienda y una cena en el campo les iría muy bien.

—La puerta secreta no se escapará —dijo Jack—. Seguirá en su sitio cuando

regresemos esta noche. La encontraremos fácilmente ahora que sabemos que está situada en los paneles, pero más alto de lo que buscábamos. Nunca lo hubiera creído. Divirtámonos esta tarde y esperemos que nuestra búsqueda sea fructífera esta noche.

Así, pues, todos se fueron alegremente y pasaron un rato magnífico, bañándose en un estanque tan azul como un nomeolvides y secándose luego, tendidos bajo el sol caliente y metiéndose una y otra vez en el agua.

La merienda fue más apetitosa de lo que podían imaginar e incluso Dimmy se quedó maravillada al ver todo lo que la señora Brimming había preparado para la cena. Todo el mundo disfrutó muchísimo. Cuando regresaron a casa, se sentían muy cansados. Habían nadado tanto, que sus brazos y piernas les dolían.

—Debéis iros inmediatamente a la cama —ordenó Dimmy, viendo que los cinco bostezaban—. Habéis tenido un día muy bueno y yo también y todos estamos más morenos que nunca.

Dieron las buenas noches a Dimmy y subieron. El entusiasmo que sentían por hallar la puerta secreta se había debilitado bastante desde la mañana. En realidad, solamente Jack y Mike parecían dispuestos a entregarse a la investigación.

—Nosotras nos vamos a la cama —anunció Peggy—. Nora y yo apenas si nos tenemos en pie. ¿Os importará buscar, la puerta a Mike y a ti solos, Jack? Estoy segura de que Paul tampoco deseará subirse con vosotros a las sillas y andar golpeando la pared por encima de su cabeza. Casi no puede mantenerse despierto.

—Idos a la cama y que también se vaya Paul. Mike y yo os avisaremos en cuanto descubramos la puerta —dijo Jack—. Por suerte, nos han devuelto las linternas. Ahora podremos ver lo que hacemos.

Las niñas se metieron en la cama, lo mismo que Paul, a pesar de que éste sentía que su obligación era ir a ayudar a los dos chicos. Estaba acostado y miraba cómo los otros acercaban las sillas a la pared. No obstante, de un modo súbito se quedó profundamente dormido.

—¡Sopla! —exclamó Jack mirándole—. Hubiera querido preguntarle si había una silla junto a la pared cuando se ha despertado esta mañana, porque me parece que, sea quien fuera el que se marchó por esta puerta tan elevada, necesitaría haberse subido a una silla para llegar hasta ella.

—Sí, tienes razón —asintió Mike—. Recuerdo haber visto una, Jack. ¡Estaba por aquí cerca! Pongamos una por aquí y subamos a ella. Así podremos ver si hay algo raro en los paneles más altos.

Colocaron una de las sillas de Paul en el lugar en que Mike había indicado y Jack se subió a ella. Tanteó los paneles por allí. La suerte le acompañó en seguida.

—¡He encontrado algo! —dijo en voz baja y entrecortada por la emoción—. ¡Un resorte! Lo estoy apretando. ¡Todo el gran panel se está moviendo!

Mike enfocó su linterna desde abajo. Su corazón latía fuertemente. Sí, un gran

panel se había deslizado hacia un lado, produciendo un fuerte ruido, y en la pared se vela una oscura abertura. ¡Ya habían encontrado la puerta secreta! ¡Qué bien escondida estaba! ¿Quién hubiera podido pensar en buscar una entrada junto al techo?

—¡Mike! Comprueba si las niñas están despiertas —dijo Jack—. Si es así, se lo diremos. Pero no despiertes a Paul. Está profundamente dormido. Para despertarle tendríamos que gritar tan fuerte que todo el mundo nos oiría.

Mike fue a la habitación de las niñas con su linterna y regresó inmediatamente.

—También están profundamente dormidas —comentó—. He sacudido a Nora, pero ni siquiera se ha movido. Mejor será que lo exploremos solos, Jack. Probablemente será mejor que si fuéramos todos.

—De acuerdo —accedió Jack—. Creo que es preferible que pongamos dos de nuestras maletas sobre la silla y luego nos subamos encima. En caso contrario, no veo la manera de llegar hasta esta abertura.

Mike fue en busca de las dos maletas, que colocó sobre la silla. Entonces ya les fue fácil llegar hasta la abertura. Jack pasó primero. Hizo bastante ruido, pero Paul ni se movió.

—Por el otro lado hay peldaños —dijo Jack, tanteando con el pie—. ¡Esto va bien! Dame mi linterna, Mike. La he dejado abajo.

Mike se la entregó y Jack iluminó el pasadizo.

—Sí, es un pasadizo —dijo—. Tendrá unos tres metros y medio de anchura. Voy a bajar los peldaños. Tú intenta seguirme.



Mike se encaramó por aquella extraña puerta y siguió a Jack, bajando los peldaños y llegando al pasadizo. Los peldaños parecían pertenecer a una escalera de mano, apoyada contra la pared, pero fue sencillo descender por ellos.

Ahora los dos chicos permanecían en pie el uno detrás del otro, en el interior del pasaje. Ambos no cabían en sí de gozo. ¡Habían hallado el camino! Pero ¿adónde conducía? ¿Desembocaría en la chimenea de la torre? Y si así era, ¿qué encontrarían allí? ¿Les llevaría al interior de una habitación? ¿Con quién tropezarían en la habitación?

Avanzaron lentamente por el pasadizo. Hacía mucho calor y el aire estaba enrarecido. Al principio se avanzaba en línea recta, pero pronto torcía en seco hacia la derecha.

—Me parece que estamos caminando por detrás de las paredes de algunas de las habitaciones que hay en este piso —dijo Jack—. ¡Hola! Ahora descendemos. Hay una pendiente.

Bajaron y luego volvieron a subir por una cuesta muy empinada. El pasadizo torcía a uno y otro lado, tal como lo habían visto en el plano. Y luego se detenía súbitamente.

Se acababa frente a una pared de piedra. Junto a la pared se habían colocado algunas anillas de hierro, que evidentemente servían para subir.

—Subamos por aquí —dijo Jack en voz baja, enfocando su linterna hacia arriba. Subieron un poco y luego Jack se paró.

—No puedo seguir adelante. Hay un tejado de piedra. Pero aquí veo una reja, o algo por el estilo, junto a las anillas de hierro. Tiene como una empuñadura. La moveré. ¡Espero que no haga demasiado ruido!

Con suavidad tiró hacia sí de la empuñadura. Ésta no dejó escapar ni el más leve sonido y Jack adivinó que estaba bien engrasada. No había duda de que aquél era el camino que empleaba el visitante nocturno siempre que deseaba ir a visitar la serie de las tres habitaciones, o cualquier otra de las estancias de aquel piso, sin que le vieran.

Jack miró por la abertura que había dejado la reja al abrirse. No veía nada. Reinaba una profunda oscuridad. ¿Estaría mirando hacia el interior del hogar de la chimenea que había en la habitación de la torre, el que había sido marcado con una T en el plano? ¡Seguramente! Escuchó con atención. No podía oír el más leve ruido, ni veía ningún rastro de luz.

—Voy a subir por la abertura —susurró a Mike, que estaba debajo de él—. Quédate aquí hasta que oigas un ligero silbido. Entonces, sígueme.

Jack se subió a la abertura y tanteó para encontrar por dónde debía descender. Sus pies toparon por fin con unos peldaños de piedra. Bajó por ellos con precaución, sin atreverse aún a encender su linterna. Adelantó las manos y tocó la fría piedra frente a él, detrás de él y a los lados. Decidió encender y apagar velozmente su linterna.

Cuando lo hizo, pudo darse cuenta inmediatamente de que estaba en medio del hogar de una chimenea. Sus pies reposaban sobre la piedra vacía en que se suele encender el fuego. Sólo tenía que inclinarse y caminar hacia delante para entrar en una de las habitaciones de la torre.

Se inclinó. En la habitación, la oscuridad era intensa, pero, al cabo de un momento, Jack pudo distinguir una estrecha faja de cielo estrellado. Supo entonces que estaba mirando por una de las estrechas ventanas de la torre y que, a través de ésta, veía las relucientes estrellas.

Lanzó un leve silbido y oyó el ruido que hacía Mike al subir a su vez. Percibió cómo se encaramaba por la reja y cómo bajaba los peldaños de piedra. Pronto los dos niños estuvieron de pie en medio de la oscura habitación. Jack encendió su linterna. La habitación era una salita y estaba amueblada muy confortablemente. En ella no había nadie.

—¡Cuántos sillones! —susurró Jack—. Guy parece sentir la necesidad de estar cómodo. ¿Qué hacemos ahora?

—Buscar la escalera de piedra de la torre y subir por ella —le contestó Mike en voz baja—. Arriba hay más habitaciones. Lo sabemos por el plano. Sígueme. La escalera estará sin duda al otro lado de esa puerta.

Procurando no hacer ruido, se dirigieron a la puerta y la abrieron. Fuera había una luz tenue que, evidentemente, servía para iluminar la escalera. Jack abrió la portezuela de la linterna en la cual lucía la luz y sopló la vela.

—No correremos tanto riesgo de ser sorprendidos si subimos a oscuras. Ten cuidado. No sabemos con qué tendremos que enfrentarnos —susurró.

Las suelas de goma de sus zapatos no hacían ruido al posarse sobre los peldaños de piedra. La escalera daba vueltas y más vueltas por el interior de la pared de la torre. Al fin llegaron a una puerta que estaba un poco entreabierta. La habitación a la que daba paso se hallaba a oscuras.

Jack escuchó, pero no oyó nada. Empujó la puerta y miró al interior. Estaba seguro de que allí no había nadie. Encendió rápidamente su linterna y quedó muy asombrado.

—¡Un dormitorio! —murmuró a Mike—. Mira, hay camas, ¡muchísimas camas! ¿Quién vivirá aquí? ¡Vaya! No se trata solamente de Guy, sino de un montón de gente. ¿Qué estarán haciendo en esta torre?

—Hay otra habitación más arriba —musitó Mike, cuyo corazón latía como si fuera una máquina—. Quizás allí ocurra algo.

Dejaron aquel dormitorio y subieron por las escaleras. Antes de llegar a la puerta siguiente, oyeron voces fuertes.

Se detuvieron inmediatamente y se apretaron el uno contra el otro, casi sin respirar. Parecía que en la habitación más alta de la torre se hubiera entablado una

pelea.

Se oían voces de enfado, pronunciadas en un lenguaje extranjero. Luego se oyó como si algo se cayera. ¿Sería una mesa?

—¿Quiénes serán? —susurró Jack—. Parece como si fuesen muchos. Propongo que nos quedemos aquí y escuchemos, ¿vale?

CAPÍTULO XXII

MOMENTO CUMBRE DE LA AVENTURA

Los dos niños subieron de puntillas los escasos peldaños que quedaban y llegaron a otra puerta que, como la anterior, aparecía entreabierta. Fuera de esta puerta había una pequeña plataforma y de ésta arrancaba una escalera más estrecha, que conducía hacia arriba.

Jack aplicó su boca al oído de Mike.

—Si sale alguien, nos encaramaremos por estas escaleras. No creo que piensen que puede haber alguien aquí arriba a estas horas de la noche. Me imagino que esta escalera debe de conducir al tejado de la torre.

Mike asintió. Fijó sus ojos en la rendija de la puerta y lo mismo hizo Jack. La abertura era bastante ancha y permitía a los chicos ver bien toda la habitación. Quedaron extrañados al descubrir a tantos hombres.

La mitad de ellos llevaban el extraño equipo que los chicos habían visto a los hombres que estaban en la mina. Sus cabezas quedaban ocultas por unas caperuzas, con agujeros a la altura de los ojos, los cuales, a su vez, iban protegidos por un material duro y transparente. Jack pensó que quizá fuera una especie de mica resistente al calor.

Los demás llevaban trajes corrientes, pero iban recubiertos por unos monos. Jack dio un empujón a Mike cuando reconoció a Guy entre los que vestían mono. No cabía duda, aquélla era su fea cara, con sus feroces ojos.

Se veía claramente que todos estaban enfadados con Guy. Le gritaban en idiomas extraños. Movían los brazos y le amenazaban. Él se encontraba en medio, muy sofocado.

—Nos has dicho que estábamos seguros aquí, ya que podíamos hacer nuestro trabajo en secreto. Nos has dicho que nunca venía nadie a este castillo, ni a las minas. Y ahora, antes de que hayamos acabado el trabajo, nos dices que debemos abandonar esta torre.

Otro hombre añadió algo, gritando en un idioma extraño, y Guy protestó.

—Ya os he dicho que no es culpa mía —se defendió—. Hemos permanecido aquí sin ser vistos durante casi dos años, gracias a la ayuda que mi madre y mis tías me han proporcionado desde que yo descubrí por primera vez el valioso metal que existe en la vieja mina. ¿Es cierto o no que os he dejado participar en ello? Yo os he ayudado con mis conocimientos. Pero os aseguro que si continuamos en esta torre todo se descubrirá. Han alquilado el castillo y la torre ha de quedar abierta.

De nuevo todos comenzaron a gritar. Luego, un hombre, que parecía bastante tranquilo, habló:

—¿De manera que tú propones quedarte con el material que está preparado y esconderlo? ¿Y que nosotros abandonemos esta torre y nos vayamos a vivir a las

minas, trabajando allí hasta que el castillo esté de nuevo desocupado y podamos regresar y vivir en la torre para acabar nuestro trabajo?

—Sí. Es la única cosa sensata que podemos hacer —asintió Guy—. Bien lo sabéis. El señor de Luna es el propietario del castillo, de las minas y de todo lo que contienen. Tanto si es de valor, como si no. Él cree que se trata solamente de minas de estaño, pero nosotros sabemos más. A causa de aquel extraño incendio ocurrido hace años, que hizo huir a los mineros y les produjo aquella rara enfermedad que produce comezón, se formó un nuevo metal. Lo hemos llamado *stellaestefany* y será uno de los más poderosos y valiosos del mundo...

Se oyeron de nuevo gritos y alguien dio un puñetazo sobre la mesa.

—Y tú deseas que te dejemos a ti solo para venderlo, mientras nosotros estemos viviendo en las minas —gritó uno de los hombres que iba encapuchado—. No confiamos en ti, Guy Brimming. Nunca hemos confiado. No eres de fiar.

Guy les miró con expresión de amargura.

—¿Que no soy de fiar? ¿Y quién de vosotros es de fiar? ¡Ninguno! Está bien; o confiáis en mí y salvamos algo de todo esto, o no confiáis en mí y todo nuestro esfuerzo se pierde.

A esto siguió una acalorada discusión en varios idiomas. Por fin, el hombre que hablaba con tranquilidad dio su veredicto.

—Está bien. Hemos de confiar en ti. Acabemos de preparar la última partida de material y puedes llevártelo con el restante. Luego iremos por el pasadizo secreto hasta las minas y permaneceremos allí trabajando hasta que nos enteres de que hay seguridad. Allí tenemos mucho alimento.

—Eres prudente —dijo Guy con amargura y desagrado—. Seguid trabajando, pues. Quiero irme esta noche. Por un momento tuve la esperanza de asustar a los locos que querían el castillo, pero no he podido lograrlo. No me atrevo a permanecer aquí por más tiempo.

—Está bien —replicó el hombre tranquilo—. Acabaremos esta partida de material y podrás llevártelo. Mañana trasladaremos todas las camas a las bodegas que hay bajo la torre, de manera que nadie sospeche nada cuando vean la habitación. El resto de los muebles no importa. Luego nos iremos. Pero esta noche debemos ir a las minas. Todos hemos visto aquella luz sobre el pueblo en ruinas después de habernos marchado la noche pasada. Hay varias cosas que habrán de hacerse allí inmediatamente.

Se oyó refunfuñar a muchos, pero se veía claramente que ahora estaban ya todos de acuerdo. Jack y Mike contemplaron maravillados las escenas siguientes:

Uno de los hombres colocó lo que parecía un cilindro de cristal en medio del suelo, lo fijó y empalmó con él unos tubos de cristal. A continuación, los hombres encapuchados trajeron dos o tres palas estrechas, que venían guardadas en unas

bolsas.

—Apartaos —dijeron a los hombres que llevaban mono— y cubríos la cara.

Todos se apresuraron a retirarse. Algunos hombres se pusieron de cara a la pared y se agacharon. Jack y Mike tenían mucho miedo, pero no podían dejar de mirar.

Los hombres encapuchados descubrieron las estrechas palas y vaciaron sobre ellas un raro material reluciente, que introdujeron por una amplia abertura que había en lo alto del cilindro de cristal. Otro hombre vertió un líquido incoloro en los tubos de cristal mientras el reluciente material se deslizaba por el interior del cilindro.

¡Entonces toda la habitación pareció desvanecerse! En su lugar, apareció un brillo centelleante, que envolvió todas las cosas, un brillo que era del mismo extraño color desconocido que los chicos habían visto extenderse por el cielo, por encima del pueblo en ruinas, la noche anterior.

Mike y Jack miraban por la abertura fascinados y como si estuvieran en trance. ¿Qué era aquello? En la habitación no podían ver nada más que aquella luz sobrenatural. Los hombres, las sillas, el suelo, las paredes... todo había desaparecido.

Los ojos de Jack empezaron a dolerle y también los de Mike. Se los taparon con las manos y se apartaron de la puerta un poco, subiendo por los peldaños de piedra. Se sentaron. Durante un rato se quedaron completamente ciegos. ¡No era extraño que hubieran recomendado a los hombres que se taparan los ojos!

—Si este material irradiante se convierte en *stellaestefany*, o como lo llamen, es algo verdaderamente maravilloso —susurró Jack por fin—. Nunca en mi vida he visto algo parecido.

—Escucha, alguien se acerca a la puerta —dijo Mike apretando el brazo de Jack—. Debe de ser Guy, con el material que quiere llevarse esta noche.

Alguien salió por la puerta abierta y descendió las escaleras. Los chicos vislumbraron vagamente que llevaba debajo del brazo una caja de metal. ¿Estaría en ella el precioso *stellaestefany*? Seguramente.

—Sigámosle y veamos si sale por la puerta de abajo de la torre —murmuró Jack.

Así lo hicieron y, cuando llegaron al dormitorio, vieron que había luz. Sin duda, Guy había entrado en aquella habitación. ¿Iría a recoger algunas de sus ropas?

Y de pronto Jack hizo algo con tal velocidad que Mike, al principio, no pudo darse cuenta de lo que se proponía. Corrió por las escaleras abajo hasta la puerta, la cerró con llave y retiró ésta del cerrojo. Se oyó un grito de espanto desde la parte de dentro y una voz enojada gritó:

—¿Quién es? ¿Qué estáis haciendo?

Luego se oyeron pasos que corrían hacia la puerta. El hombre que estaba dentro la sacudió con violencia y empezó de nuevo a gritar cuando la encontró cerrada con llave.

—¡Oh, Jack, lo has atrapado! ¡Le has hecho prisionero! —exclamó Mike con

gran alegría y admiración—. No podrá salir de este cuarto. Ni siquiera le oirán desde arriba.

—No importaría si le oyesen —dijo Jack—. ¡Yo me llevo la llave! —Y se la metió en el bolsillo.

—¿Qué haremos ahora? —susurró Mike con voz temblorosa por la emoción.

—¿Seguimos a los hombres hasta la mina? —propuso Jack.

—No. Encerrémosles en la habitación de arriba, como has hecho con Guy en ésta —dijo Mike, que casi se sentía atolondrado por la brillantez de su propia idea.

—¡Pues vamos allá! —dijo Jack, que estaba fuera de sí por todas estas súbitas emociones. Corrieron escaleras arriba y llegaron de nuevo a la otra habitación. Con precaución miraron por la abertura.

Allí continuaban los hombres, que, con toda evidencia, se preparaban para marcharse, porque ahora todos llevaban aquellos amplios ropajes y las capuchas. Jack se dio cuenta de que debían encerrarlos inmediatamente, porque, en caso contrario, empezarían a salir. Dio un portazo y buscó la llave.

¡No había ninguna! Desde dentro se oyeron gritos de enfado y Jack cogió del brazo a Mike.

—¡Tenemos que escondernos! ¡No hay llave! Empujó a Mike por las escaleras que subían hacia el tejado, en el justo momento en que la puerta se abría de par en par y salía un hombre que parecía un fantasma con su extraña vestimenta.

—¿Quién ha sido? —gritó el hombre—. ¿Quién está haciendo el asno con la puerta? ¿Eres tú, Guy?

Un murmullo brotó a sus espaldas y fue transmitido hacia delante.

—Claro que fue Guy. ¿Quién más podía ser? ¿Por qué continúa aquí todavía? Venid, sigámosle y veamos qué está haciendo.

Todos aquellos hombres descendieron por las escaleras, incapaces de sospechar siquiera que dos niños muy asustados se encontraban en ellas tan sólo un poco más arriba que ellos.

Hicieron mucho ruido al descender por las escaleras, tanto ruido que, cuando Guy les gritó al pasar por la puerta cerrada del dormitorio, ninguno le oyó. Los chicos, que seguían a los hombres con un poco de retraso, le oyeron gritar claramente y sonrieron.

Los hombres descendieron hasta el pie de la torre y allí se detuvieron.

—Se ha ido. Ha abierto la torre y se ha ido por fin —dijo uno de ellos—. ¡El viento debe de haber cerrado la puerta allí arriba! ¡Somos unos cobardes, que nos asustamos por nada!

Otro de los hombres sacó una gran llave, que colocó en el cerrojo de la puerta de la torre. La abrió y salió a la pequeña habitación cuadrada en la que desembocaba la escalera. Los otros le siguieron.

Uno de aquellos individuos lanzó una súbita exclamación:

—Se me ha olvidado coger mis notas, que están en la salita. Voy por ellas y ya os alcanzaré. Dadme la llave y yo cerraré la puerta de la torre detrás de mí cuando haya recuperado mis apuntes.

Le entregaron la llave. Jack y Mike volvieron a subir las escaleras a toda prisa, tan silenciosamente como les fue posible. Si aquel hombre volvía a buscar algo a la habitación de arriba, los atraparía sin remedio si antes no se apresuraban a quitarse de en medio.

El hombre subió las escaleras lenta y pesadamente. No había oído a los niños. Éstos habían corrido hasta más allá de la puerta de la salita y permanecían en los peldaños de más arriba, temblando de emoción. El hombre entró en la habitación y encendió una linterna. Le oyeron abrir un cajón.

—Ven, descendamos —dijo Jack de pronto en voz muy baja—. Es la única posibilidad que tenemos de salir de la torre antes de que la cierre. Al mismo tiempo, podremos ver adónde se dirige. Tal como creíamos, debe de haber un pasadizo secreto que conduce a las minas.

Corrieron hacia abajo en silencio, hasta llegar a la planta baja, salieron por la puerta de la alta y estrecha torre y se escondieron detrás de uno de los cofres, esperando. Pronto oyeron pasos y el hombre apareció de nuevo. Salió por la puerta, iluminando su camino con la linterna. Luego cerró la puerta y pasó el cerrojo cuidadosamente. Los niños le miraban sin atreverse a respirar. ¿Qué haría luego?

Se dirigió a un lado de la habitación cuadrada, revolvió detrás de un cofre y sacó algo de allí. En medio de la habitación, una gran piedra se movió tan silenciosamente como si hubiese estado engrasada. Los niños miraban el boquete que se había abierto en el suelo y que quedaba iluminado por la luz de la linterna del hombre. Se sentían atónitos. ¡Tantas y tantas veces como habían pisado aquella piedra!

El hombre se dirigió al boquete, se sentó en su borde y con cuidado se deslizó hacia su interior y desapareció por él. Al cabo de unos segundos, los chicos salieron de su escondrijo e iluminaron con su linterna. En el momento de encenderla, vieron cómo la piedra subía lentamente y, en silencio, se colocaba de nuevo en su sitio.

—¡Mira esto! —exclamó Jack—. ¡No estoy seguro de que no estemos teniendo un sueño muy raro, Mike! ¿Qué haremos ahora?

—¡Seguiremos a ese hombre! —respondió Mike con vivacidad.

Jack denegó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso —dijo—. También a mí me gustaría, pero es posible que nos perdiésemos bajo tierra intentando hallar dónde se había metido este hombre. Nos lleva demasiada ventaja. ¡Ya sé lo que haremos!

—¿Qué? —preguntó Mike.

—Ayúdame a colocar uno de estos pesados cofres sobre la piedra que sube y baja

—dijo Jack—. Así ninguno de los hombres podrá salir. ¡Les habremos atrapado! Si hacen descender la piedra, esto no les proporcionará una salida, porque se encontrarán con el cofre encima. ¡Les habremos atrapado limpiamente!

Así, pues, los dos niños arrastraron el mayor de los cofres hasta colocarlo sobre la piedra movediza y luego se miraron uno a otro con gran regocijo.

—Tenemos a Guy encerrado en el dormitorio de la torre y hemos interceptado la salida de los otros, a menos que puedan salir a través del muro de escombros que hemos descubierto en las minas y subir por el pozo. ¡Pero estoy seguro de que no lo harán! —Mike se frotaba las manos con regocijo.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Jack—. ¿Nos metemos en la cama? Todos los bandidos están encerrados, así es que podemos hacerlo. Mañana por la mañana se lo diremos a Dimmy y a Ranni. ¡Qué gran sorpresa para ellos y también para los demás! ¡Vámonos!

—Espero que no nos despertemos de pronto para darnos cuenta de que hemos soñado —dijo Mike—. ¡Con franqueza, ésta ha sido una de las noches más emocionantes que hemos tenido en la vida!

CAPÍTULO XXIII UN EMOCIONANTE FINAL

A la mañana siguiente, Mike y Jack dormían aún profundamente mientras sus compañeros estaban completamente despiertos. Paul decidió despertarlos. Entró corriendo a la habitación de los muchachos.

—Pero ¿qué es lo que ocurrió la noche pasada? ¡Encontrasteis la entrada secreta y no me despertasteis! ¡Todavía permanece abierta en mi habitación! ¡Sois unos frescos!

Las niñas se reunieron con él muy emocionadas al oír tales noticias. Mike y Jack se despertaron bruscamente. Jack recordó inmediatamente los acontecimientos de la noche anterior y se sentó de un brinco sobre la cama de Mike.

—¡Caramba, Mike, cuánto deseo saber cómo están nuestros prisioneros!

Mike sonrió. De repente lo recordó todo. ¡Cielo santo! ¡Qué novecita! Paul y las niñas empezaron a aullar, reclamando todas las novedades respecto a la puerta secreta y a lo que habían hecho los chicos después de haberla encontrado. Querían saber todo lo que había ocurrido.

Cuando los muchachos se lo contaron, no podían creer lo que oían. Mientras escuchaban, sus ojos casi se les salían de las órbitas. ¡Tantísimos hombres! ¡Y todos viviendo en la torre! ¡Y Guy habiendo descubierto aquel precioso material, fuera lo que fuera, y reclutando hombres para trabajar en las minas y manteniéndolo todo en gran secreto!

—¿Y dices que está encerrado en el dormitorio de la torre? —gritó Nora con emoción—. ¿Cómo se te ocurrió? ¡Y tantos hombres encerrados bajo tierra! ¡Vayamos rápidamente en busca de Dimmy y de Ranni!

Dimmy se quedó muy sorprendida al ver que sobre ella se lanzaban cinco excitadas criaturas. Ella les estaba esperando pacíficamente para tomar el desayuno.

—¡Dimmy! ¡Dimmy! ¡Escucha lo que Jack y Mike han descubierto! —gritó Nora.

—Yo voy a buscar a Ranni —dijo Paul—. Tiene que oírlo también.

Salió corriendo y regresó al cabo de un momento acompañado por el gran baroniano, que parecía asustado por esta urgente llamada.

El desayuno se olvidó. Los niños contaban su historia. Dimmy les escuchaba, muda de sorpresa. También Ranni prestaba atención y movía la cabeza de vez en cuando. Por fin, soltó una carcajada cuando oyó que Guy había quedado encerrado en el dormitorio de la torre.

Se rió todavía más cuando se enteró de que los dos chicos habían colocado un pesado cofre sobre la entrada del pasaje subterráneo que conducía a las minas. De pronto, quedó muy serio.

—No debí reírme —dijo en tono de disculpa, dirigiéndose a Dimmy, que

permanecía muy seria y estaba pensando esto mismo—. Hemos corrido un peligro, un gran peligro. Ahora me doy cuenta. Ahora veo claras muchas cosas que antes me intrigaban.

—También yo —repuso Dimmy con seriedad—. Aunque parece que estos chiquillos lo hayan arreglado todo muy bien sin nuestra ayuda... Sin embargo, yo creo que ahora hemos de avisar a la policía.

—Sí —asintió Ranni—. Es un asunto grave. Hemos de advertir de ello al señor de Luna. Habrá de regresar volando de América o de donde se halle.

—Será mejor que llame a la señorita Brimming y a las Lots —decidió Dimmy—. Estoy segura de que estaban enteradas de todo esto.

Lo estaban en efecto. Eran unas mujeres asustadas las que se presentaron ante Dimmy y Ranni para contestar a sus preguntas.

La señora Brimming lloraba amargamente. No podía dejar de hacerlo. Sus larguiruchas hermanas se sentían también asustadas. No obstante, Edie Lots mostraba un aspecto desafiador.

—No acuse usted a mi hermana —dijo—. Ella nunca quiso que su hijo hiciera esto, pero yo le insté para que lo ayudara. ¡Es un hombre inteligente! Debería ser uno de los científicos más importantes del mundo. Eso es lo que debería ser...

—Pues no lo será —replicó Dimmy—. Ha actuado muy mal. Las minas no son propiedad suya y él no tenía derecho a hacer venir aquí a tantos hombres y hacerlos vivir en la torre. ¿Qué dirá el señor de Luna cuando se entere de todo esto?

La señora Brimming sollozó aún más fuertemente. Los niños se entristecieron por ella. Pero Edie Lots habló con voz dura:

—El señor de Luna nunca viene por aquí. No usa para nada su castillo, ni sus minas. ¿Por qué no había de aprovecharlos mi sobrino?

—Lo que usted dice son locuras —rechazó Dimmy—. ¿No se da cuenta de que todos ustedes se han metido en un lío muy serio?

—Yo supongo que todos aquellos raros acontecimientos eran causados por ustedes tres —intervino Jack—. Los libros que brincaban, los ruidos de *tuang* y *dong* y todo lo demás. Ustedes deseaban hacernos huir asustados.

—Sí —respondió Edie Lots, aún en tono desafiador—.

Pero yo sola lo llevaba a cabo. Mis hermanas se habían negado. Mi sobrino los inventó. Ya les digo que es un genio. Él me enseñó a hacerlos funcionar. La puerta de delante que se abre sola se consigue por medio de un cable. Y los libros que saltan... pues bien, existe un pequeño pasadizo detrás de las estanterías y Guy hizo algunos pequeños agujeros en la pared a la altura de una de las estanterías, de manera que, cuando yo me introducía en el pasadizo, podía empujar un libro con mi dedo y hacerlo saltar de la estantería.

—¡Pues es una cosa muy tonta! —exclamó Jack—. No hemos buscado los

agujeros de detrás de las estanterías. ¿Y cómo se producían los ruidos de *tuang y dong*? ¿Cómo los producían los instrumentos colgados en la pared?

—No eran aquellos instrumentos —respondió Edie Lots, que parecía muy satisfecha—. En el interior de las chimeneas hay un dispositivo mecánico. Cuando se dispara, hace aquellos ruidos a intervalos regulares.

—¡Caramba! Por eso no podíamos nunca descubrir de qué instrumento provenía —dijo Mike—. ¿Y cómo conseguían aquellos relucientes ojos del retrato del señor de Luna?

—Los ojos en la tela del cuadro se rascaron hasta dejar la trama muy delgada y luego se pintaron de nuevo. En el centro de cada uno se le hizo un agujero —explicó Edie Lots—. Y hay una luz detrás de cada ojo, que puede encenderse desde el exterior de la habitación. Yo esperaba fuera cuando ustedes estaban dentro y encendía y apagaba la luz. Y el siseo era producido por un fuelle, que se hacía funcionar al mismo tiempo. Todas estas cosas se le ocurrieron a mi sobrino.

—¿Y fue usted también quien cambió de sitio los muebles de las habitaciones y rompió los jarrones? —preguntó Dimmy, interviniendo de repente en esta extraordinaria conversación.

—Yo me encargué de todo —exclamó Edie con orgullo—. Y también hice balancear los cuadros. Guy los había preparado.

Su larguirucha hermana mantenía la cabeza baja y la señora Brimming seguía sollozando con gran desolación. Pero Edie se sentía orgullosa y feliz. Ella era la que había ayudado a su amado sobrino y esto era lo único que importaba.

—¡Oh, qué decepcionante! ¡Todo tiene una explicación sencilla! —dijo Peggy—. Sin embargo, yo creo que muchas personas se hubiesen asustado de veras.

—Sí, algunas personas se asustaban de veras —repuso Edie.

Los niños pensaron en el hombre que había entrado en la biblioteca para consultar los antiguos libros. ¡Qué dichosas se sentirían las hermanas cuando éste fue contando por todas partes que en el castillo ocurrían *cosas raras*!

Nadie deseaba desayunarse. Dimmy despidió a las tres guardianas y empezó a verter el té en las tazas. Ranni se sentó con ellos y su brazo rodeaba la espalda de Paul. Parecía pensar que Paul había escapado a grandes peligros y que ahora debía ser vigilado a cada minuto.

Todos siguieron hablando con gran seriedad durante algún tiempo.

—Creo que debería usted coger el coche e ir a informar a la policía, Ranni —dijo Dimmy—. No creo que esto importe en cuanto a la venida de su majestad, la reina de Baronia, pero pienso que debemos dejar solucionado este asunto antes de que ella llegue.

—Sí. Guy habrá de salir del dormitorio de la torre, por ejemplo —dijo Nora.

Ranni se levantó para salir. Los niños comieron muy poco. Estaban demasiado

excitados y demasiado deseosos de hablar. Esperaban con afán que llegara Ranni con la policía y se sintieron muy nerviosos cuando oyeron el ruido del motor y el claxon que tocaba Ranni para advertirles de su llegada.

Después, todo sucedió muy rápidamente. Ranni había relatado ya a la policía la mayor parte de aquella extraña historia. Enviaron a dos hombres a buscar al furioso Guy, que permanecía aún en el dormitorio de la torre. Con facilidad pudieron abrir la puerta de la torre y subieron por la escalera de piedra, llevando en su mano la llave del dormitorio que Jack les había entregado. Muy pronto un Guy extraordinariamente desgreñado era introducido en el coche de la policía. Era un Guy enfurecido, asustado y sorprendido.

Su madre, que continuaba sollozando, y sus dos tías no pudieron hablarle. De momento, no se tomó ninguna medida contra ellas. El señor de Luna decidiría lo que se debía hacer cuando regresara de América, al día siguiente. Regresaba por avión, muy extrañado por todo lo que la policía le había contado por cablegrama. En cuanto a los mineros que estaban bajo tierra, pronto se vieron rodeados por una formidable red de policía. Jack y Mike obtuvieron permiso para descender por el pasadizo secreto hacia las minas, con la condición de que se mantendrían detrás de la policía y junto a Ranni. Éste no permitió que Paul les acompañara y ello fue causa de que el muchacho se mostrase muy ofendido.

El pesado cofre fue apartado de su lugar sobre la losa que cerraba la entrada al pasadizo secreto. Mike se dirigió al cofre detrás del cual había visto manipular al hombre. Encontró una palanca de hierro que sobresalía un poco de la pared. La movió y, lentamente, la piedra del centro de la habitación se deslizó hacia abajo y dejó ver la abertura que constituía la entrada del pasadizo secreto.

Todos se introdujeron por ella. El pasadizo subterráneo resultó ser un lugar bastante desagradable. Casi siempre era demasiado estrecho y de techo bajo y rezumaba humedad. Descendía por debajo de la colina, dando rodeos. Ranni pensó que se trataba del lecho de algún riachuelo subterráneo, que se había ido desecando y había dejado aquella especie de túnel.

Por fin, llegaron a las minas. A partir de ese momento, el pasadizo se tornó seco y su techo se elevó. Pronto se hallaron en un pequeño túnel, cercano al lugar en el cual los chicos habían visto aquel magnífico fuego. Estaba justo enfrente de aquella pared de escombros tras la cual habían contemplado aquella extraordinaria visión.

Todos los hombres estaban reunidos en la bodega principal, asustados y ansiosos. Habían regresado a la entrada del pasadizo y habían apartado la piedra que la cerraba, a fin de salir y dirigirse de nuevo a la torre. Pero, naturalmente, habían encontrado la salida bloqueada por aquel pesado cofre y no se habían atrevido a intentar moverlo. En realidad, no se les ocurría lo que aquello podía ser. Habían cerrado de nuevo la losa y se habían retirado a las minas.

Cuando vieron los uniformes de la policía, un murmullo se elevó de entre los mineros. Éstos tenían un aspecto muy extraño, con sus ropas y sus capuchas. Ranni se asustó al verlos.

Los hombres habían temido que aquello sucediera desde que vieron que la salida había sido bloqueada. Todos pensaban que Guy había intervenido en aquello y estaban dispuestos a confesarlo todo e incluso a entregarlo. Hasta después de haberlo contado todo, no se enteraron de que Guy también había sido encarcelado y de que había permanecido encerrado toda la noche en el dormitorio de la torre.

—Si los hombres lo hubiesen sabido, hubiesen podido huir por aquel lado —dijo Jack, señalando el muro de escombros que se alzaba al otro lado de la caverna—. Les hubiese bastado con derribar los escombros y escapar por el pozo. ¡Nosotros lo sabíamos, pero ellos no!

—Nunca se imagina uno lo que los niños son capaces de llegar a saber —comentó un policía muy alto, que lucía una amplia sonrisa—. Pero ahora quedaos atrás con vuestro amigo «Barbarroja». No necesitamos vuestra ayuda en primera línea.

Se llevaron a todos los prisioneros en los coches de policía. Ranni y Dimmy suspiraron con alivio. Les aterraba pensar en la gran cantidad de secretos que encerraba el «Castillo de la Luna».

—Me parece que podríamos coger el coche e ir a comer a Bolingblow —dijo Dimmy con gran alivio—. Estoy segura de que la señora Brimming y sus hermanas no se encuentran en condiciones de preparar una comida hoy.

—Sí, vayamos —asintió en seguida Nora—. Podremos decirle a la camarerita que tenía razón. En el «Castillo de la Luna» pasaban *cosas raras* y se oían *extraños ruidos*. ¡Vayamos allí!

—No le dirás nada —le prohibió Dimmy—. Eso no le importa en absoluto. No queremos que las noticias corran por todo el pueblo, exageradas y desfiguradas. ¡Nunca acabaríamos de oírlas!

—Dimmy, ven a ver la torre —rogó Jack.

—No, gracias —respondió Dimmy con firmeza—. Hoy no me siento con fuerzas para enfrentarme con esa horrible torre, por más que me gustaría ver el paisaje que se divisa desde lo alto.

—¿Vendrá mi madre, a pesar de toda esta historia? —preguntó Paul con angustia—. No le habrás dicho que no venga, ¿verdad, Dimmy?

—No, al contrario —contestó Dimmy—. He recibido carta suya esta mañana. Me había olvidado de contároslo a causa de tantos acontecimientos. Dice que, puesto que tus hermanos ya están bien, llegarán mañana. ¿Qué os parece?

—¡Aplastante! —exclamó Mike en seguida—. Temía aburrirme ahora que ya se había acabado esta aventura si ellos tardaban mucho en llegar. Pero ya veo que no

tendremos que esperar mucho. ¡No podía solucionarse mejor!

—Lo cierto es que hemos aclarado todos los misterios en el momento oportuno —añadió Jack—. ¿No te parece que somos muy listos, Dimmy?

Dimmy no quería confesar que lo eran. Se rió y enmarañó el pelo a Jack.

—¡*Tuang!*

—¡Oh Dios mío! No me digáis que esos horribles *tuangs* y *dongs* van a continuar —gritó Dimmy—. ¡No puedo soportarlo!

—¡*Dong!*

Los niños se retorcían de risa. Jack se dirigió hacia la parte trasera de la habitación en forma de ele y miró al interior de la chimenea, iluminándolo con su linterna.

Tanteó con la mano y la sacó sosteniendo en ella un extraño aparatito de metal, semejante a una maquinaria de reloj y compuesto de pequeños martillos.

—Aquí lo tienes —dijo dejándolo sobre la mesa—. Éste es el *tuang* y el *dong* en persona. ¡Uno de los grandes misterios del «Castillo de la Luna»!

—¡Viva el «Castillo de la Luna»! —gritó Nora—. ¡Y hurra por sus secretos, incluso los *tuangs* y los *dongs*!

El aparato del *tuang-dong* hizo un sonido raro. La cuerda de su aparato de relojería pareció soltarse. Lentamente, uno de sus pequeños martillos se levantó y golpeó el metal de debajo.

—¡*Dong!*

—¡Ya se ha acabado! —dijo Jack—. Se ha terminado, igual que esta aventura. ¡Mientras ha durado, ha sido divertidísima!

FIN



ENID BLYTON (Londres, Gran Bretaña, 1897 - Londres, Gran Bretaña, 1968). Enid Mary Blyton Pollock Darrell Waters, nacida Enid Mary Blyton fue una prolífica escritora inglesa de literatura infantil de más de 600 novelas con su nombre de soltera Enid Blyton y su nombre de casada Mary Pollock.

Enid Mary Blyton nació el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich, Londres, Inglaterra, la hija mayor de Thomas Carey Blyton (1870-1920) y Theresa Mary, nacida Harrison (1874-1969), que tuvieron además dos hijos; Hanly Blyton (1899-1983) y Carey Blyton (1902-1976). Estaba muy unida a su padre, por lo que la afectó mucho que abandonase a su esposa, para irse a vivir con otra mujer.

De 1907 a 1915 estudió en la St. Christopher's School en Beckenham, donde fue siempre la primera de su clase. Adoraba el deporte y la literatura y despreciaba las matemáticas. Aprendió a tocar el piano, en lo que demostraba algún talento, pero dejó sus estudios musicales para formarse como profesora. Durante cinco años fue institutriz en Bickley y Surbiton y consagraba su tiempo libre a la escritura.

Tras la Primera Guerra Mundial, publicó su primer libro, poético, *Murmullos de niño* (*Child Whispers*) en 1922. Fue en su editorial George Newnes, dónde conoció a Hugh Alexander Pollock (1888-1971), un distinguido héroe de guerra que trabajaba como editor. Hugh, estaba divorciado de su primer esposa Marion Atkinson, con quien había tendido dos hijos: William Cecil Alexander (1914-1916) y Edward Alistair (1915-1969). La muerte de su primogénito, la infidelidad de su esposa y posterior

divorcio, le habían hecho caer en una depresión y el alcoholismo, que arrastraría a lo largo de toda su vida.

Enid y Hugh contrajeron matrimonio el 28 de agosto de 1924, y se instalaron en Buckinghamshire, finalmente adquirieron una propiedad, «Green Hedges», en Beaconsfield, el nombre de la propiedad fue escogido por sus lectores en un concurso. El matrimonio tuvo dos hijas: Gillian Mary (1931-2007) e Imogen Mary (n. 1935). A mediados de los treinta Enid sintió deseos de convertirse a la fe católica, pero desistió a causa de las renunciaciones que tendría que hacer en su vida. Dio sin embargo a sus hijos una educación religiosa.

A comienzos del año 1938 su marido enfermó de neumonía y estuvo hospitalizado varios meses. El matrimonio estaba distanciado, y Enid no tardaría en iniciar una serie de breves romances. Además, debido a la segunda guerra mundial, su marido se reincorporó al ejército como Comandante instructor y asesor de Winston Churchill, por lo que apenas se veían. Cuando su marido fue herido durante unas maniobras, Enid no lo visitó durante la convalecencia, pero sí lo hizo Ida Crowe, otra escritora, que había obtenido gracias él un puesto como secretaria civil. Mientras, Enid había conocido a un cirujano, Kenneth Fraser Darrell Waters (1892-1967), con quien inició una relación romántica en 1941. En 1942, su marido decidió que debían divorciarse, pero Enid no quería dañar su imagen pública. Su marido aceptó declararse culpable de adulterio para acelerar el divorcio. El 20 de octubre de 1943, Enid y Kenneth se casaron, entonces hizo tomar a sus hijas el apellido de Darrell Waters, prohibiendo a su padre tener contacto con ellas. Seis días después que su exesposa, Hugh se casó con Ida Crowe, con quien tuvo una hija, la también escritora y editora, Rosemary Pollock.

En el curso de los veinticinco años siguientes Enid publicó sus novelas más célebres y, tras la muerte de su segundo marido, la salud de la escritora se degradó muy rápidamente; aquejada de mal de Alzheimer se internó en la clínica de Greenways (en Hampstead), y murió tres meses más tarde. Sus cenizas reposan en el crematorio de Golders Green.

Su hija menor Imogen Smallwood, publicó en 1989 una autobiografía sobre su infancia *A Childhood at Green Hedges*, donde describía a su madre como una persona emocionalmente inmadura, sin embargo su hija mayor Gillian Baverstock, siempre defendió su imagen y sobre todo su trabajo, publicando a su vez un libro sobre su madre en 1997. Ida Pollock, la tercera esposa de su primer marido, también la criticó su carácter en su autobiografía *Starlight*, publicada en 2009 a los 100 años.

En 2009 la BBC realizó una película basada en la vida de Enid Blyton con Helena Bonham Carter como protagonista, con Matthew Macfadyen como Hugh Alexander

Pollock y con Denis Lawson como Kenneth Fraser Darrell Waters.

Su obra literaria, centrada en el mundo preadolescente, se caracteriza sobre todo por el recurso a pandillas formadas por varios niños que actúan por lo general al margen de los adultos del lugar, con frecuencia como detectives; también ha realizado series muy populares sobre centros educativos femeninos en régimen de internado. Sus libros han tenido gran éxito en muchos países, existiendo traducciones al alemán, chino, finlandés, francés, eslovaco, español, hebreo, holandés, japonés, malayo, portugués y sueco, entre otros cerca de noventa idiomas. Según el *Index Translationum* (datos de febrero de 2007), es el quinto autor más popular del mundo, con más de 3300 traducciones de sus obras y más de 400 millones de copias vendidas.

Esta popularidad no se acompaña del respeto de la crítica literaria, que tiende a reprocharle la escasa imaginación exhibida (repite constantemente sus fórmulas narrativas), el abuso de los tópicos en la caracterización psicológica, muy superficial, y la pobreza de su estilo y de su léxico, que no favorece el desarrollo de la afición por la literatura. Se trata, a grandes rasgos, de un tipo de literatura que «no alimenta y engorda». También ha sido acusada de recurrir con excesiva frecuencia, a la hora de dibujar los «malos» de sus obras, a estereotipos étnicos que denotan un cierto racismo larvado y subyacente.

Entre sus creaciones más famosas se cuentan Noddy, un hombrecillo de madera que vive en una diminuta casa en el mundo imaginario de *Toyland*, y la serie de 21 novelas de *Los cinco* publicada entre 1942 y 1963, protagonizada por los adolescentes hermanos Julian, Dick y Anne; su prima Georgina y el perro de ésta, Tim, que hacen de detectives en historias que combinan el misterio y la aventura.

La obra de Enid Blyton se puede dividir en tres tipos bien diferenciados:

- Aquéllos en los que niños normales se ven envueltos en situaciones extraordinarias, resolviendo crímenes, desvelando misterios y viviendo toda clase de aventuras. En este tipo se incluyen las series de *Los Siete Secretos*, *Los Cinco*, *Aventura*, *Secreto*, *Misterio* y *Misterios de Barney «R»*, conocida así porque su protagonista se llama Barney y todos sus títulos comienzan por la letra «R» en el original inglés.
- El segundo tipo de sus obras se desarrolla en internados femeninos y su trama hace más énfasis en el día a día en estos colegios, con la interacción social de varios tipos de caracteres. Aquí se engloban las series *Santa Clara* y *Torres de Malory*.
- El tercer tipo es la fantasía. En estos libros los niños se ven transportados a un mundo mágico en el que encuentran hadas, duendes, gnomos, elfos y otras

criaturas fantásticas.